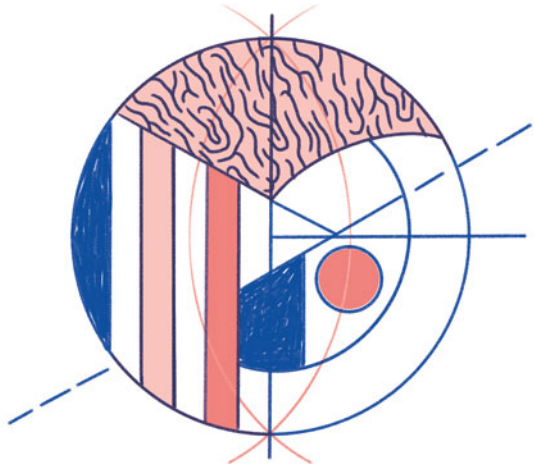
Elisa Victoria

EL QUICIO

Iluminado por Mireia Pérez

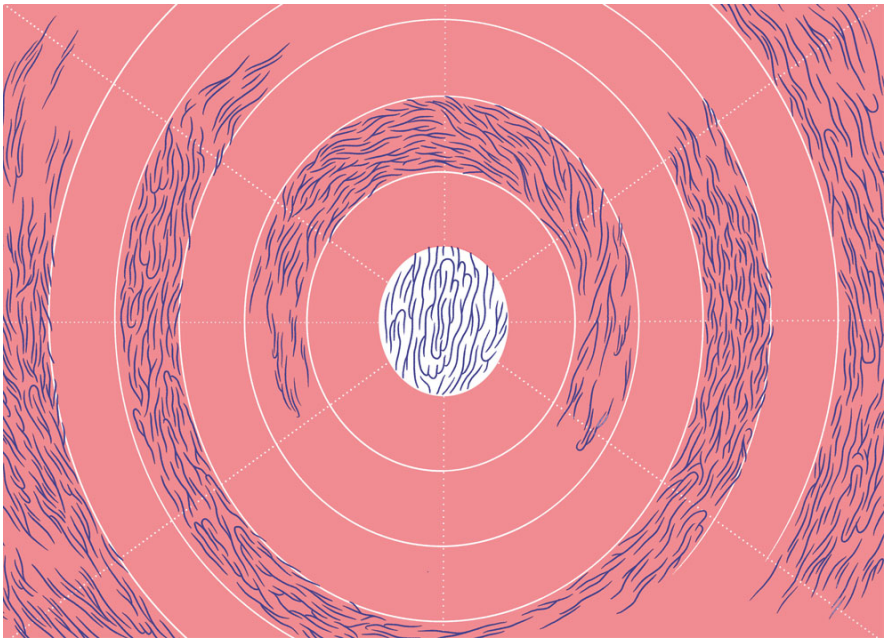
Elisa Victoria

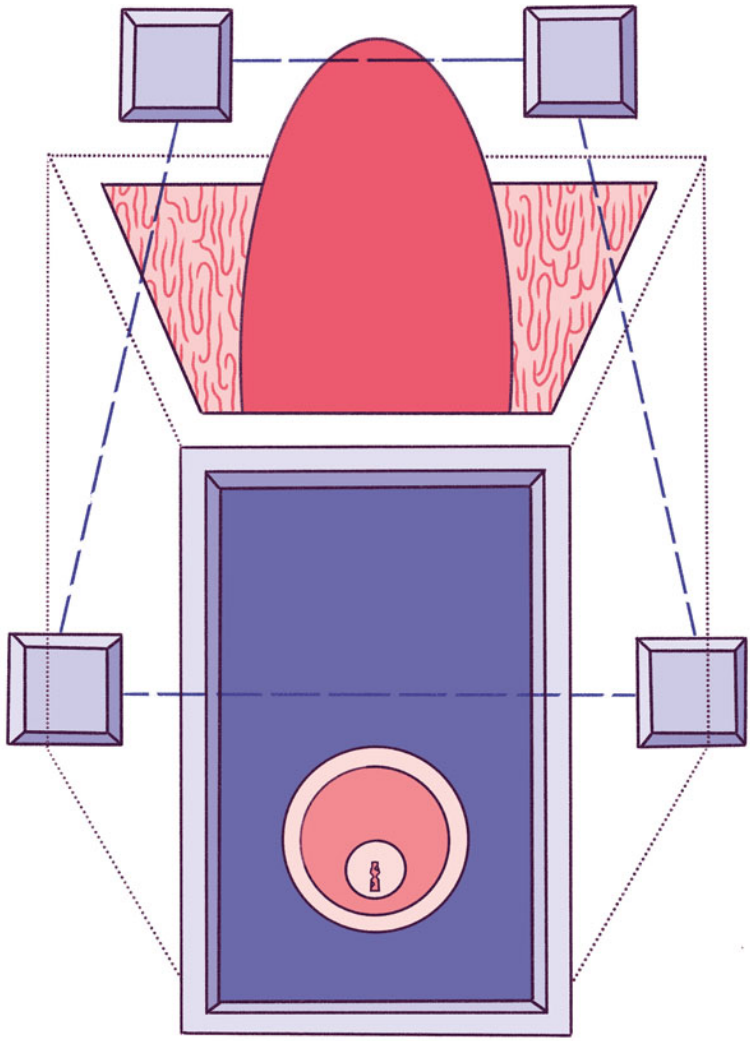
EL QUICIO



Iluminado por Mireia Pérez

A Joaquín de parte de las dos





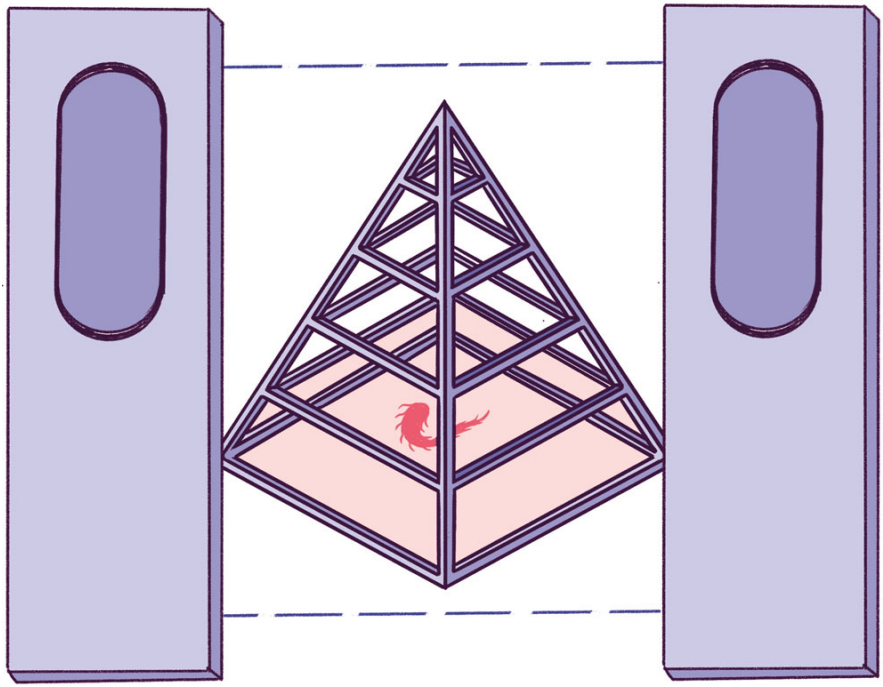
No me acostumbro a coger las llaves por la mañana. Hace ya tres años que tengo mi propio juego y le di mil vueltas al tema de qué llavero colocarle antes de elegir un candado que me pareció muy carismático. Al principio, por la novedad, me las llevaba a todas partes. Llegar a tu portal, sacarlas del pantalón enchufadas al candado gordo y brillante, escoger una e introducirla en la cerradura era todo un signo de prestigio y madurez, una declaración de independencia. Con aquel gesto le dejabas claro a la calle entera que podías entrar y salir cuando quisieras y a tus padres les parecía bien. Pero por algún motivo a aquello solo le vi sentido por las tardes y aún no he sido capaz de cambiarlo. Me convendría. Lo intenté y no me hizo gracia. Sentarse en clase con las llaves clavadas en el pantalón es incómodo. Dejarlas en la mochila me crispa los nervios porque en mi instituto hay montones de robos y no las quiero perder. Me acerco al porterillo. La calle sigue llena de tensión y el peligro está a punto de extinguirse pero no hay que confiarse, hasta el último momento queda lugar para un coletazo de miseria. A los trece años casi todas las opciones son malas.

Aprieto el botón que corresponde a mi casa. Quisiera que mi madre me abriera la puerta sin decir nada porque sabe perfectamente que soy yo pero a ella le gusta contestar, le gusta incluso poner voces, hacer chistes, demostrarle al barrio desde la cocina que ella no es una madre aburrida, que ella es una fiesta de espontaneidad y frescura, y con ello pone en riesgo mi integridad. En el fondo la comprendo, las estrictas normas que hay que seguir a mi edad para mantenerse a flote le parecen ridículas. Es verdad que lo son. Los padres y madres bromean mucho sobre lo difíciles que nos volvemos cuando pasamos de los doce años. Yo diría que a los once ya estaba todo perdido, es que se dieron cuenta tarde. Ahora, en primero de ESO, con el segundo trimestre avanzado, mis grandes temores se han hecho realidad. Cuando en clase

nos enseñan esquemas en forma de pirámide identifico mi lugar siempre abajo. Con los cereales, con el plancton.

A esta hora el bloque suele estar muy transitado pero hoy he tenido suerte, tal vez sea un buen augurio. Nadie ha entrado conmigo en el ascensor. Detesto esos momentos con vecinos con los que todo es incómodo. Te dicen fingiendo sorpresa que estás muy grande, te preguntan cómo te va en el colegio cuando no hay tema más tedioso en el mundo, se quedan mirando al vacío pensando en sus propios problemas, y lo agradecería si no se les diera tan mal el silencio. El silencio tiene que ser una cosa elegante, que salga con naturalidad. Si es tenso puede ser incluso peor que una mala conversación. No, nada puede ser peor que una mala conversación. Prefiero pelearme con alguien a quien detesto. Eso tampoco lo tengo muy claro, a menudo me quedo en blanco y las respuestas buenas sólo se me ocurren en la ducha. Cuántas broncas habré ganado mientras me aclaraba el jabón.

El espejo del ascensor me devuelve una imagen escuchimizada e insatisfactoria. Chándal gris, mochila azul marino, estatura mediocre, hombros estrechos, algunos granos. A mi edad puedes tener una pinta celestial o te puede tocar esto, lo que nadie quiere, lo que todo el mundo teme, lo más bajo de la pirámide. Hay gente en mi clase que ha echado un porte limpio y estilizado. Será un asunto genético, será una gracia divina. Si te va bien en eso y además te pones la ropa correcta el resto viene solo. A veces la mala suerte se puede suplir a base de ropa o actitud o una buena mezcla de las dos cosas. Mi ropa podría ser peor así que es evidente que lo que termina de hundirme es la actitud. Pertenezco al grupo maldito. De vez en cuando me miro y me lo recuerdo con frialdad. Esta tarde he quedado con una pandilla con la que me solía juntar hace unos años. El curso pasado se empezaron a avergonzar de mí y se han distanciado desde entonces. Debo aprovechar la oportunidad, volver a ganarme su confianza, reconquistar mi lugar. Lo que sí sé es que tengo que cambiarme para luego. No, tampoco, igual piensan que lo estoy intentando demasiado fuerte. Nada está claro si lo piensas dos o tres veces.



Las puertas del ascensor se abren. Pronto habré dejado atrás el campo de batalla que supone el espacio público. Mi propia casa es el único lugar medio seguro. El más seguro es mi habitación pero mi madre no me deja que le ponga un pestillo, así que no hay ningún sitio en el planeta en el que me pueda refugiar en condiciones. Podría ser peor. Hay familias más rancias, aunque curiosamente llevarse bien con la familia es algo que no está bien visto, que se considera embarazoso. Un abrazo de tu madre en público te puede hundir. Eso es lo único garantizado, que cualquier pequeña cosa puede hundirte. Supongo que se debe a que las normas las suelen poner los que están más jodidos. De esa frustración, de esa rabia es justo de donde sacan la mayor parte de la fuerza. No es algo que se cumpla a rajatabla. Hay un montón de niños mimados llenos de odio. En realidad no sé de dónde viene. Llamo al timbre. Mi madre abre. Huele a macarrones. Eso está bien. Le sonrío, cierro la puerta, suelto la mochila en el suelo y de repente mi cuerpo se vuelve ligero, uno de los pocos placeres genuinos de cada día. Mi madre está satisfecha porque me ve alegre.

—Tienes ganas de macarrones, ¿eh? —pregunta. Me apresuro a sacar

el mantel de frutas del segundo cajón de la cocina y corro a poner la mesa dando saltos. Con ella puedo seguir siendo infantil, puedo cantar y bailar sin miedo, pero es complicado porque no sabe distinguir entre la casa y la calle y luego me humilla en público. Como a menudo me hace pasar vergüenza ya tampoco me fío de ella. Si hoy me estoy ablandando es porque la cita de esta tarde me ha llenado de esperanza. Me dijeron que pasarían a buscarme. Si todo se restaurara, si me aceptaran de nuevo tengo la certeza de que incluso mi crecimiento empezaría a comportarse de otra manera. Las cosas iban más o menos bien hasta que renegaron de mí. En aquel momento mi desarrollo se truncó y donde parecía que iba a medir por lo menos un metro setenta me quedé en el sitio criando granos con los hombros juntos y finos. Me pregunto si es una coincidencia pero de verdad que no lo parece. Cuando tus amigos te dejan de lado te pudres y se aprecia desde fuera. A lo mejor es por eso que mi madre dejó de ser oficialmente guapa, porque no supo adaptarse a lo que yo esperaba de ella y mi rechazo la destruyó. A lo mejor si ella no me hubiera avergonzado en público no me hubieran desterrado a mí y nada de esto estaría pasando. Sé que ella nunca ha tenido mala intención, que es muy simpática, pero no ha entendido lo que implicaba que yo pasara de los once años. Lo único que puedo reprocharle es su ingenuidad, que pensara que tratarme como a un bebé frente a mis compañeros de clase, por ejemplo, no iba a tener repercusiones negativas. Pero hoy todo es remediable porque me van a venir a buscar. Procuraré que no se mezclen. Dependerá de mí.

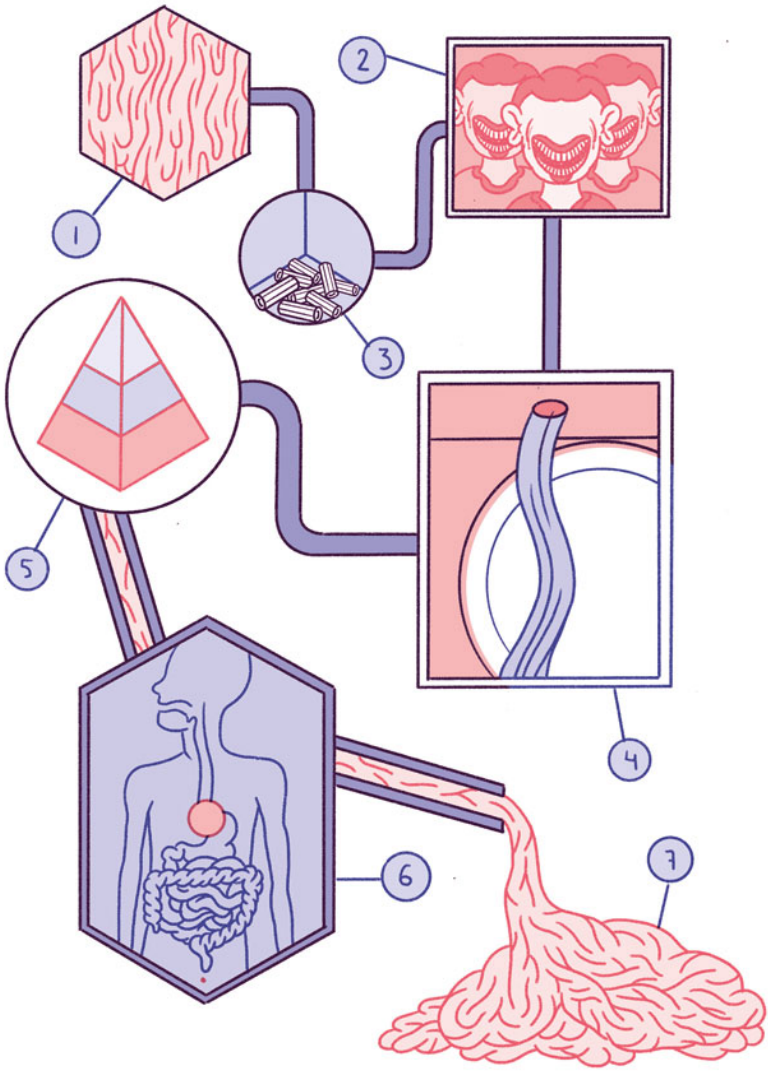
Miro el capítulo repetido de *Los Simpson* en la tele y me regocijo en su estética que en principio resultaba rompedora y ahora desprende la calidez de una foto de hace muchos años, cuando yo era de verdad un bebé en los brazos de una madre joven y guapa. Entonces teníamos derecho a comportarnos con cercanía, con ternura. Ahora algo me empuja a huir de ella. A veces le dicen que tenga paciencia, que es solo una etapa y que volveré a aproximarme cuando termine la adolescencia. Se lo dicen en toda mi cara, como si yo fuera un pañuelo o una oruga peluda incapaz de entender nada. No sé si ocurrirá como

predicen pero para que acabe mi adolescencia queda una eternidad. Ni siquiera siento que haya empezado del todo. Creo que el año que viene, para los catorce, estará inaugurada. Si llegara a los catorce habiendo crecido un palmo o dos, con una estructura ósea digna, todo cambiaría. A veces alguien coge la gripe, no viene a clase en diez o doce días y cuando regresa es otra persona. No es sólo la altura, trae también una especie de halo celestial recién brotado. La forma de moverse, de hablar, de mirar a los demás con la esbelta serenidad que debe de otorgar levantarse de la cama con fiebre y ver que el reflejo que te devuelven las superficies es distinto, que los cimientos de tu yo futuro están asegurados y traen buena calidad. Esta transformación viene en principio envuelta de una calma aplastante que puede acabar convirtiéndose en un exceso de autoestima. A mí no me pasaría eso. Utilizaría mi poder para ejercer el bien. Unificaría sectores, rescataría las almas descarriadas como la mía, trataría de inyectar confianza a sus huesos quebradizos y gracias a eso crecerían más fuertes.

Mi madre se ríe, inocente, de un chiste repetido hasta la náusea en esa misma tele frente a esta misma mesa, y me sube tal pereza por la columna vertebral que se me nubla un poco la vista y pierdo el apetito. Dejo el tenedor en el plato. Queda un tercio de macarrones pero ya no tengo ganas de seguir comiendo. Además mientras pensaba en el cuerpo me acordé de que cuando como mucho se me hincha la barriga a media tarde y nada le puede venir peor a mi tipito escuálido que una panza pronunciada. Tengo que pensar lo que me voy a poner. Me cambiaré, actuaré con seguridad si eso genera algún comentario, podría incluso crear escuela. ¿Podría crear escuela yo, promover modas como la gente popular que un día viene con las solapas levantadas, por ejemplo, y a la semana siguiente todo el mundo está haciendo lo mismo? Recojo mi plato sucio y lo dejo en el fregadero. Lo enjuago. Mi madre me ha instruido bien. Quiere que empiece a ocuparme de mis propios desperdicios, dice que me exige poco y no acepta excepciones. Mis obligaciones consisten en ocuparme de mi desayuno, poner y quitar la mesa, dejar mi ropa sucia en el bombo, fregar los sábados y los domingos. Es cierto que es poco pero me da más pereza aún que

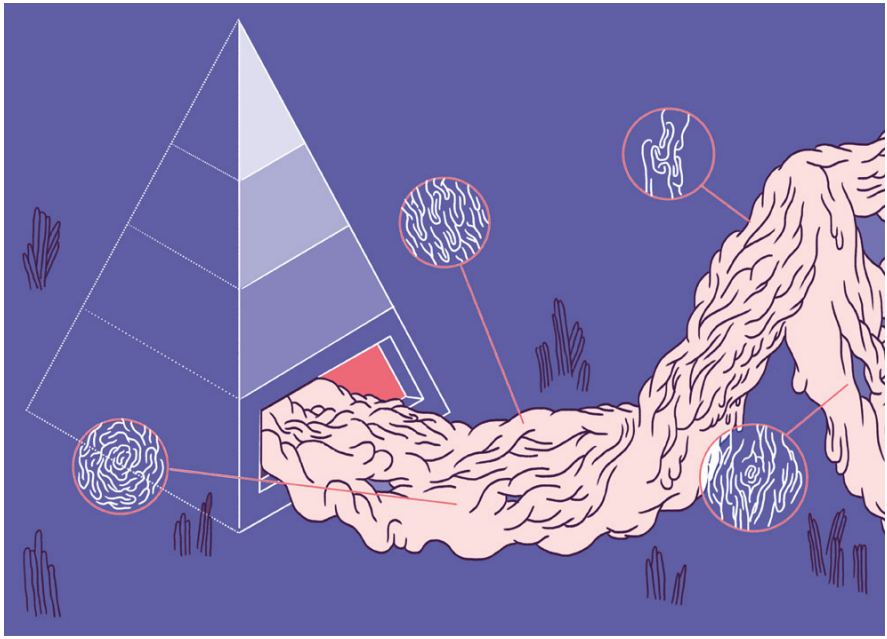
cuando ella se vuelve a reír de los mismos chistes de la tele. No creo que los que son capaces de llegar una mañana a clase con ganas de imponer nuevas modas recojan nada. Les imagino habitaciones llenas de calcetines pestilentes que sus pobres madres recogen los fines de semana, levantándose de la mesa siempre con desprecio, exigiendo sudaderas caras como si fueran la única opción. No podría asegurarlo, en algún momento me empecé a distanciar de la gente y ya no entiendo bien cómo son, cómo funcionan, me cogió por sorpresa. Cuando acabó sexto tenía bastantes dudas sobre mi futuro pero no hubiera imaginado que sería tan complicado. No ha habido un año más duro que este. Mi único deseo verdadero es que la cosa quede en una racha de adaptación, acabar el curso con amigos que a partir de este día me vinieron a buscar, echar un verano divertido.

El verano pasado se empezó a poner todo raro. A la gente se le subió a la cabeza lo de haber acabado el colegio y surgió una gran preocupación por el aspecto, cuanto menos infantil y más agresivo mejor. Desde quinto ha habido algunas niñas maquilladas y niños con gomina, pantalones muy anchos o muy ajustados, pero no era un asunto generalizado. En aquel momento se dio por hecho que quedaba atrás una fase y la forma de adaptarse a la nueva se basaba en hacer ejercicio, broncearse, vestirse cada día como para una verbena, incluso beber y fumar. Al principio yo me reí y traté de mantener alianzas con quienes me había relacionado hasta entonces, pero me fueron abandonando. Acabé entrando en el instituto sin saber con quién ponerme a hablar el primer día. No me lo esperaba, me di cuenta tarde. No pensé que no haber hecho ejercicio ni haberme bronceado ni llevar ropa verbenera fuese a convertirse en un asunto crucial. No he probado un cigarro en mi vida, ni siquiera me he mojado los labios en cava por Navidad. Qué falta de vista. Mientras me pasaba julio y agosto con el cerebro absorbido por los videojuegos la gente se andaba acicalando a la tarde noche para salir a pasear y enrollarse en los portales. Lo sabía pero a veces yo también salía a pasear y de verdad que no me sentía tan lejos, no tan, tan lejos como cuando me vi en el instituto formando parte del grupo más bajo de la pirámide.


1
2
3
4
5
6
7

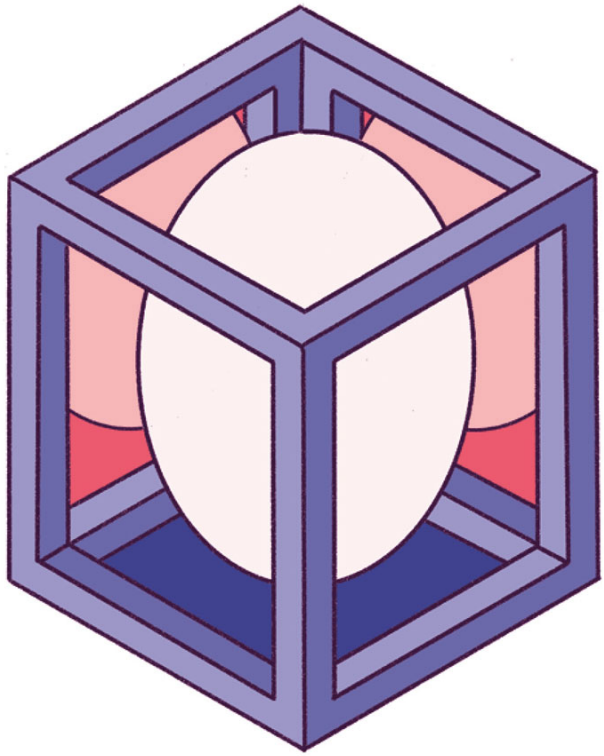
Llegué con ilusión, esperando para mí un porvenir digno en el que incluso también pudiera enrollarme con alguien de vez en cuando. Pero no había entrenado nada. Pensaba que los exámenes sólo los ponían los profesores, no que aquello iba a ser otro examen de los difíciles. Si lo pongo en esos términos lo entiendo. Ni siquiera hacen falta argumentos, mi sorpresa no se justifica con la de películas sobre adolescentes marginados que se han hecho, con lo que apestaba el ambiente ya en preescolar. No sé qué clase de optimismo ingenuo me llevó a creer que mi tiempo sería más amable que los anteriores. Cuando mi madre me ve afirmar que hace cinco o diez años las cosas eran muy diferentes, como si fuese una época remota, se ríe estupefacta. Me cogió el toro con esto y quienes iban conmigo me empezaron a considerar una mala influencia, alguien que iba a bajar su rendimiento social. No les culpo. Nadie quiere estar aquí, eso lo sé bien. El primer trimestre fue un calvario. Ahora que estamos en el segundo y los ánimos parecen un poco más relajados tal vez haya llegado el momento de que se lo tomen menos en serio. Ya han asegurado su lugar, mi presencia no tiene por qué resultar tan decisiva.

Esta mañana estábamos en el recreo formando un corrito al sol, uno de esos corritos en los que a veces me dejan sentarme siempre que no hable mucho, y se empezó a trazar el plan de hoy. Estaba mi pandilla del colegio casi al completo, reconfigurada al estilo del nuevo instituto, con varias incorporaciones recientes, chicos y chicas del barrio de enfrente, guapos y simpáticos y con pinta de ser dos o tres años mayores que yo. Sin darle importancia me fueron incluyendo en la vuelta de esta tarde. Es la primera vez que quedamos en todo el curso. Tuve cuidado de no mostrar la ilusión que me hace, consciente de que era arriesgado. Lo más importante es actuar con naturalidad. Es jueves, el día perfecto. Les demostraré que no se han equivocado volviendo a confiar en mí. Además, por mucho que las calles estén llenas de tensión, no hay nada tan violento como el recreo. Será más fácil. Son las cuatro. Falta una hora y media.



Entro en el cuarto de baño. Estoy de suerte porque me duché anoche y hoy no ha habido Educación Física. El pelo me luce fresco, con los rizos voluminosos, sin apelotonar. Me quito la sudadera y la camiseta y arrimo la nariz al sobaco. Esto es mejorable. Meto el torso en el lavabo, cojo jabón de manos y me lo restriego bajo un brazo y luego bajo el otro. Enjuago la zona y el agua me chorrea por la barriga. Agarro la toalla de manos a toda prisa y trato de contener el escape pero es un poco tarde, el agua me ha mojado la parte superior de los pantalones. No pasa nada, hay tiempo y ni siquiera sé lo que me voy a poner. Me los quito también y paso por el cuarto de mi madre, que tiene dos espejos de cuerpo entero en las puertas del armario. Me miro con la ropa interior blanca que me siguen comprando cada otoño sobre el cuerpo blanco como de huevo duro y no soporto la imagen más que unos segundos. Lo que me interesa es pasar de largo para mirar por la ventana. Me asomo centrándome en el portal por el que pasé hace un rato y me imagino a la gente llegando a las cinco y media y pulsando mi porterillo. No creo que sea bueno que me asome a saludar en ese momento, quedaría muy arrastrado, pero me gusta imaginar la estampa ahora que no hay nadie. En el edificio de enfrente está la chica a la que

llevo viendo crecer desde que se mudó hace cuatro años. Entonces tenía mi edad. A ella le ha ido muy bien. Se suele echar en la cama a pensar y a veces baila. No sé cómo se llama y no creo que se haya dado cuenta de que la observo, pero le he cogido cariño. Tiene una melena larga y lisa de un tono castaño claro que me encanta. Una noche del verano pasado que mi madre se quedó dormida en el sofá me asomé para ver el panorama y coincidió con que encendía las luces de su portal y escalaba a pie el trecho que la separa de su casa. Su escalera tiene una ventana en cada piso y la vi pasar. Unos segundos después se apagó la luz del portal, se encendió la de su cuarto y apareció ella con pantalones y camiseta negra. Venía contenta, se lo había pasado bien. Estuvo un rato dando vueltas por la estancia y luego se tumbó boca abajo. Antes de acostarse se asomó a su propia ventana y me pareció que me miraba pero yo estaba a oscuras y no creo que me viera. Es lo más parecido a un contacto que hemos tenido en todo este tiempo. Poder seguir sus movimientos así, de forma transversal, resultó un estímulo tan agradable que me impidió dormir hasta el amanecer. Rememoraba una y otra vez su llegada sencilla y mágica y a veces el pensamiento aún me atrapa. En su habitación vislumbro algunas fotos por las paredes pero no sé de qué son. Tampoco sé exactamente qué edad tiene, es sólo una estimación, pero diría que llegó alrededor de los trece y que ahora debe de tener diecisiete o dieciocho. Sólo sé que le tengo cariño y algo de envidia porque parece que a ella le pasan cosas interesantes y a mí no. Aquella noche se la notaba emocionada. Tengo que intentar seguir su ejemplo.

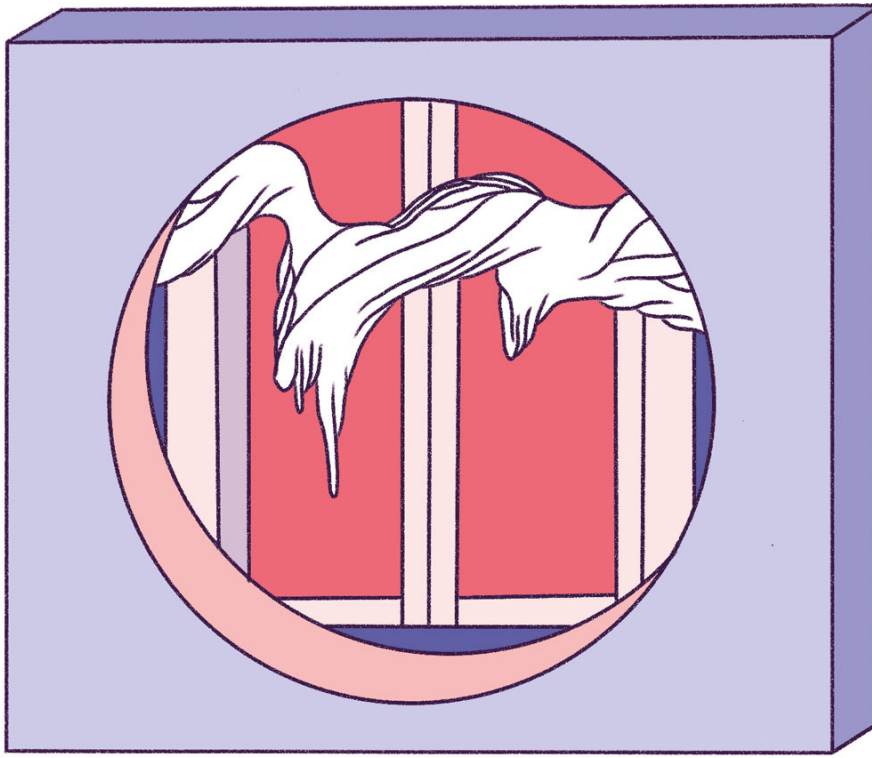


Acudo a mi propio armario, que no tiene espejo pero sí algunas pegatinas en las puertas con las que ya no me identifico por mucho que un par de ellas brille en la oscuridad. Tiro mi ropa de esta mañana sobre la cama. El armario es de pino, o imitación de pino, no lo sé muy bien porque el tacto es un poco plastiquero, pero bastante clarito y amable en cualquier caso, e inspecciono el interior. Todavía hay ropa que no volverá a caberme nunca por mucho que mi crecimiento evolucione a ritmo de caracol, pero a mi madre le da pena deshacerse de ella y a mí también aunque no lo diga. Mi colección de moda actual, sin contar con las cuatro cosas que hay en el bombo de la ropa sucia y el anorak colgado en el perchero de la entrada, se reduce en su totalidad a un pantalón gris oscuro, una chaquetita marrón claro que me puse el año pasado en contra de mi voluntad para un bautizo, dos pantalones de chándal, dos sudaderas, tres jerséis, dos vaqueros largos, unos cortos, un peto de rayas verdes y blancas que sólo tiene sentido de vacaciones en algún lugar donde nadie me conozca, unas cuantas

camisas y varias torres de camisetas dobladas en la parte inferior. En los cajones de abajo está la ropa interior, en su mayor parte gastada y ridícula. En una esquina cuelgan unos vestidos de cuando mi madre era joven que a ella le están pequeños y no tiene dónde meter pero que no piensa tirar jamás. A mí también me traen buenos recuerdos, me gusta asomarme a sus estampados de vez en cuando y quedarme en trance unos segundos en una especie de túnel del tiempo, pero hoy no me quiero entretener con esos experimentos. Repaso las torres de camisetas dobladas. Me atraen un par blancas con mensajes en la pechera pero lo encuentro demasiado predecible. Cojo una roja con un elefante en la espalda y unas letras en inglés en la parte izquierda de la parte frontal. Me la pongo. Pruebo a combinarla con los vaqueros más claritos que tengo con cuidado de no meterla por dentro porque una camiseta por dentro es lo más pardillo que hay a no ser que tengas muchísimo estilo, que no es el caso. Cómo es eso del estilo, qué hay que hacer para conseguir que te surja. ¿Es cuestión de esforzarse mucho o de no esforzarse nada?

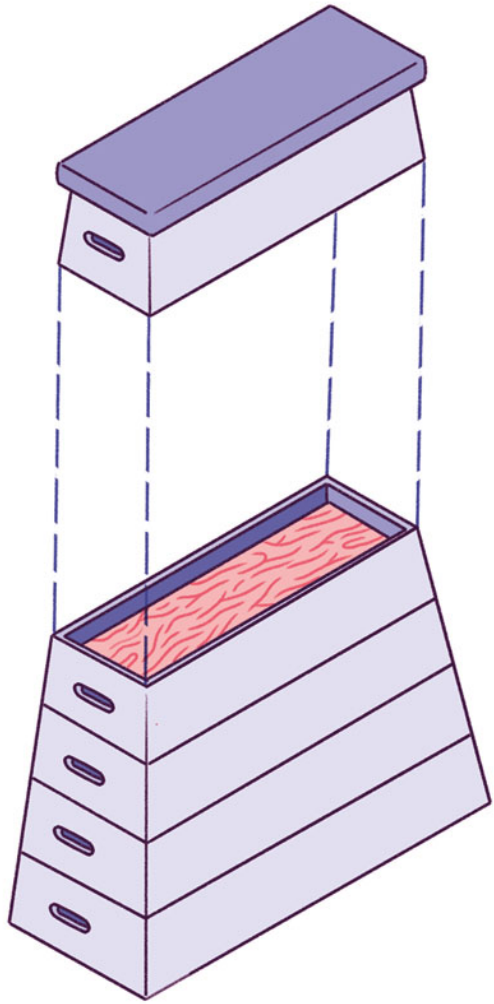
Vuelvo al espejo de mi madre. Me observo desde el punto de vista de mi peor enemigo. La camiseta me queda un poco grande. Eso no es en principio malo porque podría ser señal de que todo me da igual aunque no sea verdad, y el rojo se podría interpretar como señal de estar intentándolo demasiado fuerte, que sí es verdad porque deseo encajar de corazón. No debería ponerme algo que no se me suele ver. Parecería forzado. Además como no me la pongo a menudo no huele muy fresca. Levanto el bajo con las manos y miro cómo me quedan los vaqueros por delante y por detrás. En esto sí tenía razón, son los que mejor me están. Ni siquiera sé por qué me pongo alguna vez los otros. Bueno, por lo menos esto sí está decidido. Me quito la camiseta roja, la doblo con torpeza y la vuelvo a dejar sobre el montón del que la cogí. Qué debería hacer. El día está soleado y cuando salga de casa hará todavía algo de calor. Tengo que pensar lo que llevaré puesto en ese momento pero también qué llevaré atado a la cintura para cuando se levante frío entre las siete y media y las ocho. Hace poco fue el cambio de hora. Odio el cambio de hora. En principio está bien que el día dure más, no

digo que no, pero aprecio demasiado el recogimiento del invierno, los calcetines gordos y los guantes, los abrigos, la forma en que el cuerpo se esconde, la merienda con la puesta de sol, que siempre parezca temprano, como si te regalaran una hora de vida durante las semanas que tardas en acostumbrarte, y sobre todas las cosas me gusta el ambiente navideño. Tal vez resida ahí la gran diferencia entre mi vieja pandilla y yo. Han pasado a adorar el desparpajo veraniego y el descubrimiento de la carne, bastante comprensible cuando lo piensas, más aún si tienes en cuenta que implica tres meses de vacaciones, mientras que a mí me fascinan los momentos más oscuros del año, la magia de las luces encendidas, de los regalos sorpresa, de las promesas de Nochevieja. Además entre diciembre y enero también hay vacaciones. Lo entiendo, son muchos menos días, hace frío, a nadie le interesan ya los juguetes bajo el árbol, ni bajo el árbol ni en ninguna parte. No lo admitiría ante el juez más estricto, pero a mí los juguetes me siguen gustando. Son bonitos, los echo de menos. Todo el mundo ha tirado ya los suyos a la basura o se los ha regalado a primos pequeños y yo tengo los míos escondidos debajo de la cama por si alguna vez viene una visita no hacer el ridículo, aunque no suele venir nadie. A veces los saco y los limpio y se me parte el corazón de que se hayan tenido que convertir en un secreto. Es lo que hay. Ahora mismo eso no importa. Los juguetes están ahí, a mano, nadie me los va a quitar ni me los va a tirar a la basura de forma traicionera como suele pasar porque mi madre no es una hija de puta y hoy lo que importa es el presente, que me vienen a buscar y no sé lo que ponerme.

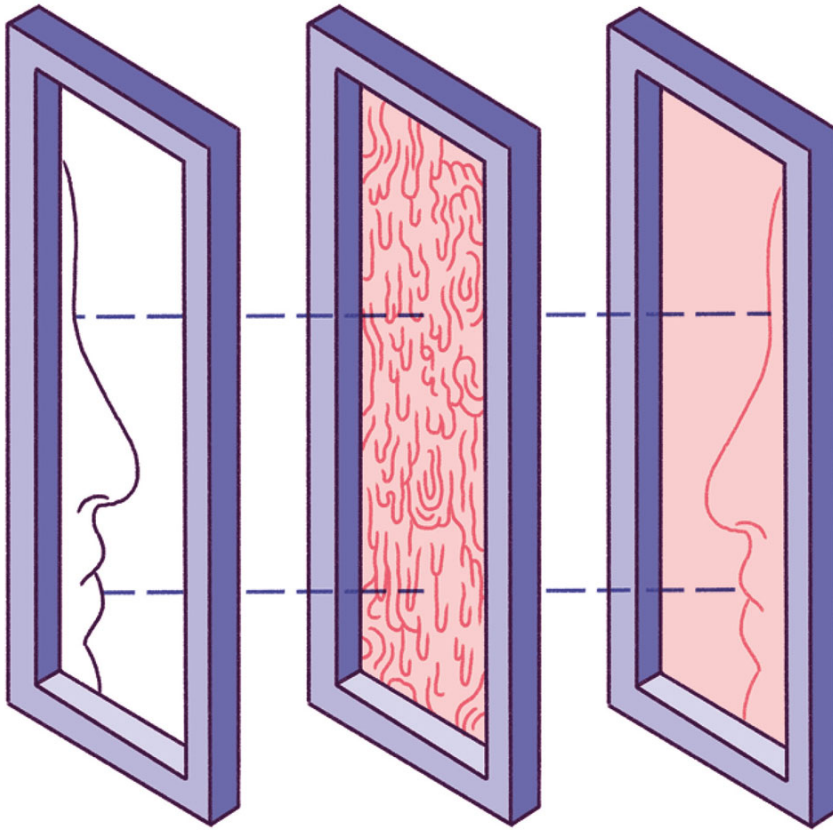


Qué bien parecía haberle ido a la chica que vive frente al cuarto de mi madre aquella noche de verano. Me fijo en mi única camiseta negra. El negro es el color más adulto. No tiene nada, ningún estampado, sólo es negra con el cuello bastante cerrado y las mangas largas. La encuentro apropiada para esta época del año. La usé bastante debajo de los jerséis antes de la primavera que acaba de empezar así que no huele a rancio. Me la pongo. De camino al cuarto de mi madre me acuerdo de que no llevo desodorante y me la vuelvo a quitar antes de que se arruine el trabajo, que con los nervios siempre sudo más. Cojo el de barra que me compraron en octubre junto a la nueva tanda de ropa interior blanca, todavía el primero de mi vida, que huele como a limón, y me lo aplico bajo los dos brazos. Menos mal que lo he tenido en cuenta. No quiero que anden diciendo por ahí que apesto, lo que faltaba. Me pongo la camiseta negra. Me planto frente al espejo otra vez. De alguna forma es como si el negro me escuchimizara más aún pero por otro lado causa un efecto rompedor que me devuelve una

imagen respetable. Intento compensar la canijez sacando pecho, separando los brazos del cuerpo como si eso me fuese a abrir los hombros. Me miro desde todos los ángulos y no me convenzo desde ninguno pero un poco sí, un poco se ve realzada mi pobre envergadura, ligeramente dignificada. Mucho mejor que con el blanco o el rojo, eso seguro. Pero no me puedo olvidar de llevar la pose bien erguida porque si no esto no luce. Saldré con la camiseta y llevaré la sudadera de esta mañana atada a la cintura. Eso hará que parezca natural. Será como si hubiera tenido en cuenta el tiempo, nada más. ¿La gente que parece natural piensa en ello como yo lo estoy haciendo ahora o le sale solo? En serio, necesito saberlo, si hay un tipo de naturalidad genuina o es siempre una fachada muy bien pensada. Creo que la clave está en la confianza. Si te planteas lo de querer resultar natural con confianza luego no te da vergüenza porque lo encuentras lógico y normal y consigues que nadie le dé importancia, que los demás lo acepten tal como tú lo has concebido. El profesor de Educación Física tiene muy mala hostia y siempre nos dice lo mismo. Que si dudas al hacer los ejercicios te caes. Detesto su mal humor pero creo que en eso tiene razón. Necesito que a mí me salga y no me ha salido nunca pero quién dice que hoy no es el día, que hoy no puede salir bien. Camino frente al espejo de forma casual, sin atisbo de duda, me pongo en cuclillas como tal vez surja más tarde para hablar con alguien que se haya sentado mientras yo estaba de pie, la camiseta me queda un poco mejor así porque al inclinar los hombros hacia delante toda la silueta se vuelve más proporcionada. Es probable que salga bien. Ay, si saliera bien.



He sufrido demasiado este año, no esperaba tener que sufrir tanto nunca. Al menos no a esta edad. Tal vez a los cuarenta porque a los cuarenta la gente está harta en general, como mi madre, como todos los padres. Se han vuelto feos y empiezan a tener achaques, tienen que lidiar con mierdas verdaderas, trabajos pesados, hipotecas, depresiones, yo qué sé, es normal que les den bajones. Pero yo tengo trece, no tendría que estar pasando por mierdas, al contrario, se supone que la vida debería ser dulce, los mayores no paran de repetir eso, debería estar descubriendo cosas bonitas, no tengo trabajo, no tengo hipoteca, las aprobé todas en diciembre y las voy a volver a aprobar todas antes de Semana Santa, mi piel es suave y tersa, no tengo arrugas ni canas, pero de algún modo envidio a los cuarentones deprimidos porque pese a los problemas que acarrean, de un modo u otro, todos se han dado un beso con alguien y eso a mí nunca me ha pasado. Me arrimo al espejo hasta tocarlo con la nariz e imagino cómo será verme desde este ángulo, cómo será acercarse a mi cara para besarme y me alejo de inmediato con un ataque de asco. Es normal que no me haya ocurrido. No está bien, no apetece. No sé de qué depende pero en mi caso no apetece. No pasa nada, no hay que tener prisa. De momento me conformo con dar una vuelta en compañía. Me miro de lejos y asiento con la cabeza. Recorro el pasillo y voy a la cocina a beber agua. Me aproximo al salón con el vaso en la mano despreocupadamente. No sé si mi madre está despierta pero su reacción me vendría bien para saber qué efecto causo. Está tumbada en el sofá viendo un documental de animales y en cuanto oye mis pasos se incorpora y me mira.



—Anda, te has cambiado.

—Sí.

—¿Y eso?

—Es que he quedado.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

—Con alguna gente del año pasado y otros cuantos.

—Qué bien, ¿no?

—Bueno, sí, tampoco es tan raro.

—No, claro, lo raro es que te pases el día en casa, me alegro de que te vaya a dar un poquito el aire que falta te hace.

No contesto. Es un comentario impertinente. Tampoco es que me dé poco el aire, me paso fuera de casa un mínimo de seis horas al día. Como si ella saliera mucho.

—Bueno, ¿y qué plan tienes?

—Pues lo normal, dar una vuelta por ahí.

—¿Y cómo has quedado? —Me irrita su forma de preguntarlo.

—¿Cómo que cómo he quedado?

—Que a qué hora, dónde, esas cosas.

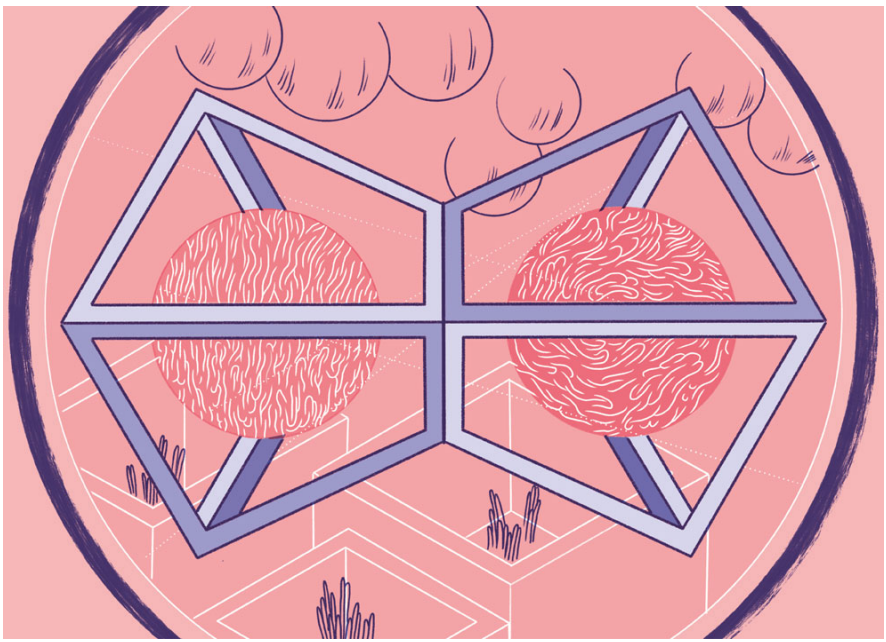
—Pues entonces pregunta a qué hora y dónde, no preguntes cómo.

Mi madre resopla.

—De verdad que te estás poniendo imposible.

—No, es que tú hablas raro.

—¿Hablar raro es preguntar cómo has quedado para resumir la hora y el lugar?



—Lugar, quién dice lugar, la gente normal dice sitio.

—Te vas a ir a la mierda, ¿eh?

Reflexiono un momento. Me gusta que muestre interés por mí pero es como si no pudiera evitar rechazarla, como si tuviera la culpa de todos mis problemas, porque me dice que mi edad es fantástica pero luego me dice que tengo la peor edad, me exige mucho en algunos aspectos pero luego quiere tratarme como a un bebé cuando se le antoja y me confunde. En el fondo es verdad que es culpa suya porque me ha traído

a este mundo y no me está dando las herramientas adecuadas para que me vaya bien. ¿Quién las da? ¿De dónde saca sus recursos la gente a la que le va bien? Sus padres seguro que tienen algo que aportar, consejos que dar, un lenguaje normal, comprensión cuando les piden el chándal caro que les va a arreglar la vida. Mi madre está empanada y cuando le dije lo que costaba el chándal que me gustaba en septiembre me hizo una pedorreta en la cara. No tiene que ser fácil tampoco estar en su posición. En parte disfruto descargando la ira sobre ella porque es la única persona del mundo sobre la que tengo algún poder. No es justo. Ella me quiere, hace lo que puede. Alejandro vino la semana pasada con la boca sangrando a clase porque su padre le había estampado la cabeza contra una mesa y se le había clavado todo el aparato dental en la parte interior de los labios. La marca se distinguía con una exactitud que ponía los pelos de punta. Y a Alejandro le va bien socialmente, le va muy bien. Sigo sin comprender esa regla de tres pero no gano nada siendo cruel con ella.

—Me vienen a buscar a las cinco y media —contesto con sequedad. Ella perdona mi dureza y continúa mostrando interés como si nada.

—Ah, pues muy bien me parece, que te pasen a buscar es muy elegante.

—Sí, elegantísimo. Es lo más normal del mundo, mamá.

—Lo que tú digas.

He agotado su paciencia. Siempre pasa lo mismo.

—Bueno, llegaré para cenar, ¿vale?

—Vale.

—A las diez como mucho.

—Eso.

La dejo atrás y entro a la cocina a beber más. Miro el reloj de la pared, que marca las cinco y diez. Como sé que mi madre me perdona pronto las cosas pequeñas y veo que estoy a veinte minutos del abismo dejo el vaso de agua en la encimera y voy a hablarle otra vez.

—Oye, mamá.

—Qué.

—Te has dado cuenta de que me he cambiado, ¿no?

—Sí, claro, te lo he dicho antes lo primero.

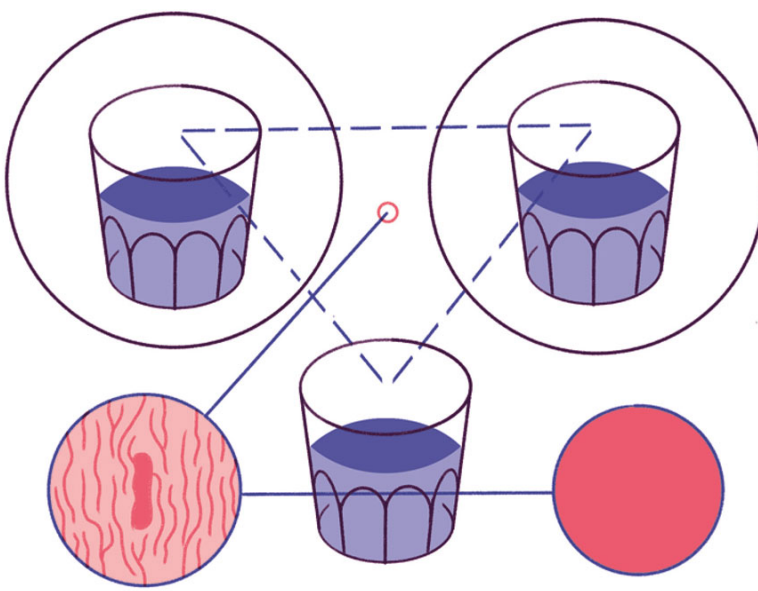
—¿Y qué has pensado?

—¿Yo? Pues que estás muy bien, también me parecía bien antes pero ahora hueles mejor.

—¿Olía mal al llegar?

—Bueno, un poquillo.

Se me desinfla el pecho. No era lo que quería saber. Eso me enciende el piloto de una paranoia nueva, la de que he podido apestar hoy en clase sin darme cuenta. Antes me preocupó el asunto pero no me costó descartarlo y ahora la idea vuelve con la fuerza triplicada. Debo dejarla pasar como sea, no me sirve de nada y darle vueltas me puede destruir. Si todo sale mal esta tarde cuando me acueste después de cenar retomaré el pensamiento y firmaré un pacto interior de compromiso con la higiene para el futuro. Bueno, lo firmaré pase lo que pase, pero tal vez dentro de dos horas haya descubierto que el asunto no tiene ninguna relevancia y no quiero que me torture antes de tiempo sin necesidad.



—¿Pero estoy mejor o peor? —continúo preguntándole a mi madre.

—Estás un poco más formal.

—¿Más formal?

—Sí.

—Pero qué dices, cómo que más formal.

—Bueno, eso es lo que a mí me parece. Mira, otra cosa te puedo decir, que te favorece el negro.

—¿Ah, sí?

—Sí, y eso que ya sabes que cuando te compraste esa camiseta me chocó un poco.

—Es que le diste mucha importancia, mamá, el negro es un color como otro cualquiera.

—No sé, se me hizo raro.

—Pero bueno, ahora te parece que me queda bien.

—Sí, te estiliza, pareces mayor.

—¿Sí? ¿Cuánto?

—¿Cuánto de mayor?

—Sí.

—A ver, es que yo sé que tienes trece y como te he parido no puedo evitar seguir viéndote como a un bebé, pero con esta ropa como que me hago una idea de cómo vas a ser con dieciséis.

—Ah.

—¿Me entiendes lo que te quiero decir?

—Sí.

—¿Conforme con el reporte?

—¿Reporte de qué?

—De lo que me has preguntado.

—Ah, sí, vale, gracias.

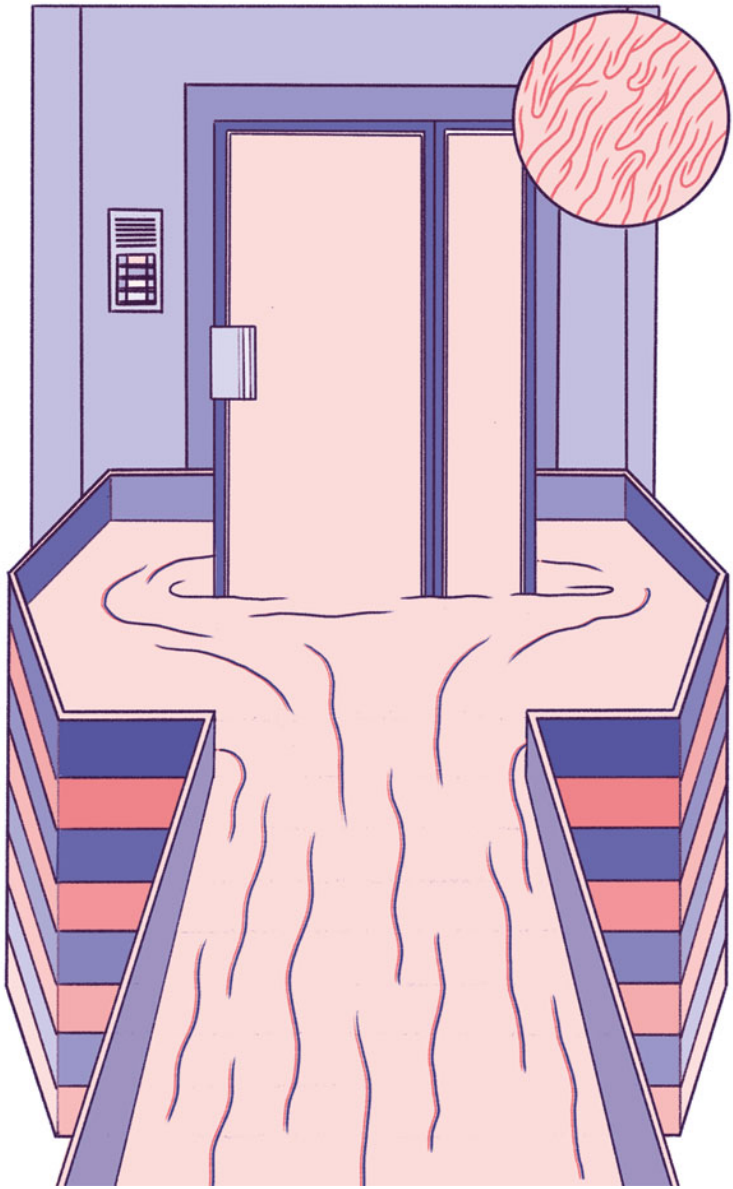
—A sus órdenes.

Me ha vuelto a dar un poco de bochorno al final pero como ha sido simpática y complaciente hago un esfuerzo y me lo trago sin decir nada. Cuánto cuesta a veces no replicar, no señalar lo que suena raro en ella, lo que no es perfecto, lo que no es completamente normal. Me gustaría ser lo más normal posible y que todo a mi alrededor también lo fuera. No dudar, ser normal, crecer veinte centímetros. Con eso sería

suficiente, no me haría falta ni eliminar los granos. Hay gente popular con granos. Vuelvo a la cocina, me termino el segundo vaso de agua y lo dejo en el fregadero. Son casi las cinco y veinte ahora. ¿Serán puntuales? Más vale que me prepare ya por si acaso llegan antes de tiempo. Sólo tengo que mear y meterme en el bolsillo las llaves y algo de dinero por si merendamos. Abro la hucha de lata por la parte de abajo. Hay monedas de todo tipo. Cojo una de dos euros y dos de un euro, así siento que me podré adaptar a cualquier situación. Cuatro euros, llaves, los cordones de las zapatillas blancas ni muy limpias ni muy sucias bien abrochados, qué más. Me voy a lavar los dientes y las manos por si acaso. ¿Me pongo colonia? Parecerá muy arrastrado que salga de casa oliendo a colonia, como si me lo estuviera intentando currar demasiado. De algún modo no echármela a estas alturas implica más trabajo mental que hacerlo pero eso nadie lo sabe. El truco de la naturalidad, del no dudar, radica ahí. Nadie sabe de verdad cuál ha sido tu proceso, pero a veces las cosas se notan a través de detalles que a mí aún se me escapan. No me puedo arriesgar. La gente a esta edad es muy observadora, siempre examinando, deseando encontrar algo que no encaje, que te destruya, que implique tu expulsión.

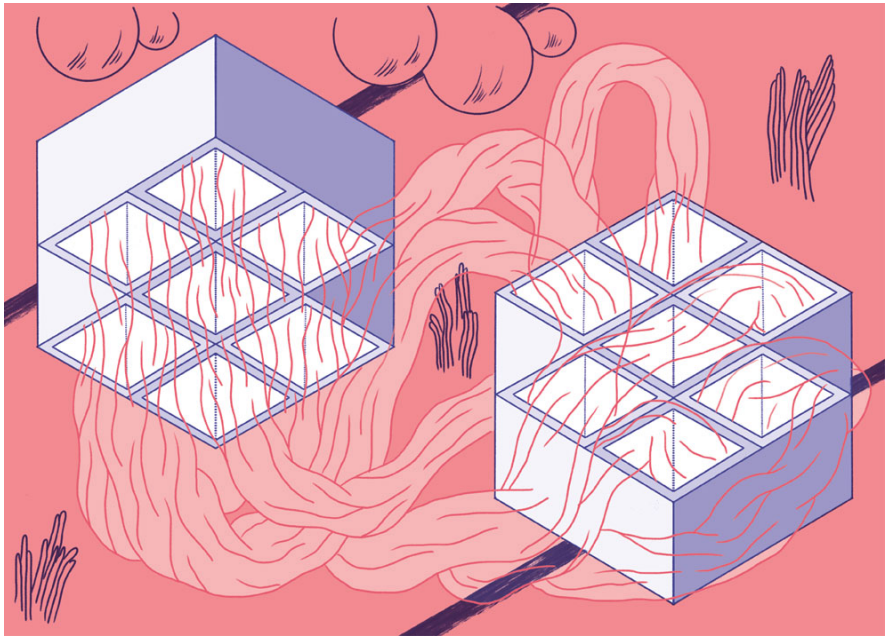
Me amarro alrededor del pantalón la sudadera de esta mañana tres veces hasta encontrar la altura perfecta. Enlaza bien un momento con otro, hace que no se vea forzado, si alguien se ha fijado en lo que llevaba antes verá que es más o menos lo mismo. Dientes limpios, manos limpias, vejiga vacía. Voy otra vez al cuarto de mi madre, paso por delante del espejo, compruebo que está todo bien. En efecto, la sudadera gris es la tapadera perfecta para mi desesperación. Miro el reloj de la mesita de noche de mi madre. Marca las 17:26. Me asomo a la ventana. Por aquí abajo van a llegar de un momento a otro, pero no sé si desde la izquierda o desde la derecha. Desde la derecha vería cómo pasan a lo largo de toda la calle, tal vez sería oportuno hacer una señal desde la ventana e ir bajando. Me gusta la idea del saludo a distancia, es muy dinámico, muy de película, pero que no parezca que estaba aquí esperando con ansia. Si llegan desde la izquierda sólo tienen que doblar una esquina de ladrillo para estar en el portal. En ese

caso dejaré que pulsen el timbre pero correré a cogerlo yo para que mi madre no meta la pata. Las 17:29. Me aparto de la ventana. ¿Estarán pasando ya por la calle, estarán cerca? Me siento en la cama e imagino cómo sonará el porterillo de un momento a otro, tratando de hacer coincidir el timbre dentro de mi cabeza con el real. Miro el reloj otra vez y veo cómo cambia el 30 y se convierte en 31. Seguirían siendo puntuales si llegaran ahora. Seguiría sin tener importancia incluso si aparecieran a las seis menos diez.



Ahora que ha llegado la hora oficial a la que hemos quedado dejo de sentir la precipitación que me ahogaba en los minutos previos y me envuelve una gran calma, la calma de que todo esté controlado. Mi aspecto es el correcto, no me falta nada, sé lo que hacer si llegan por un lado y lo que hacer si llegan por otro. Mi madre dice que la camiseta negra me estiliza. Me vuelvo a mirar en el espejo desde varios ángulos. Me huelo las manos limpias. Desprendo frescura y espontaneidad. Son las 17:35. En cualquier momento ocurrirá. Sólo tengo que entretenerme con la sabrosa idea de que la gente está de camino, cada vez más cerca, y de que cuando me acueste hoy probablemente haya pasado por fin lo peor. El periodo de adaptación al instituto está siendo una tortura hasta ahora y me pregunto si un día le contaré a alguien que el paso del colegio a primero de ESO fue difícil durante unos meses pero luego me acostumbré, me reencontré con los de siempre y se volvió agradable. Resulta creíble. Ojalá pudiera viajar hasta el primer momento en que tengo eso claro, ojalá sea esta misma noche y pase pronto. Es un grupo mixto el que viene a buscarme, cosa que lo hace más valioso. Siempre me gustaron los grupos mixtos. Hace años se veía como un asunto aberrante desde los sectores más anticuados del recreo, los compuestos por hijos de padres mojigatos, los criados con abuelos supersticiosos, todos vestidos como muñecos de porcelana. Para mí la mezcla de chicos y chicas tenía un sentido sano, alegre, aunque a veces no fluyera y aunque durante algunas rachas nos separáramos dando lugar a cierto secretismo. Al llegar al instituto y mezclarnos con gente desconocida procedente de otros colegios el sentimiento de pertenencia se ha acentuado. Al menos es lo que creo observar, a mí me fueron apartando poco a poco pero ellos reafirmaron sus lazos. Seguramente, como ya están más cómodos, algo en sus interiores les ha indicado que yo también formaba parte del grupo y que merezco un cable, por qué no. ¿Y si incluso alguien me llegara a pedir perdón? Es una posibilidad bastante extrema pero por unos segundos me doy el gusto de paladearla, como cuando me imagino en la ducha que gano alguna discusión contra alguien que se cree más guay que yo. No tengo mucha fe en que pase, pero si pasara qué dulce sería. Me complacería

mostrando comprensión, quitándole importancia, y entonces me tendrían en mejor consideración aún. Verían que no doy problemas, que no albergo rencor, que soy elegante, que he madurado aunque tenga el somier relleno de juguetes. Sería una postura muy falsa porque lo estoy pasando fatal, pero que ocurriera sería tan reconfortante que eliminaría de golpe todo el malestar previo, el desconcierto y el desgarro, la soledad, las mañanas de angustia y las tardes y las noches. Significaría que está solucionado, que la situación que me atormentaba ha terminado, y no habría por qué lamentarse de nada sino todo lo contrario, celebrar que nos hemos reunido de nuevo, que igual que atravesamos el colegio ahora vamos a apoyarnos a lo largo del instituto. Suena muy exagerado. Esta gente es más casual. Van desenvolviéndose sin darle vueltas a lo que ha pasado o lo que ha dejado de pasar. Tal vez son iguales que yo pero lo ocultan. Puede que se hayan alejado de mí precisamente porque no se me da bien lo de ocultar las emociones y fluir como si nada. No lo consigo. Incluso si lo intento se me nota que tengo algo atragantado, un vómito que no me puedo guardar. Tengo la necesidad de hablar las cosas, y si no se hablan no me entero de cómo han sido, me quedo con dudas, las malditas dudas que te arruinan la reputación. Hasta mi madre me ha dicho alguna vez lo cansino e incluso odioso que puede llegar a ser que me comporte así, y es mi madre, se derrite cada vez que me ve, es una fan incondicional. Si la fan más entregada que voy a tener jamás dice que a veces no me soporta, qué puedo esperar de gente de mi edad que no me debe nada, para la que sólo soy un careto purulento más encima de un pupitre. Puede que la fan más incondicional sea demasiado exigente y eso se me vuelva en contra.



He perdido el hilo de los acontecimientos. Hace tres o cuatro años esto no me pasaba. Ojalá pudiera encerrarme aquí a pensar en voz alta hasta que se me aclararan las ideas, pero ese plan parece digno de proponerse en el jardín de un manicomio. Nunca he estado en un manicomio, casi nadie ha estado. Como tiene pinta de ser un lugar peculiar en las películas aparecen bastante a menudo. Es una guía muy pobre pero lo poco que he podido ver en esas películas guarda relación con lo que me acabo de imaginar. Gente encerrada reflexionando sin parar, tratando de entender cómo va la cosa. A lo mejor no es culpa nuestra sino de la cosa en sí, que no es fácil de asimilar. Las 17:48. Es un número raro, el número límite del buen gusto. A partir de las 17:51 deja de ser bonito aparecer pero me lo tomaré bien igual, seguiré sintiendo el alivio, la alegría. La psicología de los minutos no es tan decisiva. No me he dado cuenta y me he sentado sobre la cama de mi madre sin mirar a ningún lugar antes de consultar el reloj. Me levanto y me acerco despacio a la ventana. La calle sigue tranquila. Su calma me gasta y me irrita. La vecina de enfrente no está. Salgo de la habitación y recorro el pasillo sigilosamente hasta llegar a la cocina. Cojo el vaso de agua que dejé en el fregadero y lo vuelvo a llenar del grifo.

—¿Todavía estás aquí? —pregunta mi madre desde el sofá.

—Sí —contesto con sequedad.

—Me pareció oír antes que te ibas.

—Pues sería la tele.

—¿Y qué hora es?

—Creo que las seis menos diez.

—¿Y no habías quedado en que te venían a recoger a las cinco y media?

—Sí.

—Pues qué informales, ¿no?

—Sólo son veinte minutos.

—Pues eso, informales.

—Era una hora aproximada.

—No sé, a mí me parece muy feo.

—Pues nada, mamá, que sí, que ellos son muy informales y yo con la camiseta negra parezco muy formal.

—¿Y quiénes son?

—La pandilla del colegio, te lo dije antes.

—Ah, del colegio del año pasado.

—Sí.

—Pero eran muy buenos chavales.

—Bueno, sí, más o menos.

Mi madre no sabe lo mal que lo llevo este año. A ella le sonrío y no le doy la brasa con nada, cuando he intentado desahogarme a su lado sólo empeora los problemas dándome consejos absurdos y repitiéndome mis encantos como si tuviera cinco años, así que he dejado de hacerlo. Para ella no fue así, ella parece haber sido siempre una especie de ente ensimismado que iba a lo suyo, pero lo esencial es que no sabe cómo se ponen las aulas a partir de ciertos cursos porque dejó de estudiar muy pronto. Fue una vida difícil, trabajando desde casi mi edad cuidando niños, limpiando y cocinando en casas, y en las fotos de los dieciocho parece que tuviese treinta. Ella piensa que tengo suerte, que es imposible que sea infeliz. Me pregunta eso muy a menudo. Que si soy feliz. Empezó a insistir con el asunto hace dos o tres años y no para. Me

molesta porque es cursi pero sobre todo porque no es nada realista. ¿Quién es feliz muchos días seguidos? Yo le digo que sí, que soy feliz, para que deje el tema, y se queda tan contenta. Es la meta más obvia de los padres mínimamente sensibles, que sus hijos sean felices. Qué fantasía. Hay momentos que se rompen a costa de esa pregunta tan poco elegante. Te acabas de bajar de una atracción de feria en la que te has hartado de reír, por ejemplo, y te lo estabas pasando bien pero de repente te vienen con eso y es como un globo rojo explotando porque te acuerdas de que no eres feliz del todo, claro que no, en la vida hay molestias por todas partes y unos minutos de euforia no anulan el resto del sufrimiento. No tenías presentes las cosas malas y te las acaban de arrojar a la cara cuando menos te convenía. Es una tapadera, el verdadero mensaje se podría traducir como una especie de «dime que lo estoy haciendo bien, dime que he tenido éxito como ser humano, confírmame que ha tenido sentido que te para y que te críe, que mi esfuerzo no es en vano, dame una recompensa». Ha visto muchas películas de aventuras juveniles, siempre le gustaron esas sagas de libros donde hay chicos sin problemas económicos viviendo situaciones emocionantes, todo muy limpio, muy positivo. Se imagina que eso pasa de verdad en barrios como este, que me puede pasar a mí. Sabe otras cosas muy respetables, soy consciente, pero es incapaz de comprender mi realidad por mucho que se la explique. Su ingenuidad es un enemigo blando contra el que no vale la pena pelear porque siempre vence colándose entre tus dedos como una baba tóxica. Te derrota a base de pereza.

—¿Más o menos por qué? —pregunta. No tenía que haberle dicho eso. Ha sido una respuesta sincera pero nada conveniente. Ha resultado sospechoso.

—Bueno, que van un poco a lo suyo.

—Ya. Pero tú quieres que vengan, ¿no? Te has cambiado y todo.

—Sí, claro.

—Además que vayan a lo suyo no es una cosa mala ni tiene que ver con la formalidad, yo voy a lo mío y procuro ser puntual.

—Esta gente no tiene nada que ver contigo, mamá.

—¿Ah, no, y eso? ¿Qué son, muy especiales, te crees que yo no sé cómo son los chavales, que yo no he tenido tu edad?

—A ver, no es eso.

—Que más sabe el diablo por viejo que por diablo, ¿eh?

La pereza letal masticándome la carne, consumiéndome desde dentro. No contesto, sólo asiento con la cabeza. Ella comprende que me canse oír eso, no es del todo ajena a mis emociones y se arrepiente de haberlo dicho. Lo sé porque frunce la boca en un gesto que suele hacer cuando se da cuenta de que se ha equivocado y se dispone a rectificar.

—Lo que yo quiero saber es si a ti te caen bien.

—Sí, supongo —debería decir que sí, ser tajante, pero no me sale. Los nervios me traicionan.

—¿Lo supones, no sabes si te caen bien?

—Sí, bueno, claro que me caen bien.

—Vale. ¿No habrán venido y no te has enterado? Porque yo me he quedado como un tronco.

—No, no, yo estaba pendiente.

—¿No te has puesto los auriculares o algo así?

—Que no, además el porterillo suena muy fuerte.

—¿Y qué vas a hacer, cuándo crees que llegarán?

—Que no sé.

—¿No quieres merendar?

—No, todavía es temprano, prefiero comprarme algo cuando salga a la calle.

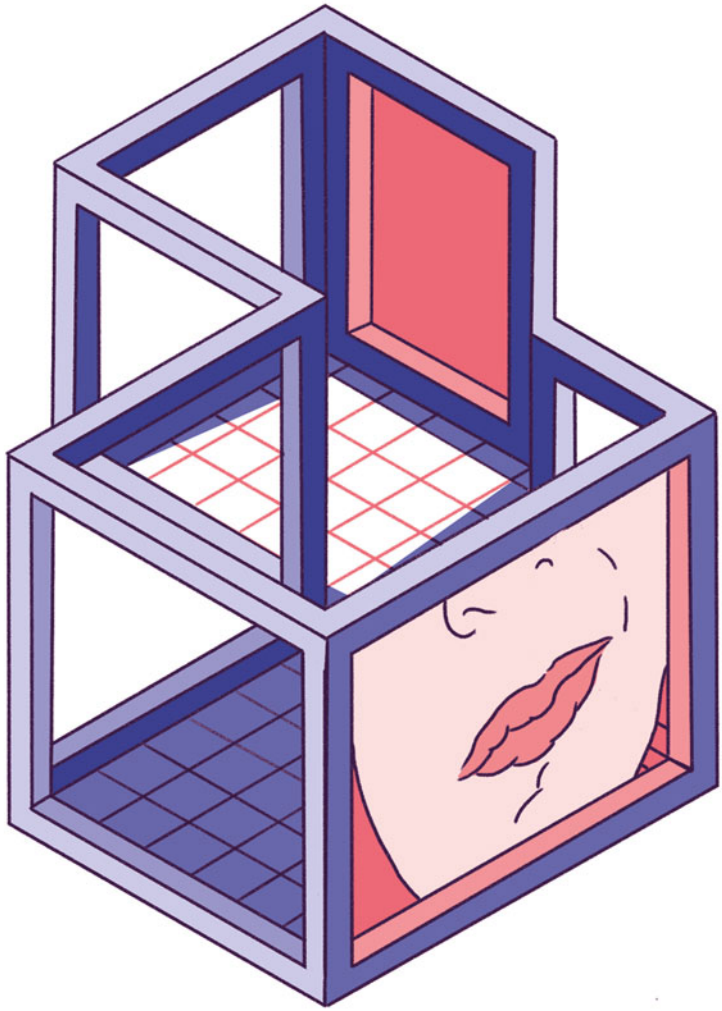
—¿Qué te vas a comprar?

—No lo sé, mamá, una palmera o una caña o algo así, no me planifiques tanto que es peor.

—Vale, vale. De todas formas me voy a levantar ya y me pongo un cafelito.

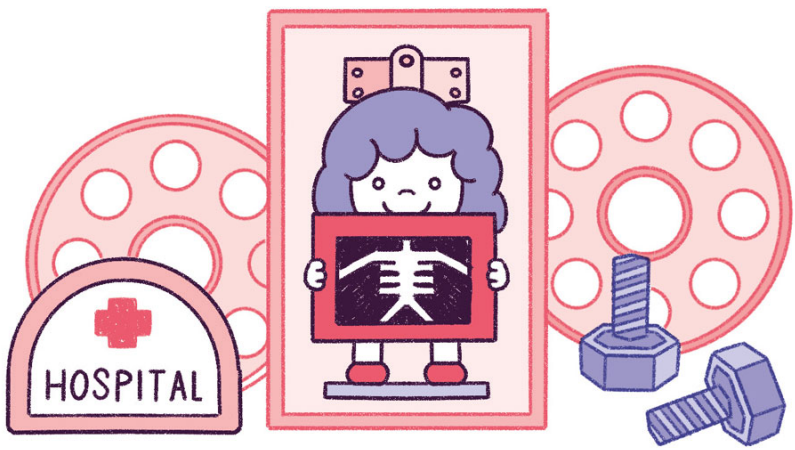
Se incorpora y se rasca los ojos con el dorso de la mano haciendo un ruido acuoso que nunca me ha molestado pero que podría. Lo único que me molesta es que sea tan pesada, pero luego si pasa de mí porque se harta de mis desaires me da miedo que me abandone y me imagino que se muere mañana o dentro de cuarenta años y me da una pena

imposible de digerir. Seguramente tengan razón los mayores que hablan de la mala edad que tengo porque es verdad que es difícil pillarle el truco al momento, quién lo va a saber mejor que yo, está todo lleno de contradicciones, pero qué pasa con la gente que conozco que está tan guapa y le queda la ropa tan bien, esos que andan por ahí como si fueran los reyes del mundo, y son un montón, ¿también tienen una edad mala? Creo que ese comentario sólo se lo hacen a madres como la mía ante una estampa como la mía, que a los padres de los que están guapísimos dándose el lote por las esquinas les dicen lo guapos que están y enseñan sus fotos con orgullo. A mí nadie me dice eso, a mí me dicen que qué bien cuando contesto la pregunta de cómo me va en el cole, compensando una especie de carencia que acarreo, y me dan unas palmaditas sobre un hombro o sobre la cabeza. A los guapos durante esas interacciones les acarician el pelo como queriendo llevarse una porción de belleza. A mí me despeinan. Soy un chiste.



Vuelvo a sumergirme en el pasillo, que siempre está un poco oscuro, y en el medio de la pared me apoyo sin pensar. Ya tienen que ser más de las seis. Cojo aire hasta que no cabe más y lo retengo ahí con el tejido interno estirado a punto de resquebrajarse. Más de media hora de retraso. ¿Es mucho o poco media hora? ¿He llegado media hora tarde yo alguna vez? Sí, me ha podido pasar. Incluso a mi madre la he visto llegar media hora tarde por mucho que presuma de ser confiable. Suelto el aire despacio. Echo cuentas. Mi portal es el último por el que deberían pasar. Si la primera persona que salió de su casa se retrasó cinco o diez minutos y luego las demás han tardado en bajar de sus casas por cualquier motivo estaría justificado. Es un grupo de siete personas, un buen montón, tres niños y cuatro niñas y a casi todos los conozco desde los ocho años que me mudé al barrio. Entonces las cosas me parecían difíciles pero si lo pienso desde ahora no lo eran en absoluto. Aunque se notaba que las costumbres se iban endureciendo cada vez más, la tensión no era tan violenta, no había que cumplir tantas normas. Yo pensaba entonces, inocente, que el ambiente iría mejorando. Para muchos fue así, el panorama se fue poniendo más interesante, más satisfactorio, más divertido, más jugoso. Algunos profesores aseguran que a esos que van nadando en jugo ahora mismo el futuro les depara sorpresas feas, batacazos, la palabra «batacazo» repetida hasta la náusea, porque se están confiando mucho con las frivolidades y no están adquiriendo disciplina, que luego el mundo es muy duro y no van a estar preparados. No me consuela. Seguiría prefiriendo bucear en almíbar como ellos. La promesa de dominar ese mundo rígido que nos espera no es muy sólida. Preferiría haber conocido la total despreocupación alguna vez, ese disfrute pleno que les distingo. ¿Que yo luego me sacaré una carrera y tendré un buen trabajo y mi vida será fácil? No sé, no lo veo. No me hace ilusión trabajar. Además luego ellos también encuentran trabajos y a lo mejor por tener una actitud más desenvuelta acaban siendo tus jefes. Son posibilidades lejanas. Mi futuro se decide en parte hoy pero no a ese nivel. Recupero la compostura. Me imagino el porterillo sonando, cómo mi propia vida se volvería también más fácil y suculenta si ocurriera. Cierro los ojos en

medio de la penumbra del pasillo con el cuerpo preparado para salir corriendo a la calle a enmendar el camino, pero no suena. Entro en mi habitación. Está desordenada, tampoco muchísimo. Es pequeña y tengo los pocos muebles necesarios apretados unos contra otros pero no puedo decir que no esté a mi gusto. Me agacho junto a la cama, apoyo las rodillas en el suelo y levanto la colcha. Ahí siguen mis juguetes, polvorientos pero intactos. Ojalá pudiera esconderme debajo de la cama hasta los dieciocho años y salir con un aspecto esbelto y proporcionado.



Me pongo de pie y me mareo, es un efecto frecuente. ¿Se me ha despertado el hambre? A veces los sentimientos intensos me crean una mezcla en el estómago que no sé identificar. Es como si se cerrara el conducto y se abriera simultáneamente. Salgo de la habitación despacio y recorro el pasillo de nuevo de camino al cuarto de mi madre ejecutando un pequeño baile con un paso concreto sobre cada loseta, me ayuda a soltar algo de energía acumulada. Trato de que dure lo máximo posible para darle tiempo a la gente a llegar, para asomarme a la ventana en el momento justo. ¿Cómo me iría si fuera capaz de bailar así en los pasillos del instituto? ¿Me lapidarían o empezarían por fin a respetarme? Supongo que sólo funciona si no tienes miedo, si no te lo preguntas, si no dudas, si te da igual la lapidación porque te sientes por encima de la opinión de los demás. Pero cómo te va a dar igual, si es

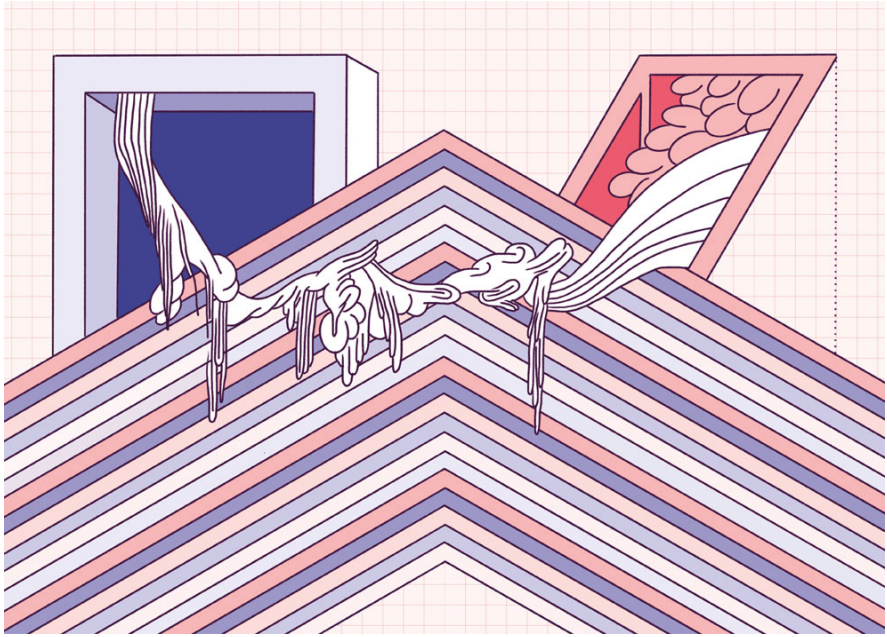
que de eso depende todo luego. El espejo. Sigo teniendo buena pinta. El acné no me está castigando hoy con dureza. Un grano yéndose en la barbilla, uno naciendo en el puente de la nariz, unos muy pequeñitos en la frente, una postilla en la mandíbula, cerca ya de la oreja. Nada demasiado llamativo. Adelanto un pie, muevo la cadera y me señalo con el índice de la mano derecha. Es otro paso de baile, uno muy anticuado. Me aguanto la risa. Me vuelvo a acercar al reflejo en un impulso de emociones fuertes, le doy un lametón y esta vez me parece que no tiene que estar tan mal darme a mí un beso. Qué idea tan precipitada, tan absurda. Está a años luz de materializarse. No lo necesito. Necesito un paseo, una conversación fluida, un ataque de risa compartido. Corro a asomarme a la ventana directamente desde el contacto de la lengua con el cristal frío y cuando llego saco todo el torso a la calle, al aire, clavándome las costillas contra el quicio. Va a doler más de lo que parece. De los amigos no hay rastro pero el dolor llega infalible. Su calor intenso y agudo me penetra en los huesos como predije pero una cosa así siempre te coge por sorpresa. Se complementa a la perfección con el agujero pequeño y profundo que lleva unos minutos formándose en mi esternón. Está bien, no pasa nada. Me lo esperaba, hay que asumirlo. El dolor acompaña la imagen de mi portal vacío, de la calle en completa calma, pero también de la vecina de enfrente, que de repente está tumbada en su habitación. Le veo las piernas mientras me late lo que siento como el centro del cuerpo aunque se ubique un poco más hacia la mitad superior. Lleva unas mallas marrones y es como si su carne fuera de ese color, aunque sé que no está tan morena. Apoyo los codos en la cornisa de la ventana. Dónde ha estado hoy, qué plan tiene. La llevo viendo cinco años y no sé cómo se llama, pero algo me dice que sabe que estoy aquí y que a veces me fijo en ella. En ocasiones me parece que se comporta como si la estuvieran mirando, pero igual eso también me pasa a mí. Restriega un muslo contra otro, como tratando de aplacar un picor, y se vuelve a relajar. La vecina, qué guapa es, qué bien le va. Entra y sale, desde aquí no parece que haya tenido nunca granos y los fines de semana se viste entera de negro, de arriba abajo. No sé adónde va, dónde se divierte,

con quién se junta, si son los mismos amigos desde el colegio o ha tenido que aprender a llevarse bien con gente nueva varias veces. Si supiera su nombre ahora lo gritaría, ella se asomaría y apoyaría también el codo en el quicio y la mejilla en la mano para charlar conmigo a voces. El impacto contra las costillas se apagaría, le pediría consejo y ella me daría todos los trucos que necesito. Si me invitara a echar la tarde en su habitación veríamos desde ahí cómo vienen a buscarme, la cara que pondrían cuando mi madre dijera que no estoy, y celebraríamos mi independencia a base de bailes desenfadados con los calcetines deslizándose sobre sus losetas, que parecen muy lisas. Pero qué sentido tiene quedar con alguien para luego no estar en el sitio acordado. Qué sentido tiene decir que estarás recogiendo a alguien a las cinco y media para que lleguen las seis y media y no haber aparecido. Cómo reaccionarían ellos si esto les pasara. ¿Les ha pasado, les ha dado igual, es que nunca ha ocurrido y por eso no saben lo que se siente?

El quicio sigue clavado en el punto exacto que tanto me dolió y a estas alturas mi piel ha empezado a absorberlo a través de la camiseta negra. Me separo con cuidado y casi me duele más sacarlo que haberlo incrustado. Un pliegue permanece marcado en el tejido, como si lo hubiera planchado. Me rasco con las dos manos en los puntos más picantes y me siento en el colchón de mi madre. Su reloj marca las seis y media, justo lo que pensaba, la hora oficial de la merienda. No es que sólo se pueda merendar a las seis y media, para mi gusto el horario se extiende entre las seis y las siete y media, pero las seis y media es el momento perfecto y mi estómago inquieto lo sabe. Había fantaseado con palmeras y cañas de chocolate, los cuatro euros me daban para unas chuches de postre y hasta para una lata de algo, pero no puedo salir. Sé que en la nevera hay una tableta de chocolate del que me gusta, muy negro y fresquito, y me lo podría meter dentro de un trozo de pan de bollo que ha sobrado de la comida. Lo acompañaría de un zumo de manzana que es mi última moda. Sería impresionante aplacar así la impaciencia. El estómago me ruge ante la idea. Me revolotea un hambre venenosa pero se me hace raro merendar con tanta luz, de

repente todo es amarillo y naranja a una hora a la que no es lógico que caiga tanto fuego, además es como si la calidez se hubiera multiplicado desde el domingo. La primera vez que percibí cómo me afectaban los cambios de hora estaba en quinto. Antes no me había dado cuenta, iba fluyendo como me decían y aceptaba lo que ponía en los relojes con resignación sin llegar a entenderlos nunca del todo. Aquel año empecé a ir al colegio por mi cuenta, fui consciente de lo que significaba organizarse, y mis caminos se vieron trastocados. Primero vino el cambio de otoño, que me cogió por sorpresa. Una mañana de fin de semana me levanté y cuando pensaba que serían las once mi madre me dijo que eran las diez. Aquello me pareció digno de festejar. Pasé un día buenísimo. El lunes siguiente me hice el desayuno con más luz que de costumbre y también me gustó. Todo iba bien, estaba siendo un curso amable, me acostumbré y dejé de darle importancia pero no dejó de gustarme. Entonces llegó marzo y pasó lo contrario. Una mañana en vez de ser las once eran las doce y el día se precipitaba contra una charca caliente que se hacía cada vez más profunda y densa hasta echar a hervir y evaporarse por completo.

Una tarde cercana al verano estaba en la calle pensando que serían las seis y quise ir a comprar chucherías, pero una vecina que estaba con su hermana pequeña me dijo que ya eran casi las nueve y tenía que estar el kiosco cerrado. Sentí como si me hubieran atracado. Tenía ganas de pedir el libro de reclamaciones pero no había a quién pedírselo y además suelo detestar a la gente que pone reclamaciones, no por la queja en sí sino porque montan mucho expolio. A mí me hubiera gustado rellenar la hoja explicando mi descontento con amabilidad, y que me devolvieran la hora buena o al menos me compensaran de alguna manera. Aquel julio fuimos a echar un día a casa de mi tío, que es mayor que mi madre y tiene piscina, y a él le llamó la atención mi disgusto en torno a este tema. Mi madre para entonces estaba ya muy cansada de oírlo. Llevaba tres meses quejándome. Cuando ella le pidió ayuda para hacerme asumir la realidad, él se acarició el bigote y luego la calva y resultó estar de mi parte. Dijo que mi incomodidad era completamente lógica.



—¿Pero y tú por qué dices eso, para qué echas más leña al fuego con la obsesión que tiene que no hay día que no tenga que escuchar en mi casa que lo bueno es el invierno, que cuánto falta, que no llega nunca, que cada vez se está peor, que el tiempo avanza muy lento? ¿Tú sabes el coñazo que es eso? —replicó mi madre, harta.

—Yo sí, claro que lo entiendo, pero entiendo también que no le guste. A mí sí me gusta, ¿eh?

—¡A todo el mundo le gusta! Están todos los niños en la gloria de vacaciones aprovechando el tiempo y yo con un alma en pena alrededor.

—No, a todo el mundo no, de hecho hay mucha gente disconforme con el huso horario que manejamos en España.

Mi madre resopló y a mí se me encendieron los ojos como dos bombillas. Pensaba entonces que se refería al uso horario porque no conocía la palabra «huso», y pregunté por qué no podíamos usar un uso mejor. Mi tío dijo vayamos por partes y empezó por explicar que el «uso» y el «huso» con hache eran palabras distintas. Mi tío estaba en su salsa porque le encanta explicar cuantas más cosas mejor y mi madre se

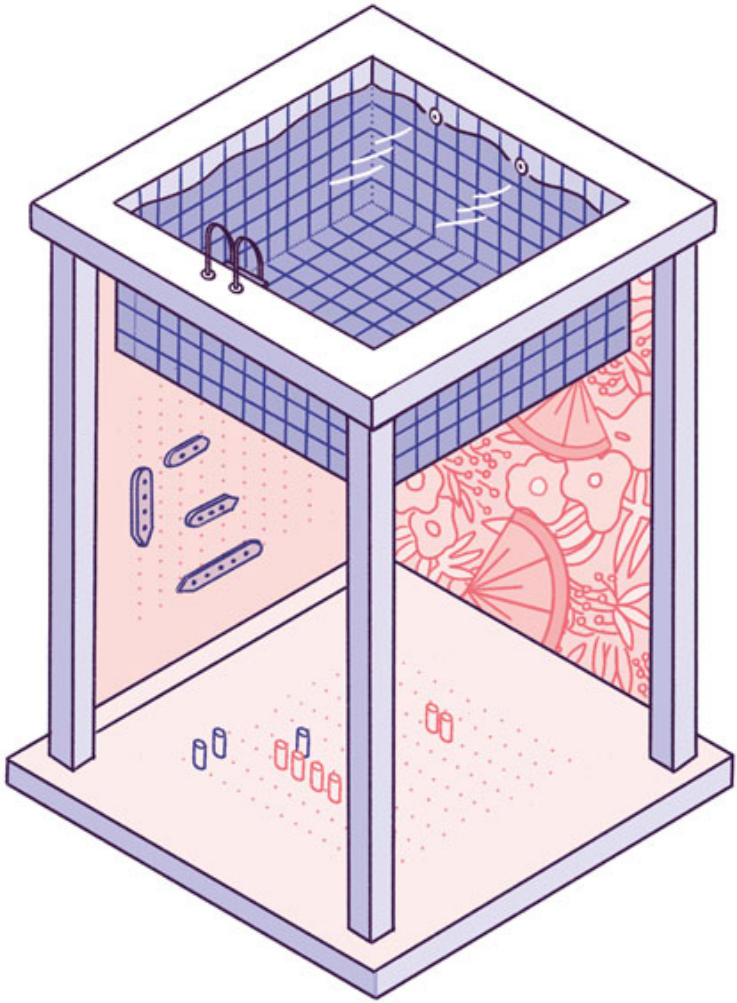
fue a duchar y a nadar, cansada de sus largas aclaraciones. Es verdad que se puede poner bastante pesado, pero aquel día estaba de mi parte y eso acentuaba mi paciencia y mi interés.

—En el planeta hay diferentes horas en diferentes sitios, ¿no? Dependiendo de la zona en la que estés son las diez de la mañana o las cuatro de la tarde —dijo. Quería que hablara más rápido pero era imposible entonces y lo sigue siendo ahora.

—Sí, sí, eso yo lo sé.

—Vale, pues a cada una de esas zonas se le llama «huso» horario, con hache. Se llaman así porque tienen forma de huso, un chisme prehistórico que sirve para hilar las fibras con las que luego se hacen los tejidos.

De repente me vino a la mente la imagen de la bella durmiente acercando el dedo a un pincho pegado a una especie de ruleta que debía de ser la rueca, y las palabras de Maléfica que retumbaban al principio de la película, cuando le lanza la maldición a la princesa recién nacida. «Al cumplir los dieciséis años se pinchará el dedo con el huso de una rueca y morirá.» Esas películas de Disney antiguas están llenas de palabras incomprensibles. Nunca me importó, creo que a nadie le importa mucho. Resultan hipnóticas. A mí me embelesa tanto el conjunto del lenguaje oscuro y los dibujos de aquel tiempo que prefiero las antiguas a las modernas. Cuando entendí lo que era un huso me enfrasqué en pensamientos sobre Disney y dejé de prestarle atención a mi tío. Se había puesto a hablar de asuntos históricos que tenían que ver con Franco y la Segunda Guerra Mundial pero me lo contó de una forma demasiado espesa y, aunque yo seguía fingiendo interés, me había perdido. Aquella parte no llegué a entenderla, me dio pereza pedirle que lo repitiera y algo me decía que no hacía falta, que le estaba dando demasiadas vueltas por presumir de conocimientos y yo me había quedado con lo esencial de todas formas.



—Ya ves, nosotros tenemos el horario cambiado por un sinsentido y a mucha gente le fastidia.

—¿Y qué horario deberíamos tener?

—El que había antes.

—¿Y ese cuál es?

—El de Portugal. Tenemos el de Alemania. Te gusta el de invierno porque tiene un poquito más de sentido que el de ahora.

—¿Y en Portugal qué hora es?

—Una menos que aquí.

Me levanté con los brazos en el aire y miré a mi madre desde el borde de la piscina, triunfal. Ella me hizo un gesto de desprecio con la mano. Llevaba un bikini de frutas que me gustaba. Lo dejé de ver hace mucho tiempo. Ahora sólo se pone bañadores negros, pero junto a mi tío por algún motivo la sigo viendo un poco más joven. Supongo que es porque se conocen desde niños y cuando está con él se acuerda de cómo era antes.

—Mira, sea como sea esto es lo que hay, o te adaptas o te amargas, y a la mayoría de la gente le encanta —replicó ella nadando como una rana. Miré a mi tío en busca de defensa y él se encogió de hombros.

—En eso tiene razón ella, ¿qué quieres que le haga?

—¿Pero y por qué os gusta?

—Porque da más de sí el día, da más pie al cachondeo, no sé. Me gusta que si salgo tarde de la oficina siga siendo de día, es menos deprimente.

—¿Y la gente a la que no le gusta por qué no le gusta?

—Pues porque sienten que no es natural, eso lo primero, porque es verdad que es una medida absurda de hace un montón de años y eso da coraje, y además pasa que al dilatarse el día las jornadas de trabajo también se estiran.

—¿Y eso qué significa?

—Que se sale más tarde de trabajar, que hay turnos partidos, horarios de apertura de los comercios demasiado amplios, cosas así.

Me quedé pensando. Al haberme levantado para demostrarle a mi madre que yo tenía razón me había puesto al sol y empecé a sentir que

me quemaba la cabeza. Volví a la sombra y enfrenté a mi tío con calma.

—¿Qué horario tienes tú en la oficina? —le pregunté.

—De nueve a dos y de tres a seis.

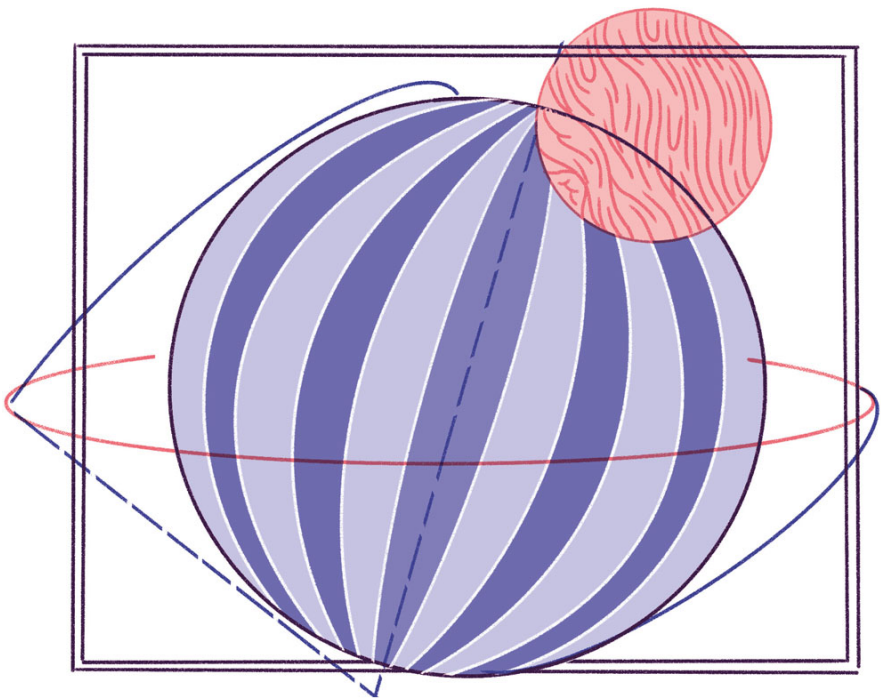
—Eso es turno partido, ¿no? —Se le escapó una risita porque me vio venir.

—Sí —contestó frotándose la cara con las manos ante la derrota inminente.

—Así que con el horario que me gusta a mí seguramente no tendrías turno partido y no te haría falta la luz del día para animarte cuando salieras tan tarde.

—¡Tocado y hundido! —exclamó desplomándose contra la toalla. Habíamos estado jugando al Hundir la flota después de comer. Ellos dos se miraron. Estaban contentos, se reían. A mí me hacía gracia haber ganado la conversación pero el drama seguía presente en mi vida, aquello no solucionaba nada. Ellos parecían felices ante el correcto funcionamiento de mi cerebro, como si eso arreglara el mundo entero y además fuese gracias a ellos por haber tenido algo que ver en la composición de mi sangre, dejando el problema del huso horario atrás. No me parecía un razonamiento muy difícil de seguir, no había nada digno de celebrar. La gente mayor a veces se queda asombrada frente a lo más básico y pierde el hilo de lo importante. A mí sus risas no me alegraron porque distinguí a la perfección la ocurrencia de una anécdota de la que me iba a hartar. Se comentaría en la familia hasta la saciedad. No puedo decir que yo lo haya olvidado, lo cierto es que me acuerdo con más exactitud que nadie muy a menudo, repasando los acontecimientos de memoria con nitidez, mientras que ellos empezaron pronto a introducir pequeñas variaciones que destacaban mi inteligencia, resumiendo la historia de forma que me hiciera parecer más brillante. Con mi familia ya apenas hablo del asunto porque se volvió cansino y medio fantasioso, pero en clase por ejemplo lo suelo sacar cuando llegan los cambios de hora semestrales. A nadie le interesa. No me escuchan, cuando explico lo que pasa me miran como a un ratón con sombrero y gafas y la información les resbala hasta el

suelo, como si necesitaran desprenderse de ella cuanto antes para no quedarse sin energía, como cuando mi madre me agota con sus obviedades o su falta de realismo. En el cambio de hora siguiente, sea cual sea, lo menciono frente a la misma gente y nadie se acuerda de nada, es como si lo oyeran por primera vez y la reacción es la misma, tratar de deshacerse inmediatamente de lo que intento decir. Igual es por cosas así que me han ido detestando más y más. Sé que tengo facetas divertidas, pero ya sólo las muestro cuando hay confianza, he perdido todos los lazos estrechos que tenía y lo que muestro sin confianza carece por completo de interés.



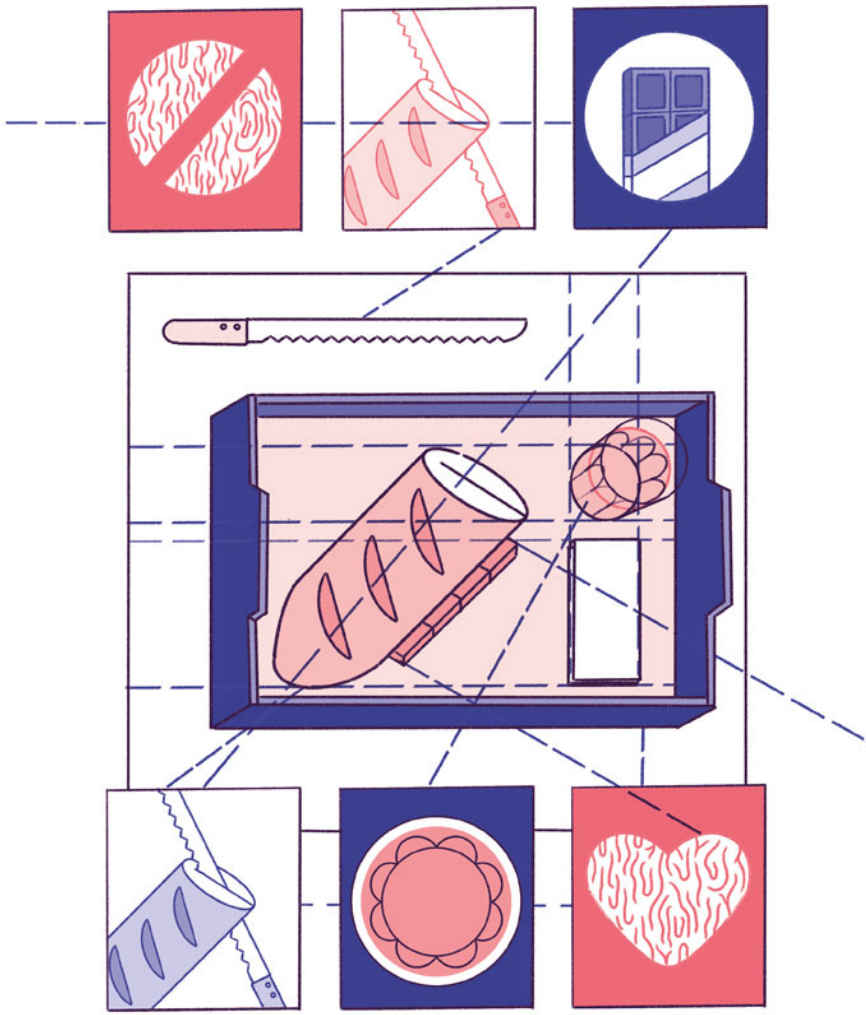
Me tumbo en la cama. Debería ser más consciente de los temas que se consideran tediosos y cortarme un poco. Si no quieren escucharlo, si no interesa, no va a interesar porque insista. Lo único que consigo es que huyan de mi lado. Puede que incluso lo comenten a mis espaldas. Que soy un coñazo, que pego la brasa. Yo sigo considerando que tengo gracia pero no sé cuánto hace que nadie se ríe por algo que diga. Me

solía gustar inventarme canciones y bailes tontos pero se pasó el arroz para eso. Las canciones y los bailes que triunfan ahora no los domino. El humor ha cambiado. Ya casi siempre lleva tintes de burla, de saña o de vanidad y no soy capaz de encontrar el resquicio adecuado. Si no es para reírse de algo o alguien no basta, a no ser que estés presumiendo. No se me da bien ninguna de las tres cosas así que en público me he ido volviendo inerte y eso tiene que resultar muy aburrido. Esta mañana he visto a gente partirse de risa a costa de tres o cuatro collejas, de un contoneo sexy, de una expresión anticuada que ha soltado un empollón cuando el profesor le ha preguntado la lección, de una canción con letra picante sobre una picha que crecía hasta volverse gigante, de que a una se le ha visto la raja del culo al agacharse, pero reconozco que también ha habido algunos comentarios ingeniosos que me han hecho gracia. Ese debería ser mi campo. Sólo necesito la oportunidad de un entorno seguro, es que ellos se la juegan y yo si siento que me la estoy jugando me mareo y me vuelvo torpe. ¿Y si me concedieran ese entorno seguro y no funcionara, si me hicieran el vacío de todas formas? ¿Cómo lo llevaría? Quedaría confirmado que me equivoco, que la oportunidad que deseaba no ha servido de nada, que mis teorías se desmoronan y el único camino que me espera es el de la marginalidad. Estar aquí dándole vueltas a cosas que no puedo comprobar es inútil, sólo hace que se me revolucionen los nervios. En la vida va mejor improvisando. Probaré a improvisar a la primera ocasión que se presente. Por ejemplo, el agujero entre las costillas no deja de agrandarse y el hambre me ha crecido como un león en la barriga, me siguen revoloteando mariposas pero la sensación es inconfundible. ¿Y si corro a la cocina y me hago el bocata de chocolate? ¿Y si justo llaman cuando me lo estoy comiendo? Me lo podría bajar sin más, eso sería muy espontáneo, pero entonces no podría comprobar si se me han manchado los dientes. Lo podría arreglar comprándome un chicle de menta. Sería una buena solución, sí. Voy a revisar los pasos que habría que dar para completar la misión. El primero, levantarme. Recorrer otra vez el pasillo, mejor sin pasos de baile porque no me gusta imaginarme en esas condiciones, eso surge sin planearlo y no lo ve

nadie, ni siquiera yo soy testigo ni lo guardo en la memoria. Si alguna vez me pilla mi madre me dan ganas de quemarle los ojos y me enfado con ella por haberlo presenciado aunque no sea en absoluto su culpa. Lo del espejo no cuenta, es como si lo hiciera otra persona y aparto la vista de inmediato. Bueno, ir a la cocina. Coger el pan que está metido en un envoltorio de papel en el armario de al lado del termo, cortarlo por la mitad con un cuchillo. Coger el chocolate del frigo y partir un trozo de la medida más similar al pan. No, debería sacar primero el chocolate para calcular mejor, dependiendo de la onza, cuánto pan necesito. Vale. Me serviría el zumo en el mismo vaso de antes, el del agua, para no seguir ensuciando, pero lo enjuagaría un poco antes para refrescarlo. Lo pondría todo sobre la bandejita pequeña, la que siempre me ha gustado, incluyendo una servilleta. Me la llevaría al sofá y me pondría delante de la tele a ver lo que sea que mi madre tenga puesto sin hacerle mucho caso. Seguramente sea un programa del corazón, que son muy entretenidos si sólo te quedas veinte minutos. Este es el máximo de espontaneidad que soy capaz de alcanzar.

Emprendo el camino a toda prisa para efectuar cada pequeña acción lo antes posible. Lo importante es tener pronto la bandeja preparada porque si llaman no quiero que me coja el menú a medio hacer. Una vez que esté lista la merienda podré apurar el zumo y bajarme el bocadillo con facilidad, pero si suena el porterillo cuando estoy cortando el pan me entrarán los agobios, me da miedo que les dé pereza y pasen de largo, que me digan que me esperan en algún sitio y luego cuando llegue no estén. No quiero más incertidumbre. Cuando me imagino la posibilidad de que suene me da el estómago castigado otro pequeño vuelco. No debería ser para tanto esto, en el fondo lo sé, pero no lo puedo evitar. Si volviera a coger confianza con ellos y les pudiera contar en otro momento lo mal que lo pasé tontamente, si me contestaran que de haberlo sabido habrían llegado antes y me consolaran e hiciéramos bromas sobre el tema, sobre lo a pecho que me lo tomé sin necesidad. No es algo tan remoto. Podría pasar. Entro en la cocina. Mi madre le está dando vueltas al cafelito con la cuchara sentada en el sofá. Lleva un pantalón de pijama polar y un jersey

porque es friolera. Todavía tiene el pelo revuelto de la siesta. No parece la misma persona de mis primeros recuerdos. Si me fijo no ha cambiado tanto en los últimos diez años, pero a mí diez años me parecen una eternidad y a veces siento que no tiene nada que ver con la que conocí mientras aprendía a hablar y andar y todo aquello. Los familiares y los vecinos la tratan como siempre, mi tío se dirige a ella como si fuera una muchacha de quince años, es mi percepción lo que ha cambiado de raíz. Estas cosas las pienso mientras llevo a cabo el plan con una eficacia que me llena de orgullo. El chocolate y el pan han quedado bien medidos, el vaso está refrescado, todo tiene un aspecto amable y ordenado sobre la bandeja. Dejo las cosas que he usado en su sitio, acudo al sofá y me siento a su lado. Está viendo un asunto del corazón, como sospechaba, tomando el café a pequeños sorbos. Ha dejado la cucharita húmeda sobre el cristal de la mesa baja y, aunque no la voy a limpiar yo, me fastidia que vaya a dejar una mancha. Presume de ser puntual pero no lo es tanto. No es cuidadosa, no se fija en los detalles.



—Al final te has puesto la merienda.

—Sí.

—Pues mira, mejor, hay que comer a la hora pase lo que pase.

—Tenía hambre ya.

—Claro que sí.

Me mira y extiende una mano para acariciarme el pelo. Me aparto con la vista clavada en la tele.

—No me vayas a tocar el pelo que lo tenía bien y no quiero que me lo cambies.

—Por Dios, ya ves tú.

—Mamá, por favor, a ti te parecerá una tontería pero por favor.

—Vale, vale, es verdad, perdona.

—No pasa nada, es que si no es un lío, entiéndeme.

—Te entiendo, te entiendo.

Pone una expresión de ternura y sé que a sus ojos vuelvo a tener un máximo de cuatro años.

—¡Pero no me mires así tampoco!

Ella se ríe, deja el café sobre la mesita y levanta las manos en el aire como rindiéndose, pero sigue de buen humor. Sé que debe de ser difícil para ella, que tiene mucha paciencia. Me da pena.

—Bueno, yo me voy a ir cambiando para ir al gimnasio.

—¿Ya?

—Claro que ya, la clase es a las siete, como siempre —contesta metiendo la cucharita en la taza vacía y levantándose. Pronto serán las siete. Pude procesar que eran las seis y media, me lo esperaba, pero esto me ha cogido por sorpresa. Encuentro cierta barrera crucial entre las seis y las siete. Las siete empieza a ser tarde de verdad. Una hora y media de retraso. Le doy un bocado blando al pan con chocolate y apenas tengo fuerza para masticar la parte sólida del centro. Antes de alejarse me tiende el mando a distancia.

—Toma, ¿te quieres poner los dibujos o algo?

—No, me da igual.

—¿Ya no te gustan los dibujos tampoco?

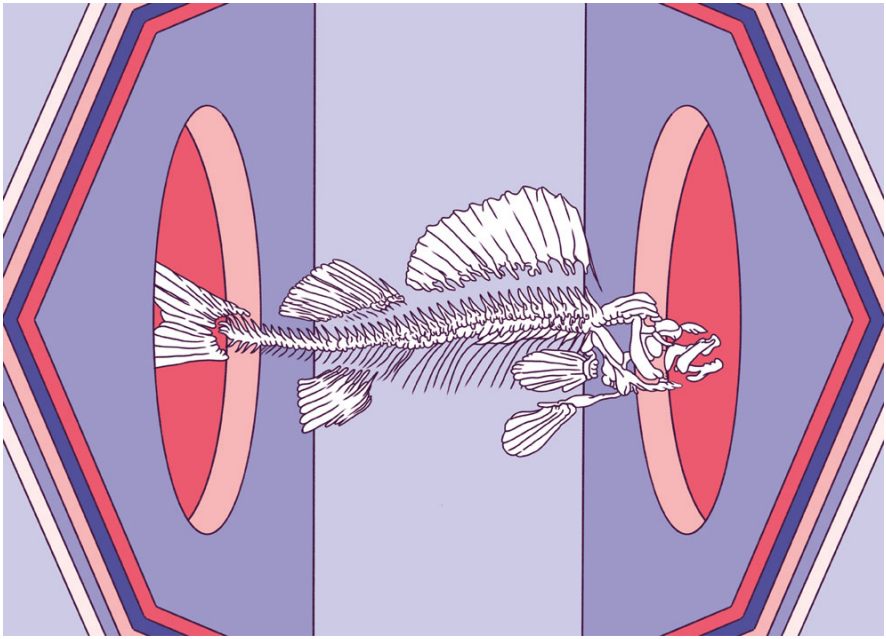
—Sí que me gustan, pero como igual me tengo que ir en cualquier

momento prefiero no quedarme viendo nada.

—Ah, vale.

Arroja el mando a mi lado en el sofá y se va a la cocina. Deja los restos del café en el fregadero y desaparece en el pasillo camino de su habitación. Al final no estoy merendando a la velocidad deseada. Apenas le he dado dos mordiscos al bocadillo, que se me hace pastoso en la boca. El zumo resulta más ácido que de costumbre. Me paralizo un momento en el sofá. Me doy cuenta de que me duele la espalda y la enderezo. Los huesos de los hombros, demasiado estrechos, se recolocan con un ligero crujido. Tal vez si hiciera más ejercicio se abrirían y se colocarían donde deben arrastrando todo lo demás, dejaría de tener este esqueleto hecho de espinas de merluza, pero no me gusta nada hacer ejercicio. Me hace sentir torpe y cobarde. Es verdad que lo soy. Educación Física es mi asignatura más temida. Mi preferida es Plástica. Me gusta dibujar, dedicarme a una actividad mansa y creativa. En ese terreno brillo como otra gente brilla haciendo la ruleta lateral, es mi único talento con algo de carisma social. En el colegio se me daba muy bien y a veces tenía gente alrededor en clase viendo cómo usaba el lápiz y los colores. Aquello me llenaba de seguridad, regalaba retratos a la gente que me caía bien, sentía que poseía una destreza característica, que sabía hacer algo útil y bonito. Ahora encima he perdido facultades y, aunque me siga gustando, hay gente en la clase que me ha cogido ventaja y lo hace mejor que yo. Ya no me queda ni eso y me ha empezado a dar vergüenza hacerlo en público también. Saco buena nota en Biología sin esfuerzo pero a quién le importa la biología, eso sólo te convierte en una rata de laboratorio, no tiene ningún interés social. Como mucho me piden los deberes y yo dejo que se copie todo el mundo esperando despertar simpatías pero luego nadie me devuelve el favor como yo desearía, nadie lo recuerda, me parece que incluso me dan el cuaderno aguantándose la risa de lo fácil que es aprovecharse de mí. No sé si eso es pura paranoia. Lo que sí es cierto es que a veces vuelve con las páginas emborronadas o arrugadas de que ni siquiera lo hayan tratado con cuidado y me callo para no parecer más repelente todavía pero me duele invertir tanto y recibir tan poco. Nadie me

ayuda a mí a prosperar en Educación Física. Los que son buenos en eso presumen de sus habilidades intransferibles, se juntan entre ellos y punto. Nadie es lo bastante amable como para ayudarte a aprender a hacer el pino, ni siquiera el profesor lo es. Se dedica a pedirnos que hagamos cosas que o te salen de forma natural o nada. Le gustan los clásicos. El potro, el plinto con los cajones bien altos para que se luzca la gente diestra, las piruetas complicadas, sumarse a la caña general si no te sale bien. Ese profesor ha contribuido mucho al malestar de este curso. Antes hacíamos cosas menos rigurosas. Darle muchas vueltas al patio, jugar al puto balón prisionero que era terrible pero sólo pasaba de vez en cuando. Ahora cada día es una tortura sofisticada que se evalúa con extrema dureza. ¿No es consciente de lo que implica eso para los torpes o es que le da igual y le ciega la meta de la excelencia? ¿Qué espera, el orgullo de haber presionado a algún campeón olímpico? En segundo de ESO hay un alumno que parece ser bueno en todo. Dibuja con soltura, echa a andar con las manos en el recreo por diversión, las aprueba todas, es popular, sale con chicas a las que la ropa les queda pintada. Su hermana mayor está en bachillerato y lo mismo. Coreografías, sobresalientes en Matemáticas de las difíciles, de las de ciencias, novios bien peinados que estudian en otro instituto y la esperan sonrientes en la puerta. ¿Cómo lo hacen?



Mi madre vuelve con el chándal azul marino y una mochila celeste, se acerca y me da un beso en la cara.

—No te he tocado el pelo, ¿no?

—No, mamá, todo bien.

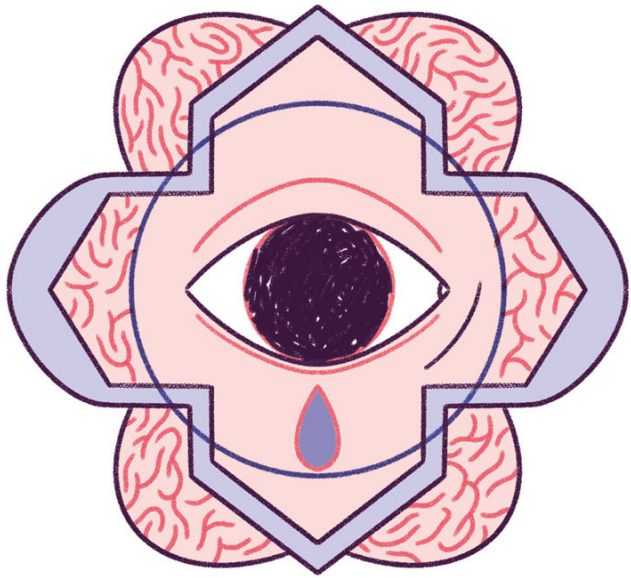
—Vale, vuelvo en un rato.

—Vale.

—Si sales llévate las llaves.

—Sí.

—¡Y alegra esa cara!



Le sonrío estirando la boca con los ojos muertos y siento que ahora soy yo quien le da pena a ella. Qué cruz, darle pena a una madre. Los populares nunca dan pena, y menos a sus padres. Pueden despertar ira pero no tristeza. A lo mejor cuando los que están saliendo rompen y lloran lo pasan mal en este sentido, pero eso son problemas de muy buena calidad, implican que había una relación previa, y de todos modos pronto están con alguien más, siempre pasa. Cuando nos dan las notas y han suspendido un montón se vuelve una desgracia más seria. En esos momentos una parte de mí disfruta porque yo no les tengo miedo a las notas y me gusta no ser quien sufre tres días al año. Nunca me ha quedado ninguna. Los populares inspiran sentimientos potentes. Discuten con los profesores, con sus padres, discuten entre sí, de vez en cuando se pelean a hostia limpia en el recreo. Despertar rabia es mucho más digno que despertar pena. Mi madre cierra la puerta al salir. El sonido de la tele encendida me inunda de soledad. Miro la bandejita sobre la mesa junto a la gota de café de la cuchara, que empieza a secarse, y le paso la servilleta por encima. Qué más da, por qué tendría que limpiarlo todo ella. Recuesto la espalda con resignación pero intento no aplastarme mucho el pelo por detrás. Respiro hondo y me vuelvo a erguir para agarrar el bocata con decisión. No hay derecho a

que un bocata tan a mi gusto se quede esperando sobre el plato así. Le doy un mordisco enorme y se me llena la boca hasta el punto de no poder mantenerla cerrada. El chocolate cruje y se mezcla con el pan dando lugar a una masa jugosa difícil de abarcar. Me lo trago con un gran buche de zumo y al pasar por la garganta me duele porque se ha formado una bola gorda que apenas cabe. Me he engollipado pero de algún modo la sensación me ha calmado los nervios así que repito la operación. Es mejor así, rápido y eficaz, que no me pillen merendando si llaman, más seguro, más cómodo. En tres bocados se ha terminado y voy a dejar los restos en la cocina mientras mastico todavía. Me gusta la plenitud que brinda devorar así la comida, siempre me ha gustado comer despacio porque mi abuela lleva insistiendo en que se hace mejor la digestión de esa forma desde que me estaban enseñando a comer y esta pequeña desobediencia resulta divertida, sabrosa. Donde otros fuman y se enrollan yo me empacho de pan con chocolate, por qué no. Los macarrones me sentaron bien y no siento la barriga hinchada, tengo margen, no hay por qué preocuparse. Bebo agua directamente del grifo para terminar de engullir la última bola que tengo atravesada en el esófago y exhalo. Esófago, exhalar. Nadie habla así, pero qué le hago si Biología es la asignatura que se me da bien por mucho que no tenga ningún valor social.

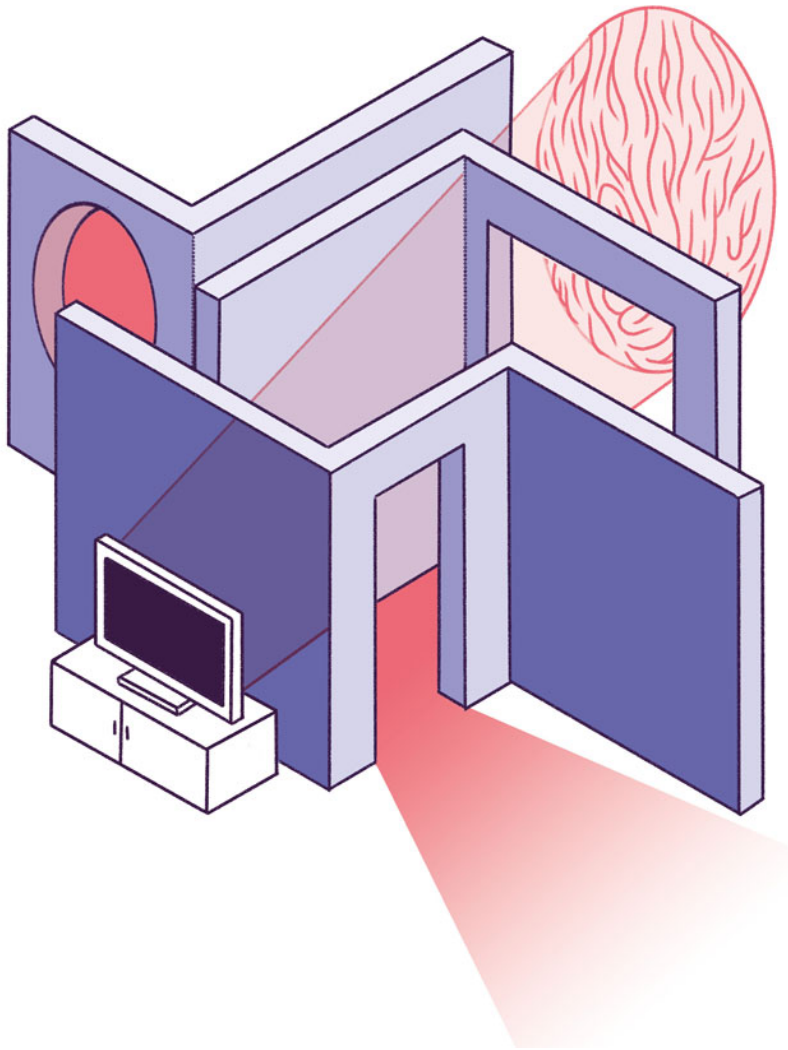
Por qué habré tenido que dar tanta brasa con lo del huso horario. Sacudo la cabeza tratando de apartar el pensamiento. Es inservible, me irrita como cuando mi tío me peinó un día al salir de la piscina, clavándome las púas en la cabeza una y otra vez. Ahora lo mejor será que me vuelva a lavar los dientes y las manos, ya que sigo en casa y tengo la oportunidad de no perder la frescura. Me dirijo al cuarto de baño y pulso el dispensador de jabón morado con olor a lavanda evitando el espejo. Me encargo de las manos como un robot y cuando llega el momento de los dientes el sabor a menta después de la merienda me llena de un asco inesperado que me empuja a mirarme la cara por compartir con alguien el desagrado. Me cepillo con una expresión de disgusto que nunca le mostraría a nadie y que me brinda cierto alivio. Tengo la lengua marrón y ocuparme de ella supone la

peor parte. Me invade una gran tristeza al notar cómo me arranco el sabor dulce que tanto disfrutaba un momento antes y se convierte en rabia cuando hago contacto visual directo. Me espeto mentalmente que no había ninguna prisa, que no había por qué torturarse así, prepararse de inmediato por si acaso, que debería estar a lo mío y permitir que quien quisiese se enchufase a mi propio flujo en lugar de estar pendiente de si los demás me hacen un hueco en el suyo.

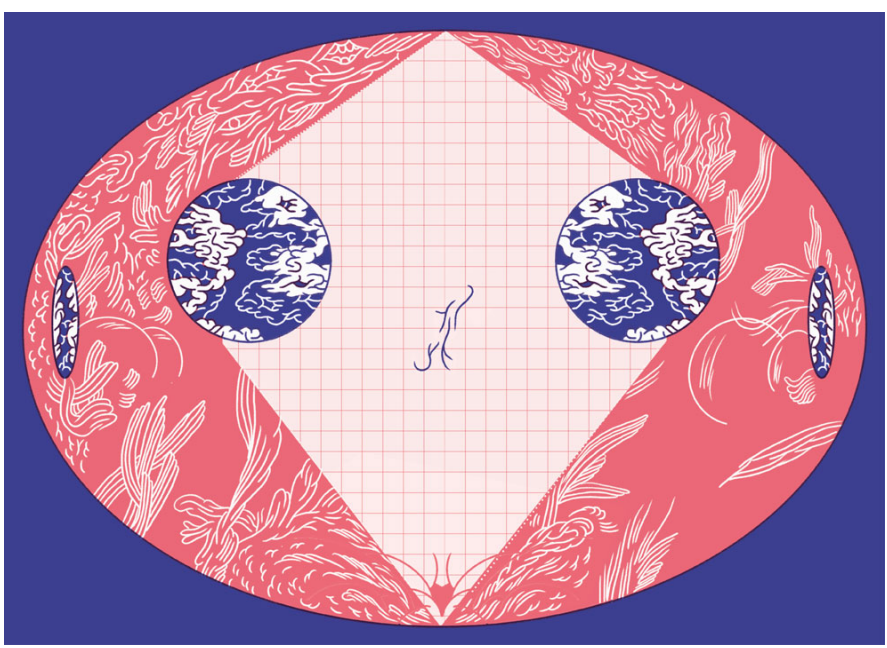
El silencio en la casa es desconcertante. Siempre me gustó la soledad, a ratos da un poco de miedo pero en mi caso compensa. Me resulta cómoda la libertad que otorgan las estancias cuando no hay nadie más en ellas, todo se vuelve íntimo, seguro, confiable. En cualquier caso entiendo a la gente miedosa. Mi madre me suele hablar del problemón que tienen unos vecinos con su hija, que ha cumplido ya quince años y parece que cada vez tiene más miedo, que sus terrores nocturnos son cada vez más intensos. Va al psicólogo desde hace un año pero sigue teniendo pesadillas casi a diario y no pueden dejarla sola si oscurece porque acaba teniendo ataques de pánico. El resumen que mi madre me trae sobre el asunto es que la chica se siente acechada, no es capaz de controlar las cosas que se imagina y se va poniendo cada vez más nerviosa hasta que se le va la olla. Me lo cuenta con pena por los padres y cierto incordio, poniendo los ojos en blanco y recalcando que menuda papeleta. Luego me suele dar un beso húmedo y comenta la suerte que tiene conmigo. No me cae del todo bien cuando hace eso. Presentar a los padres como víctimas y a la chica como a una lianta incapaz de comportarse. No lo dice expresamente pero se nota que es lo que piensa por los tonos y los gestos. Yo comprendo a la chica. Sé qué cosas la acechan y creo que igual podríamos llevarnos bien si no fuera por esos dos años de diferencia. La veo muy lejos y seguro que ella a mí también. Pero desde las historias que me llegan a la hora de la comida a través de mi madre la comprendo y la respeto. Siempre fue la típica niña simpática y en el último año se ha vuelto algo más retraída. Me la imagino sola en el ascensor, preocupada por la mala racha, temiendo tanto el cambio de hora de octubre como yo el de marzo o más todavía. La soledad es tensa, extraña, está llena de sombras. Suelo celebrar

quedarme en paz en casa, pero siempre me cogen por sorpresa las sensaciones que me asaltan cuando mi madre cierra la puerta y me doy cuenta de que la tele está apagada. La tele se vuelve un elemento amenazante. Si está apagada es raro, y si está encendida pero nadie la ve también. Al pasar por delante los reflejos que proyecta no son amigables. Por otra parte hay que acordarse de encender las luces con antelación o se te viene encima una situación complicada. Recorrer la casa a oscuras en busca de interruptores puede parecer una tontería pero hay momentos en los que la cordura se derrite un poco y hay que reunir mucha entereza para no permitir que se vaya a pique. A mí me cuesta. El año pasado me costaba más y eso me consuela, pero en algunos momentos el asunto me preocupó. Ahora trato de centrarme en los aspectos positivos de la soledad. Hoy mi madre se ha ido, no volverá en una hora y puedo aprovechar para pasearme sin tener que afrontar sus preguntas sobre si todavía estoy aquí, cómo es que no han venido, qué les habrá pasado, quiénes y cómo son y todo eso. Puedo esperar con absoluta tranquilidad por un rato, descansar de sus juicios constantes, desesperarme si me apetece, enfurruñar la cara sin que nadie haga comentarios al respecto. Me gustaría mucho tumbarme un rato a escuchar música e incluso pegarme unos bailes ahora que no me pueden pillar, pero si lo hago igual llaman al porterillo y no me entero, lo que faltaba. Además tengo comprobado que ponerse los auriculares cuando no hay nadie en casa genera un ambiente raro, como si esas sombras indiscutibles se frotaran las manos por un momento y se fuesen acercando lentamente hacia donde estás. Cuando te parece ver algo por el rabillo del ojo y miras de frente se deshacen. Son pequeñas alertas irracionales, nunca hay nada de verdad, pero como no podemos tenerlo todo enfocado a la vez alrededor de los ojos se forman masas brumosas muy traicioneras. Si te dejas llevar te agarran y te llevan, así de fácil. No es que a mí me pase, pero he notado los tirones que pegan. Supongo que una parte del cerebro está preparada para permanecer alerta de este modo, para reaccionar activando los nervios y esos nervios se pueden desbocar. Tal vez a la gente le guste que haya más horas de luz por la tarde porque ahuyenta los espectros. Ese motivo lo

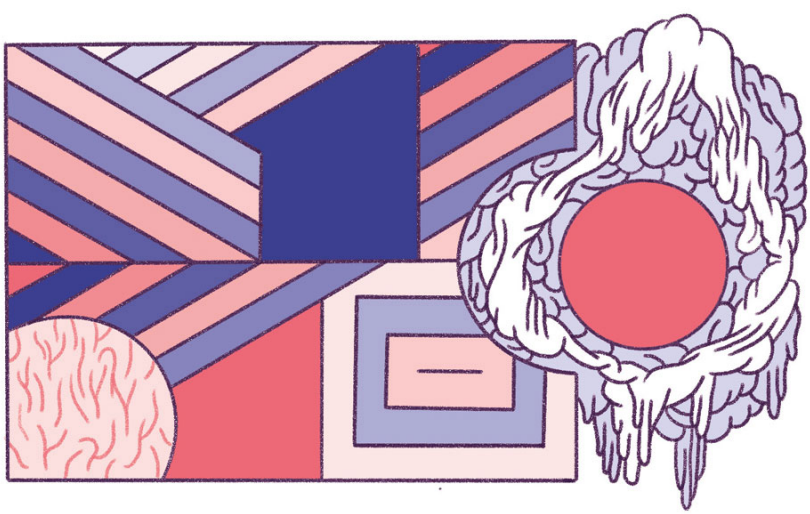
entiendo mejor que ningún otro. En el caso de la vecina está claro, pero creo que hay más gente adulta miedosa de lo que parece. La cuestión es que ni la vecina miedosa es mi amiga ni yo me voy a poner a escuchar música. Llevo en el pasillo un rato pensando en estas cosas, de pie, con la mirada perdida en los dibujos de una loseta. Mi casa tiene este típico suelo pálido, como manchurreado de pequeñas motas irregulares. Me las sé de memoria. Las he mirado muchísimo. Si mi madre estuviera en casa y se cruzara conmigo se alarmaría y me preguntaría qué hago, si me ha dado un aire o qué. Me gusta comportarme así, de forma errante, observar pequeños detalles sin importancia y sumergirme en esas finísimas brechas para ver qué tienen que ofrecer, quedarme pensando sin más en cualquier asunto que tenga en la mente y notar cómo las imágenes se difuminan y dejo de tener la necesidad de pestañear. No me parece que todos los movimientos tengan que ser conscientes, que necesiten un fin concreto y práctico. Sé que es una actitud lujosa, que cuando tienes muchas cosas que hacer hay que ir a tiro hecho resolviendo asuntos, y cuando toca ese plan soy capaz de adaptarme.



Hostia, tengo deberes, se me había olvidado. Odio hacer deberes, nos mandan demasiados. No me acostumbro. A veces, si los detesto especialmente, no los hago y a la mañana siguiente trato de buscarme la vida para que alguien me los preste. Yo presto mucho los míos, se los presto a cualquiera, por qué no me iban a devolver el favor. Yo quisiera que esos favores llegaran hasta mi orilla en forma de apoyo social, pero un cuaderno de vez en cuando tampoco me viene mal. El problema es que los deberes que a mí me dan más pereza son los de Matemáticas y esos se le dan de verdad bien a muy pocos, por lo que mis necesidades se ven una vez más descubiertas. Es una desgracia lo de las matemáticas. No es nuestra culpa, eso lo tengo claro, es que nos las enseñan fatal y el profesor es un rancio, pero sea como sea al final la situación es que en mi clase por ejemplo sólo se le dan bien a dos chicas y un chico. El chico, que es menos estirado, a veces presta los deberes pero no siempre los tiene hechos. Con las chicas no vale la pena intentarlo. Se quieren guardar esa excelencia sólo para ellas. Tienen una especie de pacto. No es nada personal. Ni siquiera se llevan mal conmigo, a veces hablamos, pero no me los van a prestar de todas formas.



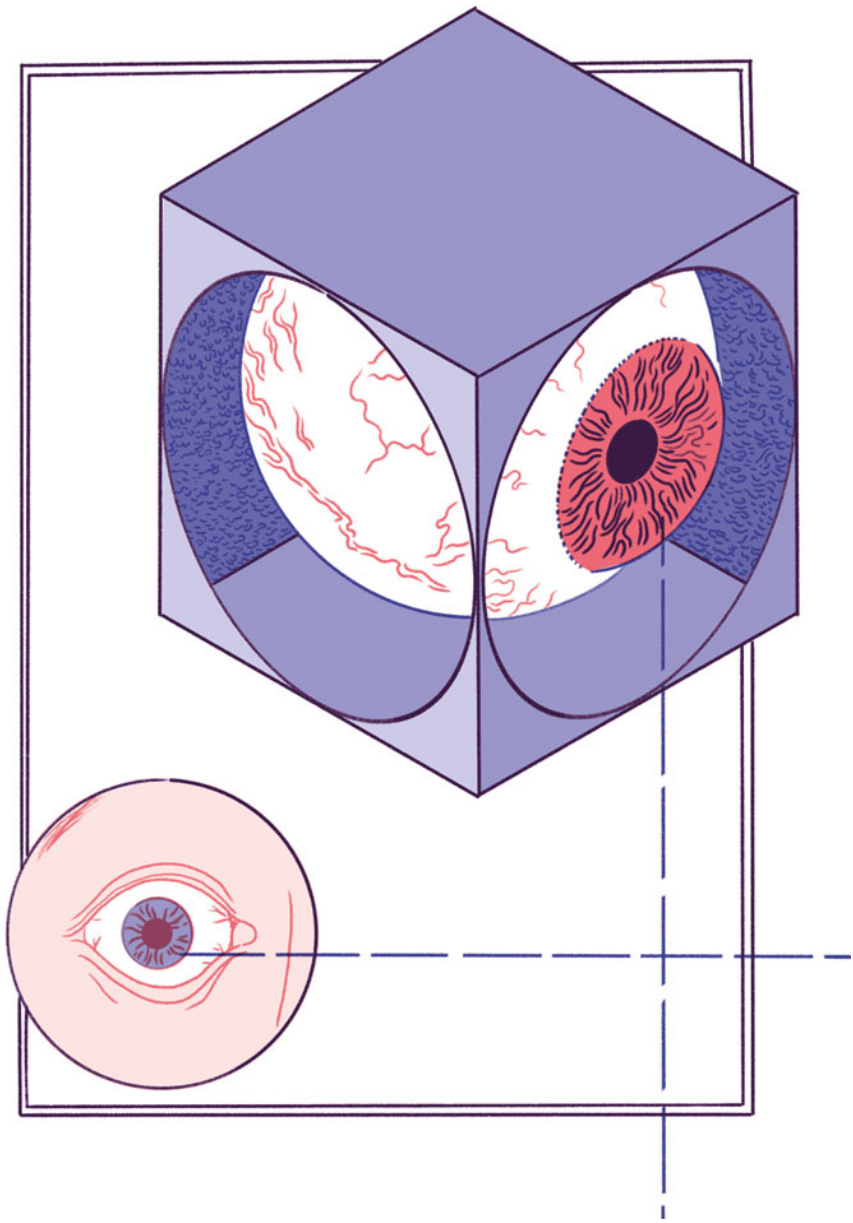
Hoy traigo tres tandas de deberes. De Lengua, de Inglés y de Matemáticas. Los primeros no me parecen difíciles, sólo hay que echarles un rato tedioso. En este sentido he vivido tardes mucho más repugnantes. Cuando hay exámenes y los profesores siguen mandando y les da igual que chillemos que estamos hasta arriba. Así aprendemos lo que es la vida al parecer. ¿Qué es lo que pretenden enseñarnos con eso? ¿Que la vida es inaguantable? ¿Qué satisfacción pueden sacar de transmitir un mensaje así? ¿Es por nuestro bien, para que nos curtamos? Los deberes me dan ganas de morirme. No me suicidaría por una mala tanda de deberes, claro, pero tiene mucho que ver que suicidarse sea bastante engorroso y que me parece que no hay alternativa. Cuando estuvimos con tanto lío al final del primer trimestre y encima me había quedado sin amigos me pareció que la vida era una trampa. Luego vino la Navidad, sólo me hicieron regalos de mayor como pijamas y auriculares y estuvo bien, me gustaron, pero el mismo día de Reyes ya me estaba arrepintiendo de haber pedido esas cosas. Echaba de menos los juguetes. Podía haber sido una mezcla al menos. Bueno, fue así el año pasado y supuse que tocaba pasar página. El primer día de clase de enero todo el mundo iba estrenando algo y yo también estrenaba mi propia sudadera porque sabía que era lo que tocaba y encajar me obsesiona pero no podía evitar sentirme idiota.



Los deberes. Si no me pongo a hacerlos ahora igual vienen y me bajo y cuando vuelva por la noche voy a tener menos ganas todavía. Los de Lengua los podría hacer mañana mismo sobre la marcha, mientras llega la profesora. Los de Inglés los puedo hacer en el recreo porque no hay que entregarlos hasta cuarta hora. El problema son los de Matemáticas. A las diez de la mañana me los estarán reclamando sin piedad, estoy sin plan y no los quiero hacer. Si sigo así igual suspendo. No queda mucho curso, en diciembre aprobé por los pelos y estos meses he ido brillando cada vez menos. Lo que me faltaba encima era empezar a sacar malas notas. Igual eso me haría más popular. No puedo arriesgar apostando por ahí, aunque no sería la primera vez que alguien tira por ese camino deliberadamente por mucho miedo que metan los profesores y los padres amantes de la disciplina. Conozco un chico que era bastante empollón y entre eso y que estaba un poco gordo vivía frito de tantas burlas. Compartimos clase varios años, en sexto se hartó del papel que le había tocado y al instituto nuevo ha entrado perteneciendo al grupo de los matones. Llevó a cabo el giro en pocos meses. No creo que sea muy difícil, sólo hay que dejar de aprobar. Las suspende casi todas y sus padres tienen que estar muy descontentos pero ahora por lo menos nadie se mete con él, ni por gordo ni por empollón, y se infla de bollería y patatas fritas en el recreo en actitud desafiante. Lo de las notas le tiene que traer problemas en casa y verdaderas preocupaciones personales, el día que nos las entregan se sienta en un rincón en el suelo a llorar con una desesperanza sincera que hiela la sangre, pero entiendo que le compense. Con la gente le solía ir peor que a mí y ahora no hay quien le tosa. Es más duro lidiar con la marginación y los insultos que con unos padres decepcionados. Si no fuera porque ahora tengo que defenderme también de él me alegraría. El tema de los deberes me asquea. Sacudo la cabeza para desprenderme de las postales de manchas en el suelo y respiro hondo. Reparo un momento en el gotelé de la pared de delante pero ya está bien de ensimismamiento. Tiene que haber pasado un ratito. Creo que es buen momento para ver cómo está la cosa. Camino despacio hasta la habitación de mi madre,

ese lugar misterioso con cajones llenos de bragas, algunas de encaje que ya no le caben y otras de lycra de colores raros como verde oscuro y morado, las que suele usar a diario, mucho más grandes. Los muebles son de un color rojizo, intenso y feo. Los compró nuevos el año pasado. Me gustaban más los de antes. Cuando estaban los muebles viejos me iba mejor. Paso junto a la cama con cuidado de no pegarme en las espinillas con unas esquinas traicioneras que tiene. Me esfuerzo en moverme lo más despacio posible para ganar segundos. Miro por la ventana, asomándome suavemente, esquivando el quicio contra el que me hice daño, y vuelvo a meter la cabeza. En la calle una mujer joven pasea a un bebé y saluda a una viejecita que lleva un carro de la compra. La vecina de enfrente no estaba, me ha dado tiempo de distinguirlo. Estará en otra estancia de la casa, habrá salido de paseo, habrá ido al gimnasio, a una clase de baile, no tengo ni idea, sólo sé lo que llevo viendo desde la ventana todos estos años, que en realidad es bien poco. Trato de no mirar el reloj porque el tiempo parece pasar más despacio cuando estás pendiente. La luz de la tarde brilla generando confusión. A la mierda, me vuelvo a asomar, esta vez sacando una buena porción de cuerpo fuera, sin pudor, clavando de nuevo las costillas en el quicio de manera voluntaria, castigándome por haberme llevado a este punto y a la vez encontrando en la punzada de dolor repetitivo un extraño alivio. Cómo los recibiría ahora, de esta guisa. Parece tan remoto que empieza a darme igual, pero por otro lado es un retraso tan considerable que me hace pensar que su llegada podría ser inminente. Es el momento justo para sacarle el último jugo a la tarde. Todavía queda algo, todavía tiene sentido. No abandono la esperanza. ¿Sería capaz de callarme lo de que su tardanza me ha estado desquiciando? Creo que sí. Si fuera justo ahora sí. Dentro de cinco minutos no sé. Me siento en la cama. La casa está muerta. De la calle llegan sonidos de niños jugando, algunas conversaciones adultas, algunos pájaros. Me imagino cómo encajarían entre esos sonidos las voces de mis amigos del año pasado, cómo quedarían, cómo mi pecho se llenaría de mariposas al identificarlas. Si me concentro mucho casi puedo oírlas. Suelen reír, pegar gritos, dar palmas, correteos, son un

poco escandalosos. Sería perfectamente reconocible desde aquí. Aunque también he observado que a menudo, cuando tienen una misión concreta que cumplir, caminan en silencio y no dicen nada hasta que se ha ejecutado el plan. Podrían venir callados, estar ahí y que pasase desapercibido. Me levanto y me vuelvo a asomar. Casi nada ha cambiado pero intento proyectar su imagen sobre la acera una vez más. Qué trozo de la calle ocuparían andando en rebañito, cómo se les vería de grandes desde esta altura. Al imaginármelo veo claro que no podría reprimir las ganas de saludar desde la ventana y me enfado por no haber sido capaz de controlar un arrebato que no he llegado a llevar a cabo, pero como hace un rato me prometí que no sería de buen gusto y ahora me ha parecido que si se diera el caso sería un impulso irrefrenable me parece que no tengo palabra, que soy decepcionante, que es normal que me vaya mal. Ni cuando soy consciente de lo que no es oficialmente guay me sale desempeñar el plan trazado. Le estoy empezando a dar demasiada importancia a cosas que no han ocurrido. No han venido, no he saludado. No hay ninguna novedad, nada que lamentar ni celebrar.



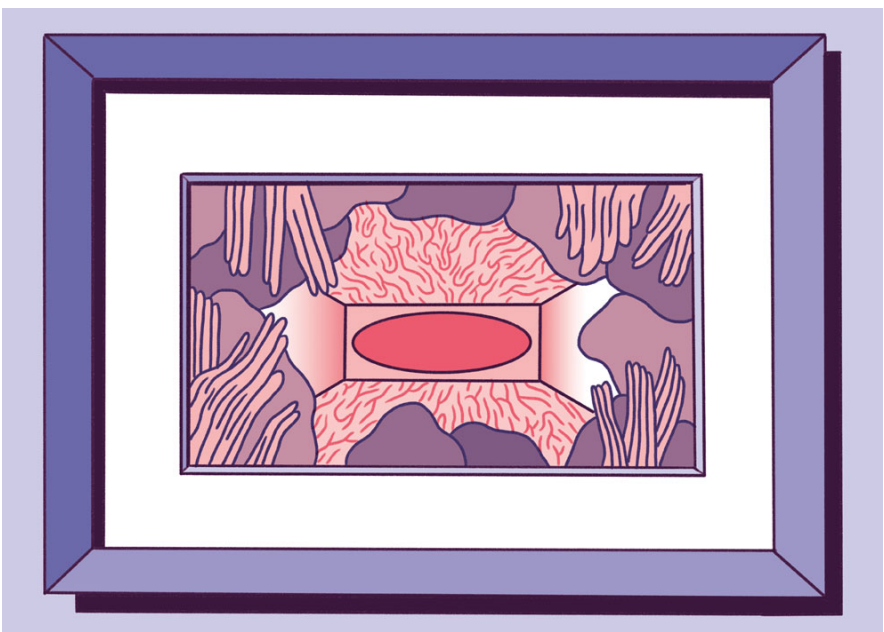
Trago saliva rabiando de aburrimiento, enfilo hacia el otro lado del pasillo y entro en mi habitación. Cómo jugué en este cuarto, qué buenos ratos eché aquí. Por mí los seguiría echando pero la calle se ha ido volviendo cada vez más necesaria. Mi madre no era muy estricta con el orden y a la gente le gustaba venir porque ponía buenas meriendas y era flexible. Era una madre bien considerada entonces, sólo un poco pesada pero lo normal en ese sentido, como casi todas. Sentía que tenía suerte. Cuando empezamos a abandonar la infancia no lo digirió nada bien y se quedó atrás. Los padres que lo digirieron bien son los que dan espacio y hacen pocos comentarios, los que asumen que han sido desplazados a un papel secundario por una buena temporada y más les vale tener asuntos propios de los que ocuparse porque aquí no hay nada que rascar. Ella dejó de inspirarme orgullo para empezar a hacerme pasar bochorno. No fue sólo eso, es que las casas familiares dejaron de ser lugares deseables en general. La gente quiere sentirse independiente, lejos de las vigilancias adultas. Lo entiendo igual que entiendo a la vecina con los problemas de terror. Quieren experimentar y los adultos no saben dar aire. No hablo ya sólo de que tengan que esconderse para fumar y tocarse, es que apenas se puede hablar en paz. Los mayores entran, interrumpen, organizan interrogatorios muy mal camuflados. No suelen entender la situación. Les pueden la curiosidad y el ansia de protagonismo. No digo que sean todos así pero yo no he conocido ninguna casa donde no nos sintamos un poco acosados. En el peor de los casos te secuestran y se tiran horas contando historias familiares, o te abren un álbum de fotos que sería encantador ver en libertad pero que con una persona señalando con el dedo y relatando detalles irrelevantes durante horas se vuelve un infierno. Ahora mismo por ejemplo no hay nadie en mi casa. Sería estupendo tener compañía aquí por un rato. Que subieran, sentarnos en el sofá o en el suelo de mi cuarto. Me obsesionan las estampas en las que hay mucha gente junta, así que me emociona especialmente imaginarlo. Esas fotos en grupo en las que se intuye un día bonito, distendido, donde muchas personas se pasan los brazos por encima de los hombros o adoptan posturas alocadas. Mi familia no es grande. Mi único tío no se ha casado ni ha

tenido hijos. En nuestras fotos de reuniones somos cuatro gatos como máximo. A veces llama a esta hora y se tira hablando con mi madre un rato. Ella grita mi nombre para que acuda a saludar pero no se aparta ni un momento mientras hablamos y yo digo hola, tito, y le cuento cómo me ha ido en clase y qué he comido y nos despedimos con la plena conciencia de haber tenido una conversación sin ningún valor. Odio esa sensación. Sé que él le da consejos al respecto y que ella los escucha con atención e intenta aplicarlos. Que me dé cancha, que no sea sobreprotectora, que no haga comentarios sobre mi aspecto físico si yo no los he solicitado, que no me compare con nadie, que no me repita las historias que me sé de memoria, que no me hable como si tuviera seis años, sobre todo si hay gente de mi edad alrededor. Algún consejo más habrá del que no me haya enterado. Me suelen parecer buenos. Pero en la práctica no le sale, un poco porque como él acostumbra ser bastante metijoso y pesado el mensaje pierde fuerza. En parte echo tanto de menos el tiempo de las reuniones en cuartos infantiles, tener visita, porque mi madre curiosamente nos dejaba más en paz entonces que ahora y se solía hablar de cosas más interesantes. Inventábamos buenas historias, elucubrábamos sobre el funcionamiento del mundo. Tampoco me recuerdo alegre del todo en aquel tiempo, supongo que la melancolía me empuja a recordarlo mejor. Es muy frecuente hacer eso con la infancia. Que no se me olvide que fue más bien mediocre para no perder la perspectiva. Nunca fui feliz. Hubo momentos buenos pero no una larga etapa de satisfacción. No quiero crecer con la realidad distorsionada, es demasiado frecuente. La culpa la tiene el efecto de este año maldito, este año asqueroso que tanto me temía y que está siendo mucho peor de lo que podía esperar.

En el piso de al lado suena el porterillo. El cuerpo me bombea una tromba de sangre caliente y ondulante desde el vientre hasta las sienes. Fantaseo con que sean ellos que se han equivocado y vengan a por mí. La vecina le diría qué botón tienen que pulsar, sonaría en mi casa, me levantaría, me asomaría, diría que bajo, me miraría un segundo en el espejo, comprobaría que llevo las llaves y el dinero y bajaría corriendo, pero no pasa nada más. Empiezo a cansarme de darle vueltas a estas

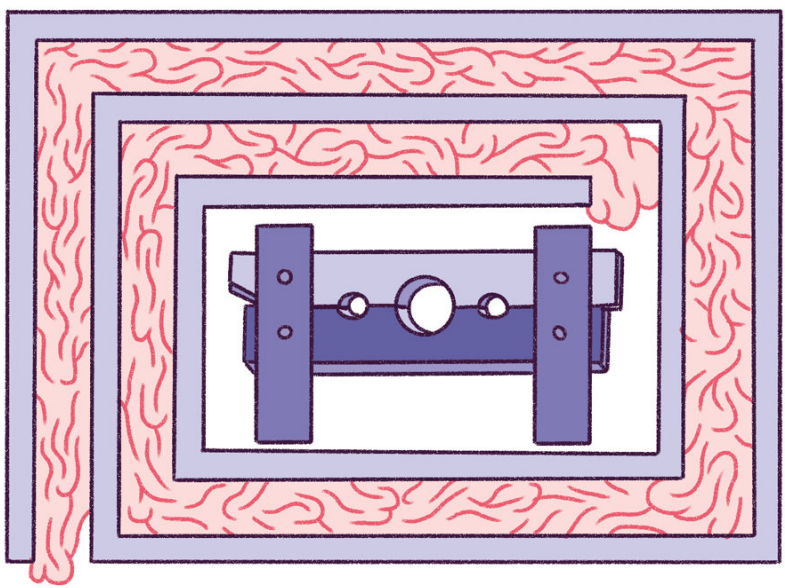
posibilidades. Se me está gastando el cerebro de pensar siempre lo mismo. La bomba caliente que me inundó hace unos instantes se deshincha. Escucho pasos en el descansillo, la puerta vecina que se abre y se cierra. Recuesto el cuerpo en la cama. Ya no me importa despeinarme, de hecho me duele un poco el cuello de mantenerlo tan tieso a conciencia, sin apoyarme en ninguna parte para no arruinarme los rizos que hoy tenían buen aspecto, y los maldigo por ser la causa de esta molestia aunque en realidad no tienen nada que ver. Los podría culpar de cierta agonía mental, pero no de que me duela el cuello por no querer apoyarme para conservar los rizos. Ese rencor no tengo derecho a albergarlo. Podría dedicarme a mis cosas, encontrar un plan alternativo no es tan difícil, pero la expectación me paraliza, ni siquiera me acuerdo de lo que me gusta hacer por mi cuenta. Lo único que existe en mi cabeza es lo que significaría que vinieran ya y lo que significaría que no llegaran a venir. Qué pérdida de tiempo. Fijo la vista en el techo en busca de paz. En el techo no hay gotelé, cosa que nunca me he sabido explicar. ¿Por qué en las paredes sí y en el techo no? Mi casa no es muy bonita. La de mi tío es mejor, con su piscina, pero está muy lejos de todo. En sus paredes no hay gotelé, es un blanco liso que me ha resultado muy desnudo cuando me he quedado allí a echar algunos días en verano. Él no es uno de esos adultos asfixiantes, él sabe dar espacio, distingo que también le da pena que mi madre se quede al lado del teléfono cuando dice que quiere saludarme dando lugar a una conversación muerta y deprimente. Como no ha sido padre no se le ha nublado la razón con esa obsesión por el control, por si somos felices o no y por si salimos a su gusto. Su complicidad me alivia. A cambio a menudo no se da cuenta de que es la hora de comer, te deja pasar hambre como si nada y cuando se lo dices tarda un montón en preparar el almuerzo porque es lento, no lo tenía planeado y se organiza fatal, por no hablar de esas explicaciones llenas de rodeos que tanto le gusta dar y que te dejan sin fuerzas. Sobre su pared blanca y lisa hay algunos cuadros raros que no sé si me gustan pero que siempre me he quedado mirando hasta la saciedad, embobándome frente a pequeños detalles como suelo hacer, tratando de encontrarles sentido. Él lo entiende y te

deja a lo tuyo. Mi madre si pasa cerca y te ve así te pregunta qué miras tanto, si estás bien, si te ha dado una insolación o un corte de digestión y no para hasta que te ha roto el trance y te pones con una actividad que sí sea capaz de asimilar. Mi pobre madre que un día creo que fue guay y no sé cómo dejó de serlo. Tal vez cuando yo sea mayor volvamos a compenetrarnos. Supongo que llevar tanto pendiente de cuál es la siguiente hora para alimentarse, cuál va a ser el menú y si es equilibrado nutricionalmente, qué antelación es necesaria para que esté listo a tiempo, si se tienen los ingredientes necesarios y qué hacer en caso de que no te tenga que reblandecer el juicio. Tiene muchísima práctica con el asunto, es toda una experta y lo respeto de corazón, sobre todo cuando estoy en casas donde el tema no fluye con tanta soltura, pero es como si no se pudiera hablar con ella de mucho más.



La vecina de al lado, la del piso en el que acaba de sonar el porterillo, está obsesionada con la limpieza, la pobre tiene el cerebro lavado por los anuncios de lejía, y mi madre la critica mucho por eso. A mí también me parece excesivo, y creo que dedicarle tiempo a que siempre haya un buen plato sobre la mesa a la hora correcta es algo

mucho más interesante, pero igual mi madre tiene cierta obsesión por el tema que tampoco está dispuesta a reconocer. Es como si la vida adulta estuviera plagada de esquinas hechas para atraparte. Lo mismo que siento cuando hay muchos exámenes y muchos deberes sin apenas interés. Por qué dedicarle tanta atención a eso. Son las primeras trampitas, la entrada juvenil al gran salón de las trampas que nos espera con la mayoría de edad, para que nos vayamos haciendo a la idea de que eso es lo que hay. Dónde se me quedará a mí el pie enganchado, qué asunto práctico marchitará mi alma. ¿Será en lo de no aplastarme los rizos, en lo de tener la boca y las manos limpias? ¿Soy una presa ya?



El corazón se me acelera de golpe por un ataque de impaciencia, me levanto y acudo al salón dando grandes zancadas. Una vez allí doy media vuelta sin haber hecho nada y me dirijo a la cocina. Cuando entro me quedo en medio, doblo el cuerpo y me agarro a las rodillas. Respiro cabeza abajo. Agito el pelo pensando en sacudirle el posible apelmazamiento de haberme apoyado encima y eso me enfada y me da vergüenza. No quiero preocuparme por el pelo ni por los granos ni por

las manchas de chocolate en las comisuras de los labios. Quiero pasármelo bien, hace muchísimo tiempo que no me lo paso bien. Es así de sencillo. El tedio me pudre. Quiero que las poses queden a un lado y jugar a algo divertido. Me desdoblo despacio tratando de no marearme esta vez y miro la encimera de una especie de marrón plastificado, la misma de mis primeros recuerdos. Siempre me gustó pegar un salto y sentarme encima. Conseguí trepar con éxito a partir de los ocho o nueve años. Mi madre me dejaba. Cocinaba mientras tanto, hablando conmigo, y me ofrecía tapitas de cosas. Eran situaciones satisfactorias. Me conformaba con menos. Entonces bastaba con que los Reyes te trajeran los juguetes que tú querías, con que tu madre no te pusiera platos que odiabas para comer y no te obligara a tener el cuarto siempre impoluto para estar en la cima. Yo sufría de vez en cuando, claro, pero me sentía en la cima algunas tardes, de la encimera y de muchas más cosas. Había niños amargados, llenos de rabia, que sentían que no se les escuchaba, y seguro que si me conocían pensaban que tenía suerte aunque la gestión de la amistad nunca fuese mi fuerte. Vivía en un equilibrio soportable, estaba medio controlado. Se esfumó. Todo fue a peor hasta este año jodidísimo que siempre recordaré, no necesito perspectiva para darme cuenta. No importa cómo de mal me pueda llegar a ir dentro de dos cursos, para ese momento me habré acostumbrado a la idea, al menos no me cogerá por sorpresa. Es este impacto, este susto lo que tengo atravesado. Me está preparando para cualquier horror futuro y el curtido escuece. A quien se lo cuente le podrá parecer una tontería, pero a partir de este año me espero lo que sea. Se acabaron las fantasías, las ingenuidades. Está confirmado, lo voy a tener difícil. No hay quien lo solucione ya. No jugaré a nada ni lo pasaré bien hasta el bachillerato por lo menos. A primera hora de la tarde me quedaba un montón de fe en que aún podía arreglarse, en que medio curso de mierda no tenía por qué significar un curso entero de mierda ni mucho menos una secundaria de mierda. A estas alturas, con la luz tenue que entra por la ventana de la cocina, no puedo asegurar que toda la secundaria vaya a ser un infierno, eso sería exagerar las pistas que tengo y sacar conclusiones demasiado contundentes, pero lo

que está claro es que nada se arregla hoy, que a nadie más que a mi pobre madre todo el tiempo pensando lo que comer y lo que cenar le importa cómo me haya encontrado yo a lo largo del día. Ni siquiera a mi madre le ha importado lo que debería porque no le dejo saber lo relevante que era, y es mejor así. Nadie sabe de qué forma me he levantado de la cama y he recorrido las estancias de la casa con el aliento ácido y el esternón palpitando con la fuerza de un tanque, cómo me he doblado sobre mi propio cuerpo y he respirado tratando de explotarme los pulmones desde dentro, cómo me he vuelto a levantar después con cuidado, cómo entraba la luz por la ventana representando el fracaso definitivo de mi reintegración social. Si llegaran ahora sólo sería una limosna. Aun así la aceptaría. Me refrescaría la boca y bajaría a dar la última vuelta de la tarde. Seguiría siendo mejor que aceptar el abandono total. Unas migajas, por qué no. Tal vez se hayan distraído por el cambio de hora y piensen que es más temprano. Eso podría pasarle a cualquiera. A mí me pasó aquella vez, cuando creí que eran las seis y habían dado las nueve. Me acerco al fregadero, abro el grifo y dejo que corra un poco el agua porque en esta época empieza a no salir muy fría y no quiero pegar un buche calentorro después de un ataque de nervios así. Igual he exagerado. Ni esta tarde tiene por qué ser crucial ni debería ir rapiñando las migajas que me arrojen. Lleno un vaso y me lo bebo en tres tragos. Hace mucho que no hago pipí. Cuando me doy cuenta surge una necesidad que antes no estaba. Acudo al cuarto de baño con mansedumbre y me ocupo del tema. Tiro de la cisterna, me abrocho los pantalones, me vuelvo a lavar las manos, ato la sudadera alrededor de la cadera, chequeo en el espejo que ha quedado a la altura óptima por delante y por detrás y cuando salgo al pasillo las llaves de mi madre suenan junto a la cerradura. Me acerco a la puerta para que no se encuentre un espectro en la penumbra pero cuando la abre se sobresalta de todas formas.

—¡Ay, qué susto! Pero si yo te hacía en la calle.

—Ya, perdona.

—¿Pero qué ha pasado, ya has vuelto o cómo?

—No, no, todavía no he salido.

—¿Pero cómo que todavía no?

—Pues que todavía no han venido.

—Pero vamos a ver, esto no es todavía, esto ya es raro, ¿habrá pasado algo?

—¿Qué va a pasar, mamá?

—No sé, que le haya pasado algo a alguno de tus amigos.

—No creo, de verdad.

—¿No?

—No, mamá.

—¿Y entonces?

—Pues que se habrán liado, que se les habrá pasado, se habrán entretenido, lo que sea.

—Pues vaya tela.

—¿Qué?

—Que vaya tela, que qué poca vergüenza.

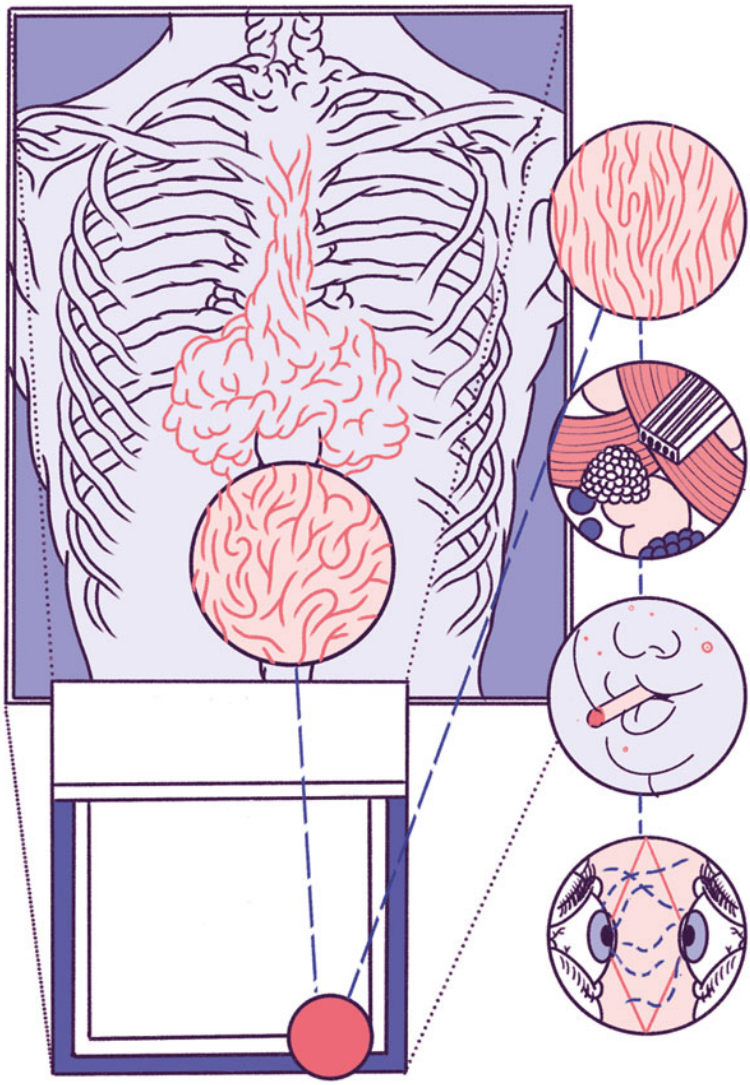
En parte estoy de acuerdo con ella pero no quiero que les coja manía por si acabamos llevándonos bien, porque pese a los momentos de quebradura mental aún no he perdido del todo la ilusión, aún creo que podría salvarme de este mal comienzo en el instituto, y si en algún momento vinieran a casa y mi madre les echara en cara este día sería perjudicial y muy bochornoso. Es fácil para ella, que no tiene ni idea de lo que es un instituto, hacerles la cruz. No sabe que no tengo muchas más opciones, que sin este pequeño resquicio de esperanza no me queda nada, que el escenario es tan desolador para mí cada mañana y cada tarde. Me empuja a menudo a salir de casa, a pasármelo bien, lo que yo más quiero, ¿pero cómo, con quién? Siempre saca el concepto de aventura. Que necesito compañeros de aventuras, como si estuviésemos en una novela de pequeños detectives. Pobrecita.

—Me parece una poca vergüenza que no hayan venido, te lo digo de verdad, ¿eh? —insiste molesta. Sigo sin contestar y me quedo pensando en lo que significa esa expresión, no tener vergüenza. Es cierto que tienen poca, ¿qué sentido tiene hacer las cosas por vergüenza? Hacen lo que les va dando la gana y ya está. No sé hasta qué punto se puede culpar a alguien por eso, al menos en términos de vergüenza. No me

gustaría que aparecieran por vergüenza. Creo que ella se refiere a que no tienen palabra, a que no tienen capacidad de compromiso. Quién tiene de eso a los trece años, no se les puede exigir. Que vengan o no sólo depende de que les apetezca, es una cuestión muy sincera. O les caigo bien o no.

—Pero te digo una cosa también, que ellos se lo pierden.

Resoplo. Ellos no se pierden nada, me lo pierdo yo aquí en casa esperando tres horas con las costillas doloridas de clavarme el quicio que es más alto de lo normal porque la ventana es muy pequeña y yo no he crecido todo lo que debería, me lo pierdo yo dando vueltas por la casa con la cabeza medio ida, ellos no se pierden nada, ellos se han dado su paseo y han cotilleado, han jugado a cosas con picardía, se han comprado la merienda y unos cigarros sueltos en el kiosco que hay camino al instituto donde está el kiosquero viejo que les hace la vista gorda, han comido chuches y bollería, patatas, Huesitos, refrescos, han fumado y han mascado chicle y se han contado historias mirándose a los ojos, se han dado collejas, han corrido, han saltado y se han sentado en poyetes estratégicos mientras yo iba de la cocina a mi cuarto y de ahí al de mi madre a mirarme en el espejo y asomarme a la ventana hasta hacerme daño y vuelta a empezar. No les ha apetecido, no les caigo lo bastante bien. No hay más. No digo nada y desaparezco de nuevo en el pasillo a hacer mis últimas rondas de vigilancia con la puesta de sol. La luz ya no es la misma, y diría que son las siete pero no, a las siete parecía que eran las seis y estaba comiéndome el bocadillo a dentelladas sin motivo, son ya más de las ocho por culpa del puto cambio de hora que me hace perder los nervios cada año, que de repente el tiempo está todo chorreado y no hay quien lo entienda, dirías que está empezando la tarde y ya mismo se acaba, y hay que desayunar en penumbra con el miedo que da que un día la vecina de quince años se va a descalabrar pegándose cabezazos contra la pared con tal de perder la conciencia y quedarse tranquila. Cómo la comprendo. Esta conversación tiene que terminar cuanto antes porque me está gastando la poca energía que he conseguido guardar.



—No es para tanto, mamá.

—Anda que no.

—No te pongas así.

—Bueno, vale.

Echa a andar hacia su cuarto, escucho cómo deja allí la mochila y vuelve con expresión pensativa.

—¿Pues sabes qué haría yo? —me dice con la cara cambiada, menos rabiosa y más positiva, iluminada.

—¿El qué?

—Yo me iría a buscarlos.

—Qué dices.

—Me habría ido ya, vamos.

—Anda ya, mamá.

—Que sí, y te encuentras con ellos por la calle y ya está, tampoco es tan grande el barrio, estarán siempre por los mismos sitios. Yo me he ido fijando por mi cuenta, ¿eh? Por si veía a tus amiguitos por ahí, para decirles algo, pero qué va.

Mis amiguitos. Menos mal que no ha visto a nadie, que mi madre se acercara a recordarles que estoy en casa esperando me habría arruinado la vida, la conozco y habría presionado hasta que la acompañaran hasta aquí intercambiando miradas crueles a sus espaldas. La conversación que habría tenido de camino con ellos no me la quiero ni imaginar. Mis amiguitos los llama, una gente que está bronceándose y fumando y restregándose en los portales. Menos mal, menos mal.

—No es tan fácil, mamá.

—Que no es tan grande el barrio.

—Que no es grande el barrio dice, pero si pueden estar en ochocientos sitios, y a saber si cuando yo voy a un sitio donde han estado ya no están.

—No sé, yo lo haría.

—Pero lo que harías tú no es lo que haría yo.

—Bueno, pues así por lo menos te das un paseo.

—Sí, para que justo cuando yo salga lleguen ellos, es que encima

tendría esa mala suerte. O imagínate que me los encuentro y no les da alegría, que me estaban evitando.

—Ay, qué feo, no digas eso, ¿tú de verdad crees que te podrían estar evitando queriendo?

—Pues claro.

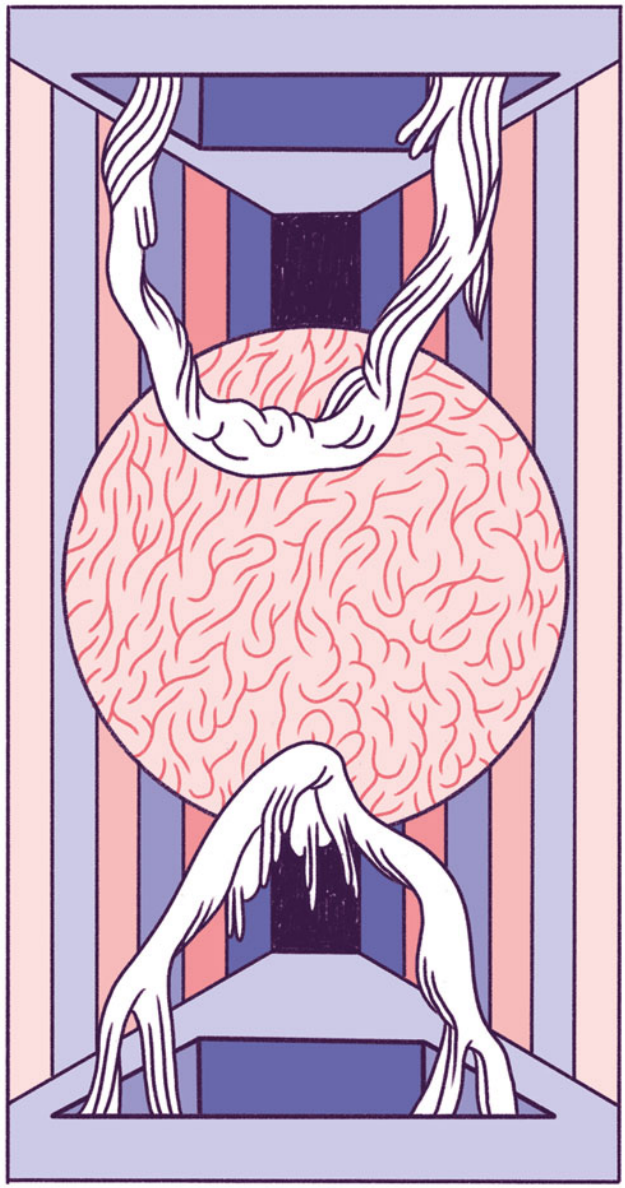
—¿Y entonces para qué han quedado contigo?

El dolor de las costillas castigadas se enciende con un latigazo abrasador.

—Déjalo ya, mamá.

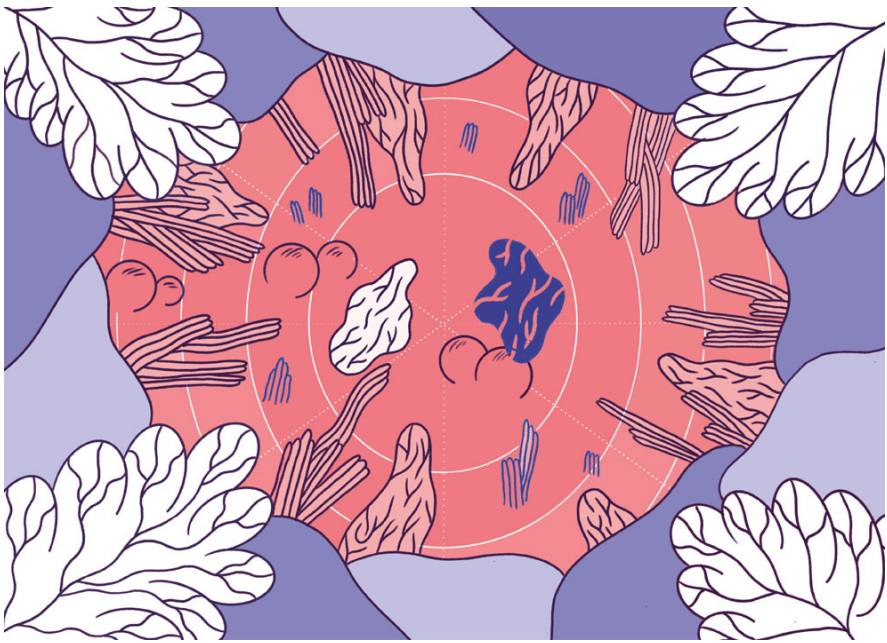
—Bueno, tú sabrás. Yo me voy a duchar que vengo asquerosa.

—Vale.



Se mete en el cuarto de baño y doy un par de pasos descoyuntados hacia lo hondo del pasillo. Por qué han quedado conmigo. Eso, por qué. La teoría del accidente o el imprevisto me parece absurda, la descarto por completo. Pero a estas alturas es evidente que no les interesaba mucho verme. Entro en mi habitación y me siento en la cama rellena de juguetes. Hundo la cabeza en las rodillas otra vez. Por qué han quedado conmigo. Cómo fue. La pregunta que hizo mi madre mientras comíamos macarrones era más oportuna de lo que parecía. Cuando dijo cómo habíamos quedado. No a qué hora ni dónde, sino cómo. No era a lo que ella se refería pero ahora me parece muy relevante. Me concentro en revivir la situación. Estábamos en el recreo, sentados en corro. Ocho personas. Antes de que llegaran todos Sheyla, la única que ha seguido siendo amigable conmigo, se había sentado junto a mí contra la pared. No es que los demás me sean hostiles, es que hacen como que no existo. Ella tenía el pelo largo y suelto cayéndole por el torso hasta casi el ombligo por la inclinación de la espalda. Quería que le firmara en la carpeta. En ella se da una mezcla muy dispar de características infantiles y adultas. Le gustan las pegatinas de marcas de ropa y de motos, coleccionar dedicatorias en las cartulinas de la carpeta archivadora, tiene novio y dice que los fines de semana va a una discoteca con él en la que la dejan entrar sin problema. Explica que se pone tacones y plataformas gordas y shorts negros de cuero falso y se pinta mucho y luego va con él en su moto a una arboleda, una especie de picadero, y se tocan el uno al otro. Es una palabra que conocí hace poco, «picadero». La entendí por el contexto mientras ella hablaba de sus hazañas después de Navidad. La oí desde mi mesa mientras se lo contaba a otra gente. Es curioso que aun teniendo las anécdotas más extremas sea la única que no me hace el vacío. A mí no me cuenta esas cosas pero seguimos hablando de vez en cuando. Mientras yo escribía tratando de currármelo mucho, de hacer algo bonito pero también divertido que incluyera un par de dibujos para ver si se acordaba de que un día tuve virtudes apreciadas y algo me queda, el resto de la pandilla pasó por ahí. Se acercaron por ella y se sentaron. No se sentaron por mí, eso seguro. Tal vez si Sheyla se hubiera levantado a

saludar en vez de permanecer a mi lado porque tenía su carpeta sobre las rodillas habrían desaparecido como una bandada de pájaros. Me habría dolido pero no me hubiera extrañado.

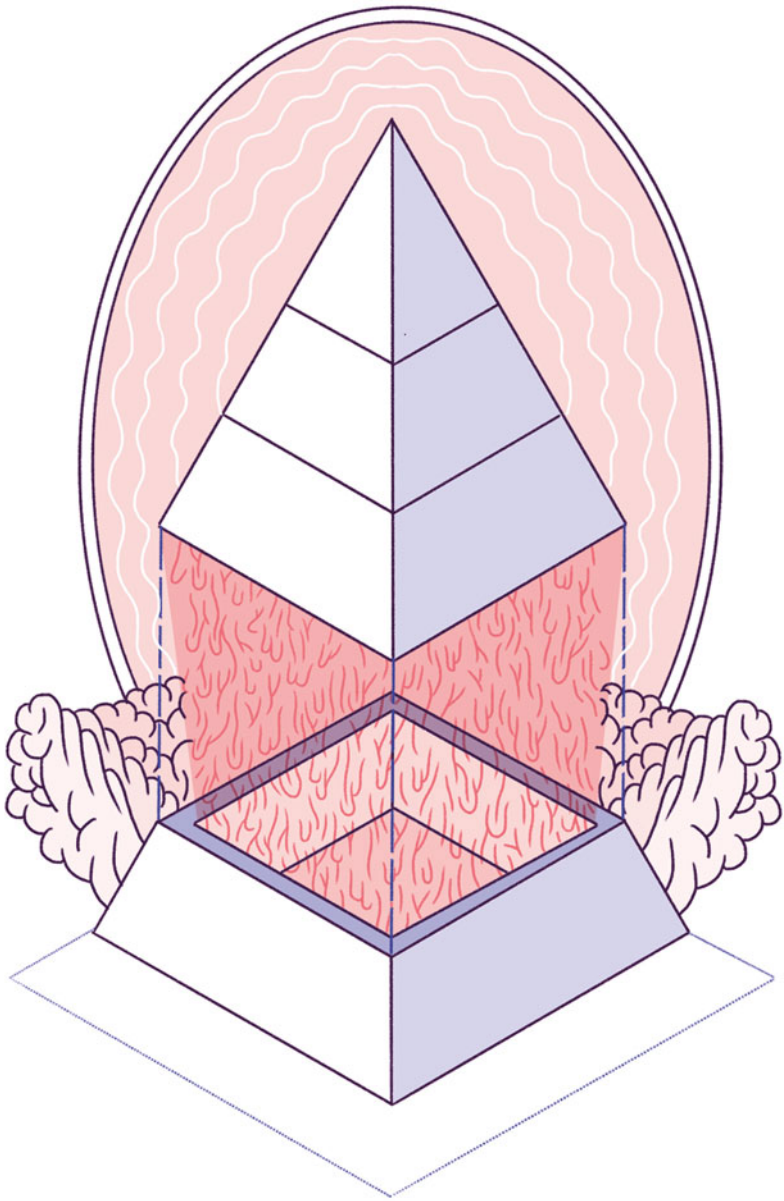


El caso es que me vi allí con la gente alrededor, como si nada, y me sentí en un paraíso perdido que se iba poniendo mejor y mejor. Nunca fue un paraíso cómodo del todo pero por contraste me parecía que su compañía brillaba más que nunca. Hablaban de asuntos normales. Problemas con profesores pintorescos, exámenes fáciles y difíciles, comentarios sobre hermanos mayores, sobre ropa, sobre las zapatillas nuevas de alguien que habían sido muy caras, sobre una canción que me suena de que las niñas la canten en corro dando palmas. Yo no decía nada pero hacía contacto visual y me reía y asentía mostrando comprensión mientras terminaba de dibujar una moto para Sheyla, la actividad ideal para integrarme de forma discreta. Ella me miraba las manos de vez en cuando y su rostro era amable. Es guapísima Sheyla, siempre lo fue pero su belleza no deja de pronunciarse. Ha echado mucho pecho y lleva sujetadores de mayor, como de encaje, que cuando empieza a hacer calor le asoman por encima de la camiseta de

tirantes. Su cuerpo es largo y delgado y su cara ancha conserva la bondad del pasado. Los rasgos de los demás se han afilado. Agustín está muy moreno, siempre va en chándal y donde solía ser un chico inquieto y divertido ahora se ha vuelto impulsivo y cruel. El curso pasado salió con Sheyla unas semanas y después cortaron. Fue ella quien rompió la relación, dijo que lo encontraba inmaduro. Con el novio actual, que al parecer tiene diecisiete años y trabaja en un taller de mecánica aunque nadie lo conoce, dice entenderse mucho mejor. A Cristina le han crecido unas tetas más grandes todavía, es repetidora y es la que parece mayor de todos porque además es cierto que lo es. A ella la hemos conocido este año con el cambio de centro, viene de otro colegio. Odia estudiar y dice mucho que su sueño es dejar el instituto para ponerse a trabajar limpiando escaleras que es lo que mejor se le da, ser libre, cobrar su propio sueldo por pequeño que sea y no tener que coger más un libro en su vida. Tiene la cara pecosa y el pelo rizado y me la imagino perfectamente con cuarenta años, como si su voz medio afónica de tanto cantar en corro hablara desde el futuro. Mercedes siempre fue callada y aunque lo sigue siendo ha sabido adaptarse bien a su modo a los nuevos tiempos. Habla poco pero dice lo correcto y, aunque es muy blanca y eso no esté bien visto, enseña el ombligo a menudo y creo que lo compensa por ahí. Lo de Jonathan se me escapa porque es bastante bajito pero nunca le ha supuesto un impedimento para su capacidad de liderazgo, para salir con chicas que le sacan dos cabezas y todo eso. Es rápido e ingenioso, buenísimo en Educación Física y tiene un tupé teñido de rubio que por lo que se ve resulta muy seductor. Con él lo encuentro especialmente difícil para encajar, llegó nuevo el año pasado a mi colegio anterior e identifico su figura con la inauguración de los malos tiempos. De repente las niñas se pasaban las tardes tratando de robar pintaúñas y un día hubo un altercado bastante gordo en el barrio cuando en la frutería que nos cogía de camino al colegio se dejaron la persiana metálica mal cerrada. Varios niños se colaron al atardecer e hicieron un montón de destrozos. A mí aquello me partió el corazón porque la frutera solía regalarnos piezas de fruta al pasar por su lado por las mañanas, dulce y generosa. Ella no sabía

que la mitad de aquellas manzanas y melocotones acababan estrellados contra el suelo y que incluso se usaban para bombardear a los marginados, pero de ahí a que le machacaran la mercancía hay un trecho grande y feo. Se habló mucho de aquello pero a nadie parecía dolerle tanto como a mí. Por la frutera simpática que cada día perdía dinero tratando de ayudar a que nos alimentásemos mejor. Se solían reír de ella a sus espaldas, la consideraban una pringada. Putos ingratos. Agustín y Jonathan, con los que una vez yo había jugado al escondite y a las cartas, estaban entre los malhechores. No se me puede olvidar que, por mucho que tenga ganas de encajar, esa es la clase de gente con la que he quedado esta tarde. Los otros dos son Bea y Antonio Jesús, unos mellizos que se han desmelenado también un poco pero no tanto. Solíamos ver películas mientras merendábamos en su salón y en el mío y una vez hasta hicimos una fiesta de pijamas porque nuestros padres se llevaban bien. Ellos fueron los que esta mañana sacaron el tema de dar una vuelta. Yo esperé a que se perfilaran los planes. A todos les cuadraba. Incluso Mercedes, que suele tener una profesora particular, hoy estaba libre. Entonces yo dije que también podía, que a las cinco y media me venía bien, y di por hecho que la cita estaba configurada y contuve el entusiasmo para no dar la nota pero la realidad es que nadie contestó, nadie contestó, miré a Sheyla y ella me sonrió con lo que me pareció que era ternura y complicidad y me emocioné porque Sheyla me gusta un poco pero tal vez no fue nada de eso y lo que había en sus ojos fruncidos era pena, pena pura y doliente porque a ella tampoco le hizo gracia el episodio de la frutería y puso una cara similar cuando se enteró, desencantada y silenciosa, sufriendo con elegancia sin decir nada que pudiera comprometer su bienestar, su lugar privilegiado en la pirámide, así que yo le estaba dando pena porque mis palabras le parecían quizá inocentes, desgraciadas, y sabía desde el principio que me iba a quedar toda esta tarde sufriendo en la ventana, porque ella los conoce a fondo y era consciente de que ni de coña iba a ocurrir que vinieran a por mí a las cinco y media pero nadie tenía la valentía suficiente para decírmelo a la cara. Cómo decir algo así a la cara, no es fácil, claro. ¿Qué hubieran dicho? No, mira, por tu

casa no vamos a pasar pero ya mañana te daremos alguna excusa y a ver si poco a poco vas entendiendo cuál es tu lugar, tu lugar está en lo más bajo, entérate y deja de molestar, quítate de en medio, deja de agobiarnos con tus miradas de cordero cuando pasamos por delante, búscate otra gente, otro sitio, no es que nos caigas mal, es que ya estamos en el instituto y tú parece que no lo entiendes, no te adaptas, te pones esa ropa a medio camino y no hay forma de que te entre una buena gripe y pegues el estirón ni de que te pongas al día de otra manera, hay muchas maneras, ¿sabes? Mira a Mercedes, que se queda callada y seria y no le hace falta fumar ni suspender ni broncearse para estar en su sitio, mira a Jonathan, que es más bajito que tú y es uno de los más populares de todas partes, mira a Bea y Antonio Jesús que están engordando a la par desde el verano y no dan problema. Si nos juntamos contigo nuestra calidad de vida baja, no tenemos cómo defenderte, tienes la cama rellena de juguetes y se te nota, estamos luchando por nuestra integridad, ¿qué te crees, que nosotros no sufrimos, que no nos preocupamos? Necesitamos seguridad, intentar que no nos coman, tú deberías saber mejor que nadie que a tu manera las cosas van mal, que no se está bien en tu posición, no te lo tomes como algo personal.



Mi madre cierra el grifo de la ducha y pega un suspiro de placer que me resulta odioso. Todavía no va a salir, tiene que secarse, ponerse cremas y todo eso. Echo a correr hacia su habitación, esquivo la cama de matrimonio y me abalanzo sobre la ventana clavándome el quicio contra las costillas de abajo de forma que el impacto suena con contundencia tanto dentro como fuera de mi cuerpo, y cuando tengo el borde incrustado en la línea ya definida de antes trato de sacar el cuerpo hacia fuera para que se me hunda lo más posible. Hago fuerza y me concentro en el dolor que cuanto más intenso más parece calmar mi espíritu machacado. Ha sido eso lo que ha ocurrido, ha sido eso y yo tenía tantas ganas de que fuera otra cosa que me he pasado todas estas horas masticando una ilusión estúpida. Nunca se plantearon venir, no me va a ir mejor a partir de ahora, no ha sido un comienzo difícil que vaya a terminar pronto, mi malestar no se va a estabilizar y no va a ir hacia arriba, me queda mucho por bajar todavía, me voy a hundir en la miseria a lo largo de muchos años de instituto, muchos muchos años, este horror no ha hecho más que empezar y me va a marcar de por vida, tal vez no se acabe nunca, tal vez nadie quiera volver a venir a buscarme ni darme un beso ni hacer nada de lo que hace ilusión. Todas las conclusiones trágicas que saqué en la cocina y que quise descartar hay que asumirlas. Estaba en lo cierto. Me perderé las risas, las bromas cómplices, los paseos, los juegos en la piscina, las manos agarradas por primera vez, las borracheras tontas que aparecen en las series juveniles, los bailes y por supuesto las citas, los acercamientos con taquicardias, las lenguas y los tocamientos y el dormir en una nube. Nada de eso me pasará a mí. Creceré de la casa al instituto y del instituto a la casa, siempre caminando por la sombra, esquivando a Agustín y a Jonathan y a Cristina, quejándome del cambio de hora y dándole vueltas al sinsentido del huso horario. El portal sigue vacío y ya no tengo miedo de mirarlo fijamente porque sé que nadie va a encontrarme aquí en actitud suplicante. Por mi portal pasarán vecinas, repartidores, fontaneros, y las visitas juveniles no serán para mí. Anochece ya y mi madre sale del baño oliendo a diez cosas buenas a la vez. Me retiro un poco para que no me encuentre con el cuerpo medio sacado al exterior

y se vuelva a asustar.

—¿Qué haces en la ventana?

—Nada.

—Pareces un alma en pena.

—Déjame ya, mamá, siempre dices lo mismo y me da coraje.

—Bueno. ¿Quieres sopita para cenar?

—Me da igual.

—A ver, es que van a ser las nueve y tendré que saber.

No me he dado la vuelta para mirarla pero la imagino con el pelo mojado y ropa cómoda de estar por casa, como siempre, concentrada en las labores cotidianas como si fueran lo más importante del mundo. Lo comprendo, es su mundo y tiene que seguir funcionando eficazmente, sin esos básicos la vida es pura miseria, esto le es ajeno, le parecen chiquilladas. Lo importante para ella es qué vamos a cenar esta noche, qué vamos a comer mañana, qué hay que comprar, qué pone cada día en el peso junto al bidet, si se me han quedado pequeños los vaqueros y hacen falta otros, cómo están de salud los abuelos, cosas así. No digo que sean asuntos menores, digo que es incapaz de comprender el valor de los que a mí me preocupan, sobre todo teniendo en cuenta que ella a mi edad tenía amigos, le pedían salir y a unos les decía que sí y a otros que no, y con los que sí salía a veces se cogía de la mano y bailaba y se reía y se besaba. Le parece que el mundo es sencillo, que las complicaciones me las invento yo. Según ella tenía que haber salido a buscar a la gente y acoplarme sin más. Qué vergüenza, soy yo quien acapara toda la vergüenza junta, tengo tanta vergüenza que lo que me apetece es mostrar dignidad y entereza, como si no me importara nada, es la mejor defensa que se me ocurre.

—Sopa está bien, mamá.

—¿Sí?

Me aparto de la ventana y me doy la vuelta para hablarle de cara mostrando seriedad y convicción, que pase de largo ya, la conversación no puede volver a empantanarse como antes, no podría soportarlo. Tengo que ser eficiente, escurrir el bulto. Su aspecto es justo el que esperaba.

—Sí, claro, de verdad. Sopita está bien.

—Vale, ¿con fideítos o con arroz? —Conoce de sobra la respuesta pero adora este protocolo infinito. No importa, si es lo que ella necesita para estar tranquila y no pegarme más la brasa se lo daré todas las veces que hagan falta.

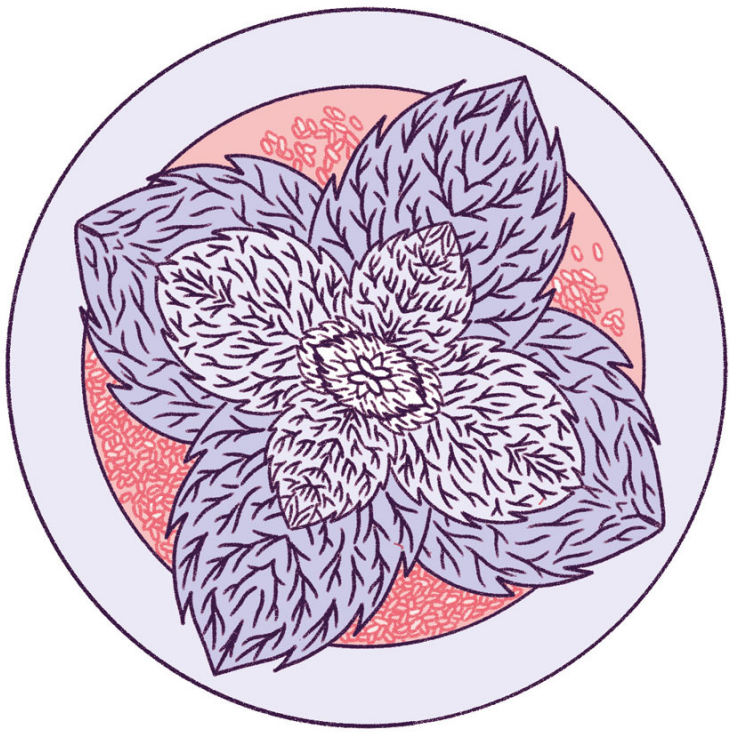
—Con arroz me gusta más.

—Ya me imaginaba. ¿Quieres que la hierva con un poquito de hierbabuena como hace la abuela que le da muy buen sabor?

—Vale, sí.

—Pues nada, en un ratito está marchando y a las diez comemos, ¿te parece?

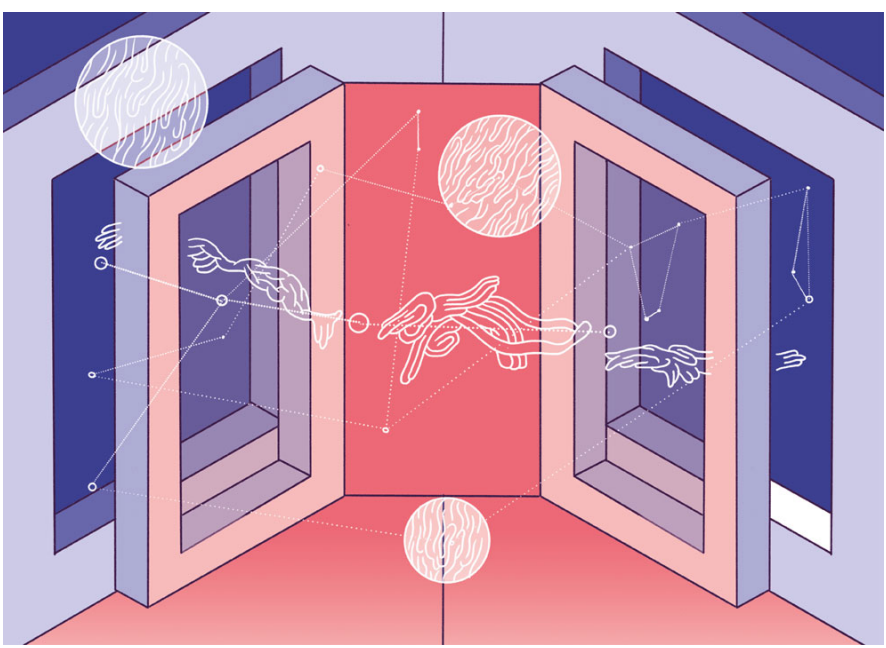
—Sí.



Se aleja por el pasillo tranquila. Tiene que estar muy satisfecha después de semejante repertorio de diminutivos. Cuando la escucho desplomarse en el sofá con otro suspiro y encender la tele me acerco

despacio al espejo de su armario. Tampoco le muestro al reflejo mi verdadera cara porque no quiero verla, mi verdadera cara está por dentro y tiene ganas de llorar y de romper cosas pero sé que no serviría de nada ponerse así, esto es algo que tengo que engullir y punto, como cuando se te queda una espina de pescado en la garganta y te tragas una bola de miga de pan para que se hunda y deje de molestar. Es algo que te ha pasado, se digiere y se sigue viviendo como se pueda. Mi cara inerte me convence de que puedo con ello. La mandíbula encajada parece palpitar porque bajo la quietud estoy rechinando los dientes. A un metro de mi propia imagen, como si fuese algo que no he ordenado yo sino una fuerza extraña que vive en mí y que acaba de tomar las riendas de mi ser mientras en el salón suenan las noticias a toda pastilla, cojo con las dos manos el borde inferior de la camiseta negra de manga larga que tanto me esforcé en elegir. Mis dedos se mueven ligeros y pausados y levantan el tejido con delicadeza. Aprecio los huesos de las caderas que me parecen bonitos y en los que nadie se fija, con la piel tersa y blancuzca. Después el ombligo, que siempre me pareció un agujero demasiado abierto y despejado, obsceno, sin encanto alguno. No se me llegó a hinchar la barriga pero no tuve oportunidad de celebrarlo. Las manos levantan unos centímetros más la camiseta, respiro hondo y al hincharse los pulmones asoman mis costillas inferiores. Mantengo el aire dentro, inmóvil, y la imagen me golpea. Trago saliva. El dibujo del quicio de la ventana se distingue a lo largo de una línea rojiza y apaleada que hacia la derecha se vuelve morada en el punto más sobresaliente del hueso, donde con más fuerza me lo he clavado al girar el cuerpo porque el portal queda un poco a la izquierda. En los bolsillos de los pantalones se aprecian los bultos de las monedas y las llaves, calientes de llevar tanto rato en contacto conmigo. Suelto el aire. Ya es prácticamente de noche y la luz de la habitación sigue apagada. El pasillo también está oscuro. Me gusta más el espejo ahora porque me devuelve una estampa quieta en penumbra. Incluso el colorido de los cardenales que me he hecho parece más bonito. Tal vez mañana o pasado se hayan vuelto morados, como el punto más castigado, y se acaben poniendo verdosos y luego

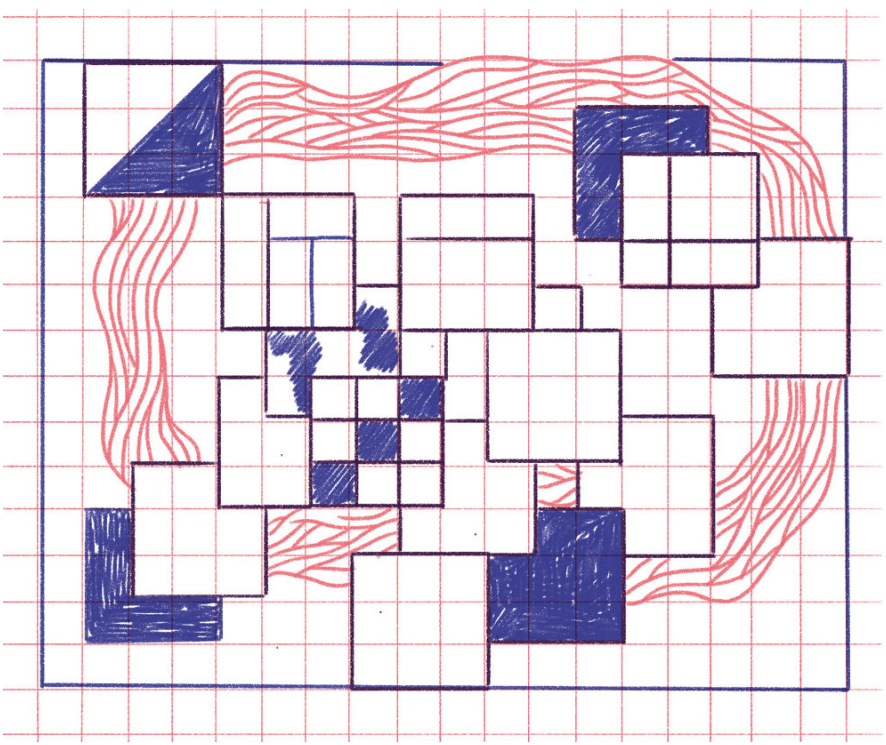
amarillentos y se vayan sin que nadie los vea como una constelación en la que nunca llegó a brotar la vida. Hace varios años que sólo se me ve la carne algunos días de verano en que vamos a la playa o a la piscina de mi tío y ni siquiera entonces, cuando resulta tan apropiado y alrededor sólo hay familiares o desconocidos, soy capaz de olvidarme de que no me gusta enseñarla. Suelto la camiseta con una mano pero mantengo el tejido alzado estirando un poco más con la otra. Me paso los dedos por encima de la línea rojiza en la parte izquierda y violácea en la derecha. Aprieto en la zona más magullada. Duele y sin querer acompaño la punzada de dolor con un pestañeo que de algún modo me resulta atractivo cuando lo vislumbro de refilón en el espejo. Me asalta un inesperado atisbo de amor propio. No le gusto a nadie en el mundo pero me inspiro una profunda simpatía privada en este momento. Me han hecho daño, no sólo un daño emocional sino que tiene una manifestación visible aunque sea mi responsabilidad por abalanzarme así contra la ventana, ni que me hubieran empujado, y yo afronto la situación de cara y la soporto sin más a medida que la habitación se va poniendo oscura, y encuentro en ella una belleza solitaria que nadie podrá arrebatarme jamás.



De qué me quejo de todas formas, como si no hubiera hecho yo cosas parecidas sin darle apenas importancia, siendo capaz de justificar mis actos con una sencillez que caía por su propio peso. Hace menos de un año que unos vecinos mellizos me invitaron a su casa y tal vez esperaban que aquello fraguara una próspera amistad. Tenían una habitación impoluta y vacía y estaban sedientos de amor. A los pobres les había tocado una de esas madres maniáticas del orden y la limpieza. Compartían un cuarto con dos camitas y un armario blanco muy relamido. En las paredes aún tenían angelitos de la guarda bordados en punto de cruz. Qué horror las habitaciones vacías con las camas sin una arruga, sin una mota de polvo en los estantes, sin libros ni juguetes ni trastos de ningún tipo, con esa decoración mortecina elegida por abuelos mojigatos. Su imaginación estaba cortada de cuajo en favor de la pulcritud. Eran un año menores que yo pero parecían mucho más pequeños. No era su culpa. Eso es lo que me pasa a mí. En muchos aspectos sigo siendo más infantil que el resto de la gente de mi edad. No me queda otra que aceptarlo, que perdonar a los que hoy me han dado plantón sin más. También lo intenté con aquella chica de la clase de al lado que era muy talentosa, dibujaba mejor que yo y sacaba sobresalientes, pero era muy aburrida. No puedo actuar como si no hubiera dado nunca unas largas. Todo el mundo tiene sus motivaciones para no aparecer. Las mías no tienen que ver con el éxito social pero eso no significa que sean mejores. A veces quedas con alguien y estás medio bien pero cuando vuelves a tu casa te parece que no tiene sentido volver a pasar por ahí. Me fui del lado de los mellizos y de la chica talentosa con pena por si querían repetir y yo no, pero no podía hacer nada por remediarlo. No les debía nada. ¿Acaso me deben algo a mí porque una vez nos llevamos bien en el colegio, porque compartimos algunas jornadas de ocio en un tiempo lejano? ¿La gente puede acercarse y alejarse cuando quiera? Supongo que depende de cómo de estrecho sea el vínculo previo, y en general avisar atenúa mucho el daño. Me hubiera conformado con que me avisaran pero en el fondo no me deben nada a mí tampoco. Por mucho que hubiéramos

quedado, que un día jugáramos al escondite, al coger y a las casitas. ¿Qué habría hecho en su lugar, si hubiera dejado de compartir intereses con ellos? No sé si lo hubiera hecho así, yo he abandonado a gente con la que no tenía grandes cosas construidas, pero el tamaño de las cosas no lo puede definir nadie. Quién sabe si he hecho más daño todavía por mi cuenta, si un día querré desaparecer sin más de alguna situación, si escurriré bultos de mala manera y alguien llorará mi falta de interés. Las relaciones humanas son muy complicadas, están llenas de riesgos. Es muy fácil que alguien salga herido y muy difícil que surjan momentos de plenitud.

Me alejo del espejo y me dirijo a mi habitación. Me siento en la cama y miro a mi alrededor. Mi madre a veces me pide que recoja los chismes pero no insiste demasiado y me deja acumular lo que me gusta casi sin control. Tengo suerte, siempre he tenido suerte.



Abro un cajón del escritorio y saco un cuaderno de cuadritos en el que entre quinto y sexto me gustó dibujar y colorear grandes

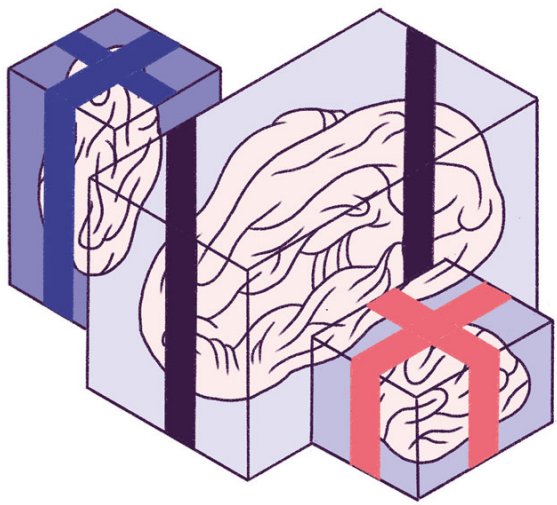
composiciones geométricas. Las hojeo. No me parece que tengan mucha gracia pero echaba buenos ratos con ellas. Paso las páginas hasta llegar al punto en que perdí la motivación. Escojo un Bic clásico, uno de los transparentes con capuchón azul y una bolita en la punta, de una lata de Los Picapiedra que me gustaba mucho hace seis o siete años, y lo sostengo fuerte en la mano. Me vuelvo a sentar en la cama con el cuaderno sobre las rodillas. Dibujo tres recuadros a toda prisa y empiezo a esbozar líneas en el interior del primero apretando muy poco, dejando un rastro de tinta tenue, sin pensar apenas lo que estoy haciendo, regocijándome en mi capacidad de trazar filigranas. Aprecio que me empujaran a experimentar con esta destreza en preescolar, entonces no lo valoraba, nunca lo había valorado más que como habilidad proveedora de entretenimiento y de cierta ventaja social venida a menos, lo consideraba un básico cualquiera como sumar y restar y colorear sin salirse de la raya, pero ahora mi pecho palpita de gratitud. Los cursos de Plástica han sido bastante básicos y había perdido el rumbo entre el tedio y la obsesión por dibujar cosas que gustaran a los demás. Quién quiere dibujar motos, yo detesto las motos. Se me había escurrido el interés por hacer lo que a mí me diera la gana.

Trazo una melena parecida a la de Sheyla con la muñeca suelta, sin buscar perfecciones, y desarrollo su movimiento a través de los recuadros. Pinto más recuadros para que su camino continúe. No es un diario, tampoco una improvisación absurda. Es una historia con sentido que brota por sí sola no sé muy bien de dónde. Yo sólo soy un instrumento, un canal. El boli se mueve solo y me distrae con su velocidad de crucero invitándome a participar, y me doy cuenta de que eso es posible, de que puedo darle ideas y serán escuchadas atentamente. No es el más virtuoso pero me gusta mi trazo, este trazo es mi verdadera cara, la que no le enseño ni al espejo en penumbra, y es bonita, ágil, me inspira orgullo. Puedo hacer lo que quiera con ella. Me invento una pandilla. Primero son tres pero luego siento la necesidad de que sean cinco y qué me lo impide, modifico las viñetas a mi gusto con total libertad. Me tomo mi tiempo y se me concede. El boli torpe y simpático obedece y de alguna forma parece encantado de

colaborar conmigo en algo. Sin duda está de mi parte. Nadie me espera, nadie me juzga. Cuando me asaltan dudas sobre técnica hago pruebas en el margen de la página hasta que alguna variable me convence y sigo con la total seguridad de que he escogido la correcta. No importa si me he equivocado, no son deberes, nadie me va a examinar. La idea de seguir con los deberes sin hacer a estas horas me arranca una pequeña convulsión de risa del pecho. No me preocupa, me apañaré como sea, y si tengo que suspender Matemáticas suspenderé Matemáticas y si las consecuencias son nefastas me encerraré en esta habitación y sujetaré este boli que de repente es el mejor amigo que he tenido nunca y sobreviviremos juntos. Señalo las líneas que me han generado dudas para seguir probando más tarde sin pudor. No quiero que haya errores pero tampoco quiero interrumpir la labor. No quiero levantarme, fijar la vista en otro lugar. Es cómodo este sitio, mientras el boli se desliza puedo mantener a flote varias capas simultáneas de pensamiento que acaparan toda mi atención. Mi ritmo cardiaco es el adecuado, cierta sensación de aventura, ese concepto maldito del que ya no reniego, mantiene mi interés al máximo, y el dolor de costillas resulta ser una fuente de energía de primera calidad de la que el boli se nutre, como si estuviera extrayendo de ahí la tinta azul a través de un conducto invisible. Lo pasaré a limpio luego si me apetece, sólo si me apetece.

Tal vez me dé curiosidad no ser consciente de lo que he trazado. Ya no sé ni lo que había en las primeras líneas, cada viñeta es una montaña rusa. Las páginas sin usar del cuaderno de cuadritos y el boli parecen un regalo de verdad gratuito, como solían serlo los de los Reyes Magos cuando me creía el cuento. Ahora sé que mis regalos le cuestan dinero a mi madre y me siento culpable por el gasto, intento hacer como que todo me gusta y me alegra para que no le parezca que alguna vez ha fracasado, trato de compensárselo ahorrando para comprarle pequeñas cosas en sus fechas señaladas. Cuando tenías cinco años y los Reyes Magos venían no había nada que lamentar, ningún favor que devolver, el milagro era perfecto. El punto álgido de la situación llegó cuando tenía siete y mi madre me conocía lo bastante

como para acertar del todo. Abría los envoltorios, dentro estaban las cosas que yo quería y además aún pensaba que procedían de una especie de más allá que le daba sentido a mi vida. Me portaba bien y había recompensas tangibles. Es la única religión que he conocido.



Llega el primer olor a hierbabuena porque mi madre está preparando ya la cena y el aroma hace juego con el culito del boli. Con los Bics azules siempre pasa lo mismo, son muy atractivos pero manchan mucho. Me gustan de todas formas, deslizarlos es placentero. El olor me trae la sensación de mis primeros recuerdos y me hace sentir que lo que estoy haciendo es algo familiar, algo que me corresponde, como el sabor de los trozos de patata cruda que me gustaba robar del escurridor cuando apenas sabía hablar, como la textura de los vestidos que se ponía mi madre antes de dar su belleza por perdida. Me empuja a seguir sin pensar. A la realidad le doy demasiadas vueltas, no actúo con seguridad, pienso tanto lo que hacer y lo que decir cuando hay público que si tomo decisiones lo hago sin convicción, sin ganas, ahogándome en la idea de que me están viendo y me van a poner nota y eso traerá consecuencias, pero en este momento, tal vez por la ausencia total de otras personas, apenas me planteo nada, mis deseos más puros se

plasman de forma concreta y contundente sobre el papel sin atisbo de duda. La posibilidad de dudar a mi antojo es justo lo que me llena de confianza. Quiero que este personaje sea así, este asá, que lleven tal ropa y tengan tal voz, que estos dos estén enamorados, que les vaya bien y ahora mal, que haya un misterio que resolver, un enemigo común, un monstruo, un escenario idílico y uno terrorífico, un desencuentro y un reencuentro que aunque no haya plasmado aún ya se configura en mi cabeza en una de las capas mentales que se comunican entre sí. Sé que se considera un formato ridículo, más ridículo aún que memorizar con gusto esquemas anatómicos y nombres de cordilleras. Tal vez es mi naturaleza. Tal vez no sea ridículo y todos estén equivocados crucificando las actividades que me interesan, tal vez esté yo haciendo lo correcto. Da igual. Cuánto hace que algo no me da igual.

Trago saliva, levanto la cabeza, muerdo el capuchón y repaso las líneas principales. No quiero que la cena esté lista pronto para seguir en este sitio, no quiero que el teléfono suene y sea Sheyla para contarme lo que ha pasado, no quiero sus excusas cuando nos crucemos mañana en el instituto, por nada del mundo quiero que vengan ya a buscarme. Quiero cenar rápido para volver a mi cuarto y centrarme en esta dimensión por construir, inventarme una Sheyla que tenga lo bueno de Sheyla y lo que le falta a la auténtica para gustarme más, ver cómo la tinta saturada se sigue deslizando sin vergüenza sólo para mis ojos, quedarme hasta que me venza el sueño sin pensar más en la ventana clavada en medio del cuerpo, ponerme los auriculares, estar lejísimos, no depender de nadie, sentir que los colores que atraviesan mis costillas suponen una gasolinera inagotable capaz de alimentar este boli tan jugoso y todos los que pienso gastar cuando se acabe, los lápices Staedtler, los rotuladores Carioca, los pinceles baratos. Los moretones se habrán desvanecido en pocas semanas pero se ha abierto un pozo que no se secará cuando la palidez de mi piel quede restaurada, la energía seguirá brotando para siempre y si siento que escasea sólo tendré que buscar con los dedos el fantasma de la línea que hoy se ha trazado para reactivar su inmenso potencial.

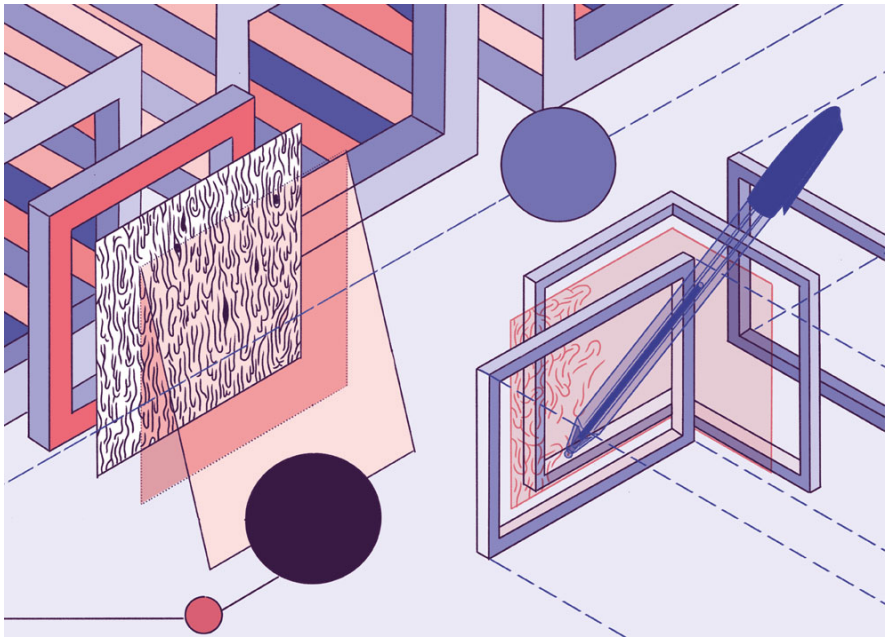
—¡A lavarse las manos, a poner la mesa, a comeeeer! —grita mi madre desde la cocina. Suelto el aire de los pulmones, cierro el cuaderno con el boli dentro, lo dejo debajo de la almohada y corro al cuarto de baño. Me lavo rápidamente, incapaz de contener la emoción al hacer contacto visual con mis propias pupilas gruesas y brillantes. Identifico la sudadera amarrada con atención minuciosa alrededor del pantalón y de repente la odio a ella y todo lo que significa, la desato, la arrojo al aire, la atrapo al vuelo, la lanzo encima de mi cama al pasar junto a la habitación en la que el cuaderno me espera, corro en busca del mantel deslizando los pies por el suelo como si patinara. Ubico lo necesario sobre la mesa y si me cruzo con mi madre disimulo el extraño entusiasmo que me inunda y que no sé bien de dónde viene pero quiero mantenerlo en secreto para que no se apague. Es un secreto, un truco. Tal vez me traiga nuevas penas, nuevos tormentos, tal vez se rían de mí si alguien se entera de que me invento historias y las cuento en viñetas, pero de algún lado parte una sensación muy profunda de seguridad, de protección. No tengo a nadie a quien contárselo y un dato de esa calaña que ayer mismo podía parecerme oscuro esta noche me anima hasta el punto de que antes tenía que ocultar mi profundo descontento y ahora lo que tengo que ocultarle a mi madre es una curiosa fiebre semejante a un enamoramiento, o al menos eso me imagino por las películas que he visto. Me siento a cenar y escucho sus historias sobre el gimnasio y algo que le pasó esta mañana en la panadería tratando de reconfortarla, de reírle las gracias y de que pase todo rápido.

La sopa está buenísima, preparada a conciencia para complacerme por lo de tratar de que sea feliz para verse realizada como persona, y eso también sé que no pasa en todas las casas. Saca el tema del plantón de esta tarde, dolorida porque no quiere que sufra, mis costillas palpitan y me asalta un torbellino de imágenes y sonidos. La cara condescendiente de Sheyla esta mañana, el portal despejado por el que nunca llegó a pasar, el timbre que escuché en el piso de al lado, la vecina quinceañera con ataques de pánico, la del edificio de enfrente que lleva esa vida buena de la que tan poco sé en realidad. Le digo que no se preocupe, le repito que no es para tanto, y ella parece escéptica.

Fantasea con que mañana me pidan perdón. No va a pasar. Ahora mismo me parece más creíble que se burlen de mí por haberme quedado esperando. Es verdad que he sufrido, es verdad que me esperan años malos, peores incluso de lo que ella es capaz de imaginar porque correrán en un sentido que le es ajeno, es verdad que mis esperanzas se han esfumado, que a partir de hoy me voy a fijar en cómo huelo además de en cómo evolucionan mis granos y mis huesos, todo eso es verdad, pero no sé cómo mientras ella se duchaba ese drama se ha transformado en otra cosa.

Rebaño el plato con gusto y recogemos la mesa. Le doy un beso. Vuelvo a mi habitación. Tenía que haberme pasado la tarde aquí con los auriculares puestos sabiendo que no iban a venir, que me habían incluido en el plan por compromiso. Fantaseo con la posibilidad de que les hubiera cogido mi casa de camino a alguna parte y Sheyla hubiera sugerido que, ya que estaban aquí abajo, llamaran a mi porterillo. Que coincidiera con que mi madre estaba en el gimnasio y yo con la música sin enterarme. No responder. Es una idea tonta e inútil pero me hace sentir que la fortuna vuelve a estar de mi parte, como cuando en esta misma habitación los juguetes se esparcían por el suelo sin que nadie viniese a reñir. Tengo todo lo que necesito. No soy feliz ni lo seré nunca durante más de unos minutos o unos días si la cosa se pone espléndida. Le diré a mi madre que sí lo soy mientras vea que no puede soportar otra respuesta y si eso cambia hablaremos de ello igual que de cualquier otro asunto. Esta tarde me han arrastrado por una tubería sucia, estrecha y oscura que desemboca en mi propio cuarto, y aunque a las cinco esa posibilidad me parecía aterradora ahora resulta cómoda, propia, la única con sentido de verdad. Me quito los zapatos y la ropa. Esnifo la camiseta por la parte del sobaco y ya no huele a limones, de hecho ni siquiera reconozco el olor de mi cuerpo. De tantos nervios me han mutado los sobacos y han soltado un líquido espeso parecido a un sofrito quemado que no creo que esté relacionado con pegar ningún tipo de estirón. Me los volveré a lavar por la mañana porque esto no hay quien lo aguante, pero ahora me pongo el pijama encima sin más y soy capaz de encontrarlo hasta gracioso. Coloco la mano encima del

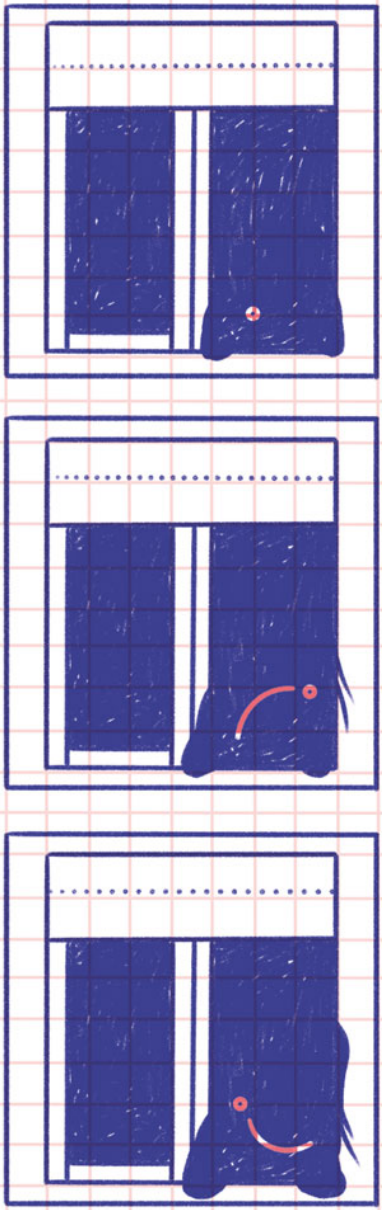
cuaderno de cuadritos y el boli indicándoles que vuelvo enseguida, que nuestro romance no ha hecho más que empezar y va para largo.



La tele está altísima en el salón, mi madre se ríe con la imitación de algún humorista como una niña y esos sonidos alegres encubren mis pasos descalzos hacia su habitación por última vez en el día. Tengo el antojo de ir y regocijarme en que mi actitud es distinta en ese mismo sitio. En el reloj dice que son casi las once menos cuarto. Significa que me quedan dos horas hasta que llegue el momento en que normalmente me duermo, y eso me satisface porque es un buen rato que va a cundir. Mi propia compañía, un nuevo lujo barato y accesible. Mañana no pediré explicaciones, no saludaré a nadie esperando que esa breve conversación me salve el resto del curso y a poder ser la adolescencia entera que aún no ha empezado, y es muy posible que una vez allí no me salga llevar a cabo ninguno de los puntos de este plan pero me tranquiliza pensar que las costillas seguirán siendo mías cada vez que fracase y vuelva a la madriguera a continuar con mi verdadera vida de grafito y tinta en otro millón de dimensiones diferentes.

Me asomo a la ventana como una marioneta, las costillas rozando el

quicio con cariño, con el pecho vaciado de la angustia que me electrizó hasta casi las nueve. Coloco los codos en el poyete y la cabeza sobre las manos. El portal sigue desierto y fresco. La vecina del terror nocturno estará pasando momentos de tensión e imaginarla me conmueve y me divierte porque toda la información recibida se ha vuelto interesante. La de enfrente, mi personaje favorito en los alrededores, tiene la luz apagada y parece no estar en su cuarto pero cuando me fijo por tercera vez me doy cuenta de que sí está, asomada en la oscuridad igual que yo, porque distingo un punto de luz naranja que se mueve. Es un cigarro. ¿Me estará viendo ella también a mí, será el día en que da comienzo nuestra amistad, recordaré así esta jornada repugnante, con un final mágico? De repente su habitación se ilumina, su silueta difusa se sobresalta y el puntito naranja cae hasta el suelo de la calle. Trata de disolver el humo moviendo las manos en el aire y su padre le grita desde detrás. No puedo verlo pero distingo su voz. La han pillado fumando. Me tapo la boca y abro los ojos. Se da la vuelta y su pelo suelto flota de un lado para otro por el acaloramiento del momento. Lleva un pijama lila. Discuten a gritos. El padre acaba dando un portazo. Ella vuelve a mirar hacia la calle y pega un resoplido desde lo más profundo de su corazón. La dejo ahí y corro a agarrar mi cuaderno. No voy a dárselo nunca, no quiero que nos conozcamos, ni siquiera quiero saber su nombre, pero busco una página vacía y dibujo su pelo agitándose dentro de la ventana.



La primera novela ilustrada de Elisa Victoria, autora de *Vozdevieja* y *El evangelio*.

«A los trece años casi todas las opciones son malas. Aprieto el botón que corresponde a mi casa. Quisiera que mi madre me abriera la puerta sin decir nada porque sabe perfectamente que soy yo, pero a ella le gusta contestar, le gusta incluso poner voces, hacer chistes, demostrarle al barrio desde la cocina que ella no es una madre aburrida, que es una fiesta de espontaneidad y frescura, y con ello pone en riesgo mi integridad. En el fondo la comprendo, las estrictas normas que hay que seguir a mi edad para mantenerse a flote le parecen ridículas. Es verdad que lo son.»

Tiene trece años. Un día acabó Primaria con la promesa de reencontrarse con su pandilla, pero a la vuelta del verano no volvió a

saber de ellos. Ahora quedan, fuman, visten raro y se comportan aún peor. No ha llegado a tiempo al cambio.

A veces, saca los muñecos, pero los esconde rápido debajo de la cama. También se mira al espejo, y se pregunta si alguien, algún día, querrá darle un beso. Y observa, siempre, incesantemente, mientras se apoya en el quicio de la ventana, que se le clava en la piel, a la vecina de enfrente, al otro lado de la calle, tan mayor y tan guapa y tan rebelde.

Hoy la pandilla le ha dejado caer que dé una vuelta con ellos. A lo mejor todo vuelve a ser normal. Quiere ir, pero no sabe qué ponerse, ni cómo hacer que no le suden las axilas, ni cómo disimular que es la tarde que más vértigo le da de su vida.

La primera novela ilustrada de Elisa Victoria describe con sencillez cada una de las dudas que conforman la preadolescencia. Un retrato bellísimo del crecimiento, la incomprensión y los momentos decisivos.

Elisa Victoria. Sevilla, 1985. Ha colaborado en medios como *Kiwi*, *La nueva carne*, *Tentaciones*, *El Salto*, *Telva*, *Verne*, *Tribus Ocultas*, *infoLibre*, *Cáñamo* o *Vice* y en diversos fanzines y antologías. Autora de *Porn & Pains*, *La sombra de los pinos*, *Vozdevieja* y el recién publicado *El Evangelio*. El éxito de *Vozdevieja* ha convertido a Elisa Victoria en una voz fresca y original ampliamente reconocida en el panorama literario actual. *El quicio*, con ilustraciones de Mireia Pérez, es su primera novela ilustrada.

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© 2021, Elisa Victoria, por el texto
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2021, Mireia Pérez, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Isabel González
Diseño e ilustración de portada: © Mireia Pérez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-02-42459-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: @penguincomicsES
Twitter: @penguincomicsES
Instagram: @penguincomicsES

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El quicio

No me acostumbro a coger las llaves por la mañana

Sobre este libro

Sobre Elisa Victoria

Créditos